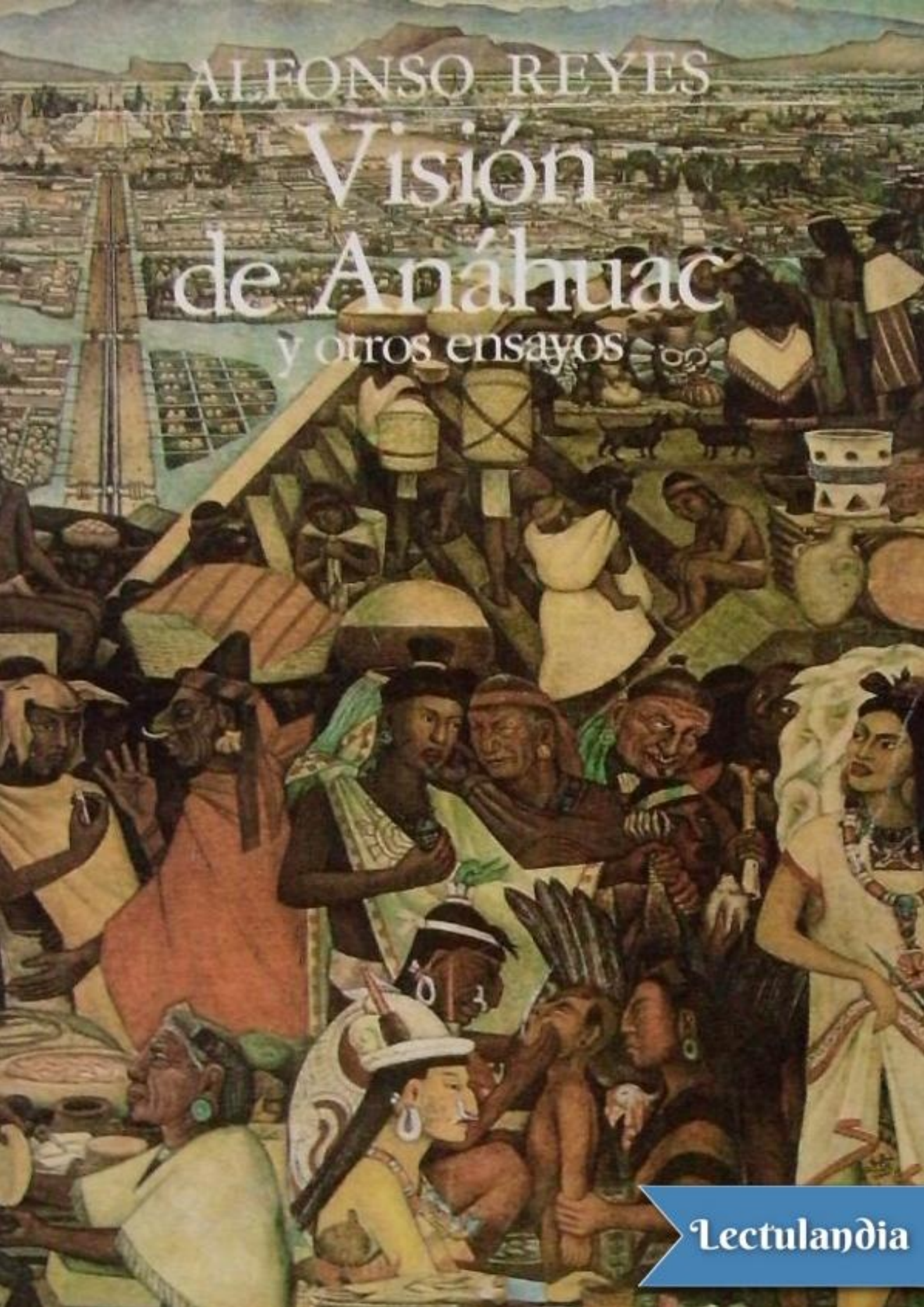
ALFONSO REYES

Visión de Anáhuac

y otros ensayos



Lectulandia

En este texto, Alfonso Reyes recrea la primera y deslumbrante visión que los conquistadores españoles tienen del valle de México y la esplendorosa ciudad de Tenochtitlan. En *Visión de Anáhuac (1519)*, como explica en entrevista Anthony Stanton, «un americano exiliado en Europa (Alfonso Reyes) recrea con la imaginación la visión que tuvieron los europeos que llegaron a vislumbrar una gran ciudad en medio de un lago, que aparece ante ellos como “un espejismo de cristales” y como “una inmensa flor de piedra”, maravillosas imágenes poéticas inventadas por Reyes».

Lectulandia

Alfonso Reyes

Visión de Anáhuac y otros ensayos

ePub r1.0
IbnKhaldun 17.02.15

Título original: *Visión de Anáhuac y otros ensayos*
Alfonso Reyes, 1983

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Los textos de este libro proceden de las *Obras completas* de Alfonso Reyes (21 vols.), publicadas por el Fondo de Cultura Económica. *Visión de Anáhuac*, vol. II (pp. 9-34); «Fray Servando Teresa de Mier», vol. III (pp. 433-442); «Apuntes sobre Valle-Inclán», vol. IV (pp. 276-286); «Rubén Darío en México», vol. IV (pp. 301-315); «Ruiz de Alarcón y el teatro francés», vol. IV (pp. 413-423); «Tránsito de Amado Nervo», vol. VIII (pp. 9-49); *Pasado inmediato,* vol. XII (pp. 182-216); «Nuestra lengua», vol. XXI (pp. 406-418), «Palinodia del polvo», vol. XII (pp 61-64).

Visión de Anáhuac

[1519]

I

Viajero: has llegado a la región más transparente del aire.

EN LA era de los descubrimientos, aparecen libros llenos de noticias extraordinarias y amenas narraciones geográficas. La historia, obligada a descubrir nuevos mundos, se desborda del cauce clásico, y entonces el hecho político cede el puesto a los discursos etnográficos y a la pintura de civilizaciones. Los historiadores del siglo XVI fijan el carácter de las tierras recién halladas, tal como éste aparecía a los ojos de Europa: acentuado por la sorpresa, exagerado a veces. El diligente Giovanni Battista Ramusio publica su peregrina recopilación *Delle navigationi et viaggi* en Venecia y el año de 1550. Consta la obra de tres volúmenes in-folio, que luego fueron reimpresos aisladamente, y está ilustrada con profusión y encanto. De su utilidad no puede dudarse: los cronistas de Indias del seiscientos (Solís al menos) leyeron todavía alguna carta de Cortés en las traducciones italianas que ella contiene.

En sus estampas, finas y candorosas, según la elegancia del tiempo, se aprecia la progresiva conquista de los litorales; barcos diminutos se deslizan por una raya que cruza el mar; en pleno océano, se retuerce, como cuerno de cazador, un monstruo marino, y en el ángulo irradia picos una fabulosa estrella náutica. Desde el seno de la nube esquemática, sopla un Eolo mofletudo, indicando el rumbo de los vientos —constante cuidado de los hijos de Ulises—. Vense pasos de la vida africana, bajo la tradicional palmera y junto al cono pajizo de la choza, siempre humeante; hombres y fieras de otros climas, minuciosos panoramas, plantas exóticas y soñadas islas. Y en las costas de la Nueva Francia, grupos de naturales entregados a los usos de la caza y la pesquería, al baile o a la edificación de ciudades. Una imaginación como la de Stevenson, capaz de soñar *La isla del tesoro* ante una cartografía infantil, hubiera tramado, sobre las estampas del Ramusio, mil y un regocijos para nuestros días nublados.

Finalmente, las estampas describen la vegetación de Anáhuac. Deténganse aquí nuestros ojos: he aquí un nuevo arte de naturaleza.

La mazorca de Ceres y el plátano paradisíaco, las pulpas frutales llenas de una miel desconocida; pero, sobre todo, las plantas típicas: la biznaga mexicana —imagen del tímido puercoespín—, el maguey (del cual se nos dice que sorbe sus jugos a la roca), el maguey que se abre a flor de tierra, lanzando a los aires su plumero; los «órganos» paralelos, unidos como las cañas de la flauta y útiles para señalar la linde; los discos del nopal —semejanza del candelabro—, conjugados en una superposición necesaria, grata a los ojos: todo ello nos aparece como una flora emblemática, y todo como

concebido para blasonar un escudo. En los agudos contornos de la estampa, fruto y hoja, tallo y raíz, son caras abstractas, sin color que turbe su nitidez.

Esas plantas protegidas de púas nos anuncian que aquella naturaleza no es, como la del sur o las costas, abundante en jugos y vahos nutritivos. La tierra de Anáhuac apenas reviste feracidad a la vecindad de los lagos. Pero, a través de los siglos, el hombre conseguirá desecar sus aguas, trabajando como castor; y los colonos devastarán los bosques que rodean la morada humana, devolviendo al valle su carácter propio y terrible: —En la tierra salitrosa y hostil, destacadas profundamente, erizan sus garfios las garras vegetales, defendiéndose de la seca.

Abarca la desecación del valle desde el año de 1449 hasta el año de 1900. Tres razas han trabajado en ella, y casi tres civilizaciones —que poco hay de común entre el organismo virreinal y la prodigiosa ficción política que nos dio treinta años de paz augusta—. Tres regímenes monárquicos, divididos por paréntesis de anarquía, son aquí ejemplo de cómo crece y se corrige la obra del Estado, ante las mismas amenazas de la naturaleza y la misma tierra que cavar. De Netzahualcóyotl al segundo Luis de Velasco, y de éste a Porfirio Díaz, parece correr la consigna de secar la tierra. Nuestro siglo nos encontró todavía echando la última palada y abriendo la última zanja.

Es la desecación de los lagos como un pequeño drama con sus héroes y su fondo escénico. Ruiz de Alarcón lo había presentido vagamente en su comedia de *El semejante a sí mismo.* A la vista de numeroso cortejo, presidido por Virrey y Arzobispo, se abren las esclusas: las inmensas aguas entran cabalgando por los tajos. Ése, el escenario. Y el enredo, las intrigas de Alonso Arias y los dictámenes adversos de Adrián Boot, el holandés suficiente; hasta que las rejas de la prisión se cierran tras Enrico Martín, que alza su nivel con mano segura.

Semejante al espíritu de sus desastres, el agua vengativa espiaba de cerca a la ciudad; turbaba los sueños de aquel pueblo gracioso y cruel, barriendo sus piedras florecidas; acechaba, con ojo azul, sus torres valientes.

Cuando los creadores del desierto acaban su obra, irrumpe el espanto social.

El viajero americano está condenado a que los europeos le pregunten si hay en América muchos árboles. Les sorprenderíamos hablándoles de una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente (por mucho que en vez de colinas la quiebren enormes montañas), donde el aire brilla como espejo y se goza de un otoño perenne. La llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos: el valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. Lo que una gana en lo trágico, la otra en plástica rotundidad.

Nuestra naturaleza tiene dos aspectos opuestos. Uno, la cantada selva virgen de América, apenas merece describirse. Tema obligado de admiración en el Viejo Mundo, ella inspira los entusiasmos verbales de Chateaubriand. Horno genitor donde

las energías parecen gastarse con abandonada generosidad, donde nuestro ánimo naufraga en emanaciones embriagadoras, es exaltación de la vida a la vez que imagen de la anarquía vital: los chorros de verdura por las rampas de la montaña; los nudos ciegos de las lianas; toldos de platanares; sombra engañadora de árboles que adormecen y roban las fuerzas de pensar; bochornosa vegetación; largo y voluptuoso torpor, al zumbido de los insectos. ¡Los gritos de los papagayos, el trueno de las cascadas, los ojos de las fieras, *le dard empoisonné du sauvage*! En estos derroches de fuegos y sueño —poesía de hamaca y de abanico— nos superan seguramente otras regiones meridionales.

Lo nuestro, lo de Anáhuac, es cosa mejor y más tónica. Al menos, para los que gusten de tener a toda hora alerta la voluntad y el pensamiento claro. La visión más propia de nuestra naturaleza está en las regiones de la mesa central: allí la vegetación arisca y heráldica, el paisaje organizado, la atmósfera de extremada nitidez, en que los colores mismos se ahogan —compensándolo la armonía general del dibujo; el éter luminoso en que se adelantan las cosas con un resalte individual; y, en fin, para de una vez decirlo en las palabras del modesto y sensible fray Manuel de Navarrete:

> una luz resplandeciente
> que hace brillar la cara de los cielos.

Ya lo observaba un grande viajero, que ha sancionado con su nombre el orgullo de la Nueva España; un hombre clásico y universal como los que criaba el Renacimiento, y que resucitó en su siglo la antigua manera de adquirir la sabiduría viajando, y el hábito de escribir únicamente sobre recuerdos y meditaciones de la propia vida: en su *Ensayo político*, el barón de Humboldt notaba la extraña reverberación de los rayos solares en la masa montañosa de la altiplanicie central, donde el aire se purifica.

En aquel paisaje, no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad, por donde los ojos yerran con discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación; bajo aquel fulgurar del aire y en su general frescura y placidez, pasearon aquellos hombres ignotos la amplia y meditabunda mirada espiritual. Extáticos ante el nopal del águila y de la serpiente —compendio feliz de nuestro campo— oyeron la voz del ave agorera que les prometía seguro asilo sobre aquellos lagos hospitalarios. Más tarde, de aquel palafito había brotado una ciudad, repoblada con las incursiones de los mitológicos caballeros que llegaban de las Siete Cuevas —cuna de las siete familias derramadas por nuestro suelo. Más tarde, la ciudad se había dilatado en imperio, y el ruido de una civilización ciclópea, como la de Babilonia y Egipto, se prolongaba, fatigado, hasta los infaustos días de Moctezuma el doliente. Y fue entonces cuando, en envidiable hora de asombro, traspuestos los volcanes nevados, los hombres de Cortés («polvo, sudor y hierro») se asomaron sobre aquel orbe de sonoridad y

fulgores —espacioso circo de montañas—.

A sus pies, en un espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo, por manera que sus calles radiantes prolongaban las aristas de la pirámide.

Hasta ellos, en algún oscuro rito sangriento, llegaba —ululando— la queja de la chirimía y, multiplicado en el eco, el latido del salvaje tambor.

II

Parecía a las casas de encantamiento que cuentan en
el libro de Amadís… No sé cómo lo cuente.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

DOS LAGUNAS ocupan casi todo el valle: la una salada, la otra dulce. Sus aguas se mezclan con ritmos de marea, en el estrecho formado por las sierras circundantes y un espinazo de montañas que parte del centro. En mitad de la laguna salada se asienta la metrópoli, como una inmensa flor de piedra, comunicada a tierra firme por cuatro puertas y tres calzadas, anchas de dos lanzas jinetas. En cada una de las cuatro puertas, un ministro grava las mercancías. Agrúpanse los edificios en masas cúbicas; la piedra está llena de labores, de grecas. Las casas de los señores tienen vergeles en los pisos altos y bajos, y un terrado por donde pudieran correr cañas hasta treinta hombres a caballo. Las calles resultan cortadas, a trechos, por canales. Sobre los canales saltan unos puentes, unas vigas de madera labrada capaces de diez caballeros. Bajo los puentes se deslizan las piraguas llenas de fruta. El pueblo va y viene por la orilla de los canales, comprando el agua dulce que ha de beber: pasan de unos brazos a otros las rojas vasijas. Vagan por los lugares públicos personas trabajadoras y maestros de oficio, esperando quien los alquile por sus jornales. Las conversaciones se animan sin gritería: finos oídos tiene la raza, y, a veces, se habla en secreto. Óyense unos dulces chasquidos; fluyen las vocales, y las consonantes tienden a licuarse. La charla es una canturía gustosa. Esas xés, esas tlés, esas chés que tanto nos alarman escritas, escurren de los labios del indio con una suavidad de aguamiel.

El pueblo se atavía con brillo, porque está a la vista de un grande emperador. Van y vienen las túnicas de algodón rojas, doradas, recamadas, negras y blancas, con ruedas de plumas superpuestas o figuras pintadas. Las caras morenas tienen una impavidez sonriente, todas en el gesto de agradar. Tiemblan en la oreja o la nariz las arracadas pesadas, y en las gargantas los collaretes de ocho hilos, piedras de colores, cascabeles y pinjantes de oro. Sobre los cabellos, negros y lacios, se mecen las plumas al andar. Las piernas musculosas lucen aros metálicos, llevan antiparas de hoja de plata con guarniciones de cuero —cuero de venado amarillo y blanco—. Suenan las flexibles sandalias. Algunos calzan zapatones de un cuero como de marta y suela blanca cosida con hilo dorado. En las manos aletea el abigarrado moscador, o se retuerce el bastón en forma de culebra con dientes y ojos de nácar, puño de piel labrada y pomas de pluma. Las pieles, las piedras y metales, la pluma y el algodón confunden sus tintes en un incesante tornasol y —comunicándoles su calidad y finura — hacen de los hombres unos delicados juguetes.

Tres sitios concentran la vida de la ciudad: en toda ciudad normal otro tanto sucede. Uno es la casa de los dioses, otro el mercado, y el tercero el palacio del emperador. Por todas las colaciones y barrios aparecen templos, mercados y palacios menores. La triple unidad municipal se multiplica, bautizando con un mismo sello toda la metrópoli.

El templo mayor es un alarde de piedra. Desde las montañas de basalto y de pórfido que cercan el valle, se han hecho rodar moles gigantescas. Pocos pueblos —escribe Humboldt— habrán removido mayores masas. Hay un tiro de ballesta de esquina a esquina del cuadrado, base de la pirámide. De la altura, puede contemplarse todo el panorama chinesco. Alza el templo cuarenta torres, bordadas por fuera, y cargadas en lo interior de imaginería, zaquizamíes y maderamiento picado de figuras y monstruos. Los gigantes ídolos —afirma Cortés— están hechos con una mezcla de todas las semillas y legumbres que son alimento del azteca. A su lado, el tambor de piel de serpiente que deja oír a dos leguas su fúnebre retumbo; a su lado, bocinas, trompetas y navajones. Dentro del templo pudiera caber una villa de quinientos vecinos. En el muro que lo circunda, se ven unas moles en figura de culebras asidas, que serán más tarde pedestales para las columnas de la catedral. Los sacerdotes viven en la muralla o cerca del templo; visten hábitos negros, usan los cabellos largos y despeinados, evitan ciertos manjares, practican todos los ayunos. Junto al templo están recluidas las hijas de algunos señores, que hacen vida de monjas y gastan los días tejiendo en pluma.

Pero las calaveras expuestas, y los testimonios ominosos del sacrificio, pronto alejan al soldado cristiano, que, en cambio, se explaya con deleite en la descripción de la feria.

Se hallan en el mercado —dice— «todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra». Y después explica que algunas más, en punto a mantenimientos, vituallas, platería. Esta plaza principal está rodeada de portales, y es igual a dos de Salamanca. Discurren por ella diariamente —quiere hacernos creer— sesenta mil hombres cuando menos. Cada especie o mercaduría tiene su calle, sin que se consienta confusión. Todo se vende por cuenta y medida, pero no por peso. Y tampoco se tolera el fraude: por entre aquel torbellino, andan siempre disimulados unos celosos agentes, a quienes se ha visto romper las medidas falsas. Diez o doce jueces, bajo su solio, deciden los pleitos del mercado, sin ulterior trámite de alzada, en equidad y a vista del pueblo. A aquella gran plaza traían a tratar los esclavos, atados en unas varas largas y sujetos por el collar.

Allí venden —dice Cortés— joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de

estaño; huesos, caracoles y plumas; tal piedra labrada y por labrar; adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar. Venden también oro en grano y en polvo, guardado en cañutos de pluma que, con las semillas más generales, sirven de moneda. Hay calles para la caza, donde se encuentran todas las aves que congrega la variedad de los climas mexicanos, tales como perdices y codornices, gallinas, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas y pajaritos en cañuela; buharros y papagayos, halcones, águilas, cernícalos, gavilanes. De las aves de rapiña se venden también los plumones con cabeza, uñas y pico. Hay conejos, liebres, venados, gamos, tuzas, topos, lirones y perros pequeños que crían para comer castrados. Hay calle de herbolarios, donde se venden raíces y yerbas de salud, en cuyo conocimiento empírico se fundaba la medicina: más de mil doscientas hicieron conocer los indios al doctor Francisco Hernández, médico de cámara de Felipe II y Plinio de la Nueva España. Al lado, los boticarios ofrecen ungüentos, emplastos y jarabes medicinales. Hay casas de barbería, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde se come y bebe por precio. Mucha leña, astilla de ocote, carbón y braserillos de barro. Esteras para la cama, y otras, más finas, para el asiento o para esterar salas y cámaras. Verduras en cantidad, y sobre todo, cebolla, puerro, ajo, borraja, mastuerzo, berro, acedera, cardos y tagarninas. Los capulines y las ciruelas son las frutas que más se venden. Miel de abejas y cera de panal; miel de caña de maíz, tan untuosa y dulce como la de azúcar; miel de maguey, de que hacen también azúcares y vinos. Cortés, describiendo estas mieles al emperador Carlos V, le dice con encantadora sencillez: «¡mejores que el arrope!». Los hilados de algodón para colgaduras, tocas, manteles y pañizuelos le recuerdan la alcaicería de Granada. Asimismo hay mantas, abarcas, sogas, raíces dulces y reposterías, que sacan del henequén. Hay hojas vegetales de que hacen su papel. Hay cañutos de olores con liquidámbar, llenos de tabaco. Colores de todos los tintes y matices. Aceites de chía que unos comparan a mostaza y otros a zaragatona, con que hacen la pintura inatacable por el agua: aún conserva el indio el secreto de esos brillos de esmalte, lujo de sus jícaras y vasos de palo. Hay cueros de venado con pelo y sin él, grises y blancos, artificiosamente pintados; cueros de nutrias, tejones y gatos monteses, de ellos adobados y de ellos sin adobar. Vasijas, cántaros y jarros de toda forma y fábrica, pintados, vidriados y de singular barro y calidad. Maíz en grano y en pan, superior al de las islas conocidas y Tierra Firme. Pescado fresco y salado, crudo y guisado. Huevos de gallinas y ánsares, tortillas de huevos de las otras aves.

El zumbar y ruido de la plaza —dice Bernal Díaz— asombra a los mismos que han estado en Constantinopla y en Roma. Es como un mareo de los sentidos, como un sueño de Breughel, donde las alegorías de la materia cobran un calor espiritual. En pintoresco atolondramiento, el conquistador va y viene por las calles de la feria, y conserva de sus recuerdos la emoción de un raro y palpitante caos: las formas se funden entre sí; estallan en cohete los colores; el apetito despierta al olor picante de las yerbas y las especias. Rueda, se desborda del azafate todo el paraíso de la fruta: globos de color, ampollas transparentes, racimos de lanzas, piñas escamosas y

cogollos de hojas. En las bateas redondas de sardinas, giran los reflejos de plata y de azafrán, las orlas de aletas y colas en pincel; de una cuba sale la bestial cabeza del pescado, bigotudo y atónito. En las calles de la cetrería, los picos sedientos; las alas azules y guindas, abiertas como un laxo abanico; las patas crispadas que ofrecen una consistencia terrosa de raíces; el ojo, duro y redondo, del pájaro muerto. Más allá, las pilas de granos vegetales, negros, rojos, amarillos y blancos, todos relucientes y oleaginosos. Después, la venatería confusa, donde sobresalen, por entre colinas de lomos y flores de manos callosas, un cuerno, un hocico, una lengua colgante: fluye por el suelo un hilo rojo que se acercan a lamer los perros. A otro término, el jardín artificial de tapices y de tejidos; los juguetes de metal y de piedra, raros y monstruosos, sólo comprensibles —siempre— para el pueblo que los fabrica y juega con ellos; los mercaderes rifadores, los joyeros, los pellejeros, los alfareros, agrupados rigurosamente por gremios, como en las procesiones de Alsloot. Entre las vasijas morenas se pierden los senos de la vendedora. Sus brazos corren por entre el barro como en su elemento nativo: forman asas a los jarrones y culebrean por los cuellos rojizos. Hay, en la cintura de las tinajas, unos vivos de negro y oro que recuerdan el collar ceñido a su garganta. Las anchas ollas parecen haberse sentado, como la india, con las rodillas pegadas y los pies paralelos. El agua, rezumando, gorgoritea en los búcaros olorosos.

> Lo más lindo de la plaza —declara Gomara— está en las obras de oro y pluma, de que contrahacen cualquier cosa y color. Y son los indios tan oficiales de esto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas, tan al propio que parece lo mismo que o está vivo o natural. Y acontéceles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma, y mirando a una parte y otra, al sol, a la sombra, a la vislumbre, por ver si dice mejor a pelo o contrapelo, o al través, de la haz o del envés; y, en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perfección. Tanto sufrimiento pocas naciones le tienen, mayormente donde hay cólera como en la nuestra.
>
> El oficio más primo y artificioso es platero; y así, sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y hundidas con fuego: un plato ochavado, el un cuarto de oro y el otro de plata, no soldado, sino fundido y en la fundición pegado; una calderica que sacan con su asa, como acá una campana, pero suelta; un pesce con una escama de plata y otra de oro, aunque tengan muchas. Vacían un papagayo, que se le ande la lengua, que se le meneen la cabeza y las alas. Funden una mona, que juegue pies y cabeza y tenga en las manos un huso que parezca que hila, o una manzana que parezca que come. Y lo tuvieron a mucho nuestros españoles, y los plateros de acá no alcanzan el primor. Esmaltan asimismo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras, y agujeran perlas…

Los juicios de Bernal Díaz no hacen ley en materia de arte, pero bien revelan el entusiasmo con que los conquistadores consideraron al artífice indio: «Tres indios hay en la ciudad de México —escribe— tan primos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Marcos de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo, que si fueran en tiempo de aquel antiguo y afamado Apeles y de Miguel Ángel o Berruguete, que son de nuestros tiempos, les pusieran en el número dellos».

El emperador tiene contrahechas en oro y plata y piedras y plumas todas las cosas

que, debajo del cielo, hay en su señorío. El emperador aparece, en las viejas crónicas, cual un fabuloso Midas cuyo trono reluciera tanto como el sol. Si hay poesía en América —ha podido decir el poeta—, ella está en el gran Moctezuma de la silla de oro. Su reino de oro, su palacio de oro, sus ropajes de oro, su carne de oro. Él mismo ¿no ha de levantar sus vestiduras para convencer a Cortés de que no es de oro? Sus dominios se extienden hasta términos desconocidos; a todo correr, parten a los cuatro vientos sus mensajeros, para hacer ejecutar sus órdenes. A Cortés, que le pregunta si era vasallo de Moctezuma, responde un asombrado cacique:

—Pero ¿quién no es su vasallo?

Los señores de todas esas tierras lejanas residen mucha parte del año en la misma corte, y envían sus primogénitos al servicio de Moctezuma. Día por día acuden al palacio hasta seiscientos caballeros, cuyos servidores y cortejo llenan dos o tres dilatados patios y todavía hormiguean por la calle, en los aledaños de los sitios reales. Todo el día pulula en torno al rey el séquito abundante, pero sin tener acceso a su persona. A todos se sirve de comer a un tiempo, y la botillería y despensa quedan abiertas para el que tuviere hambre y sed.

> Venían trescientos o cuatrocientos mancebos con el manjar, que era sin cuento, porque todas las veces que comía y cenaba [el emperador] le traían todas las maneras de manjares, así de carnes como de pescados y frutas y yerbas que en toda la tierra se podían haber. Y porque la tierra es fría, traían debajo de cada plato y escudilla de manjar un braserico con brasa, por que no se enfriase.

Sentábase el rey en una almohadilla de cuero, en medio de un salón que se iba poblando con sus servidores; y mientras comía, daba de comer a cinco o seis señores ancianos que se mantenían desviados de él. Al principio y fin de las comidas, unas servidoras le daban aguamanos, y ni la toalla, platos, escudillas ni braserillos que una vez sirvieron volvían a servir. Parece que mientras cenaba se divertía con los chistes de sus juglares y jorobados, o se hacía tocar música de zampoñas, flautas, caracoles, huesos y atabales, y otros instrumentos así. Junto a él ardían unas ascuas olorosas, y le protegía de las miradas un biombo de madera. Daba a los truhanes los relieves de su festín, y les convidaba con jarros de chocolate. «De vez en cuando —recuerda Bernal Díaz— traían unas como copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que decían era para tener acceso con mujeres».

Quitada la mesa, ida la gente, comparecían algunos señores, y después los truhanes y jugadores de pies. Unas veces el emperador fumaba y reposaba, y otras veces tendían una estera en el patio, y comenzaban los bailes al compás de los leños huecos. A un fuerte silbido rompen a sonar los tambores, y los danzantes van apareciendo con ricos mantos, abanicos, ramilletes de rosas, papahigos de pluma que fingen cabezas de águilas, tigres y caimanes. La danza alterna con el canto; todos se toman de la mano y empiezan por movimientos suaves y voces bajas. Poco a poco van animándose; y, para que el gusto no decaiga, circulan por entre las filas de danzantes los escanciadores, colando licores en los jarros.

Moctezuma «vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca más se las vestía otra vez. Todos los señores que entraban en su casa, no entraban calzados», y cuando comparecían ante él, se mantenían humillados, la cabeza baja y sin mirarle a la cara. «Ciertos señores —añade Cortés— reprendían a los españoles, diciendo que cuando hablaban conmigo estaban exentos, mirándome a la cara, que parecía desacatamiento y poca vergüenza.» Descalzábanse, pues, los señores, cambiaban los ricos mantos por otros más humildes, y se adelantaban con tres reverencias: «Señor —mi señor— gran señor». «Cuando salía fuera el dicho Moctezuma, que era pocas veces, todos los que iban por él y los que topaban por las calles le volvían el rostro, y todos los demás se postraban hasta que él pasaba» —nota Cortés. Precedíale uno como lictor con tres varas delgadas, una de las cuales empuñaba él cuando descendía de las andas. Hemos de imaginarlo cuando se adelanta a recibir a Cortés, apoyado en brazos de dos señores, a pie y por mitad de una ancha calle. Su cortejo, en larga procesión, camina tras él formando dos hileras, arrimado a los muros. Precédenle sus servidores, que extienden tapices a su paso.

El emperador es aficionado a la caza; sus cetreros pueden tomar cualquier ave a ojeo, según es fama; en tumulto, sus monteros acosan a las fieras vivas. Mas su pasatiempo favorito es la caza de altanería; de garzas, milanos, cuervos y picazas. Mientras unos andan a volatería con alzo y señuelo, Moctezuma tira con el arco y la cerbatana. Sus cerbatanas tienen los broqueles y puntería tan largos como un jeme, y de oro; están adornadas con formas de flores y animales.

Dentro y fuera de la ciudad tiene sus palacios y casas de placer, y en cada una su manera de pasatiempo. Ábranse las puertas a calles y plazas, dejando ver patios con fuentes, losados como los tableros de ajedrez; paredes de mármol y jaspe, pórfido, piedra negra; muros veteados de rojo, muros traslucientes; techos de cedro, pino, palma, ciprés, ricamente entallados todos. Las cámaras están pintadas y esteradas; tapizadas otras con telas de algodón, con pelo de conejo y con pluma. En el oratorio hay chapas de oro y plata con incrustaciones de pedrería. Por los babilónicos jardines —donde no se consentía hortaliza ni fruto alguno de provecho— hay miradores y corredores en que Moctezuma y sus mujeres salen a recrearse; bosques de gran circuito con artificios de hojas y flores, conejeras, vivares, riscos y peñoles, por donde vagan ciervos y corzos; diez estanques de agua dulce o salada, para todo linaje de aves palustres y marinas, alimentadas con el alimento que les es natural: unas con pescados, otras con gusanos y moscas, otras con maíz, y algunas con semillas más finas. Cuidan de ellas trescientos hombres, y otros cuidan de las aves enfermas. Unos limpian los estanques, otros pescan, otros les dan a las aves de comer; unos son para espulgarlas, otros para guardar los huevos, otros para echarlas cuando encloquecen, otros las pelan para aprovechar la pluma. A otra parte se hallan las aves de rapiña, desde los cernícalos y alcotanes hasta el águila real, guarecidas bajo toldos y provistas de sus alcándaras. También hay leones enjaulados, tigres, lobos, adives, zorras, culebras, gatos, que forman un infierno de ruidos, y a cuyo cuidado se

consagran otros trescientos hombres. Y para que nada falte en este museo de historia natural, hay aposentos donde viven familias de albinos, de monstruos, de enanos, corcovados y demás contrahechos.

Había casas para granero y almacenes, sobre cuyas puertas se veían escudos que figuraban conejos, y donde se aposentaban los tesoreros, contadores y receptores; casas de armas cuyo escudo era un arco con dos aljabas, donde había dardos, hondas, lanzas y porras, broqueles y rodelas, cascos, grebas y brazaletes, bastos con navajas de pedernal, varas de uno y dos gajos, piedras rollizas hechas a mano, y unos como paveses que, al desenrollarse, cubrían todo el cuerpo del guerrero.

Cuatro veces el Conquistador Anónimo intentó recorrer los palacios de Moctezuma: cuatro veces renunció, fatigado.[1]

III

La flor, madre de la sonrisa.

EL NIGROMANTE

SI EN todas las manifestaciones de la vida indígena la naturaleza desempeñó función tan importante como la que revelan los relatos del conquistador; si las flores de los jardines eran el adorno de los dioses y de los hombres, al par que motivo sutilizado de las artes plásticas y jeroglíficas, tampoco podían faltar en la poesía.

La era histórica en que llegan los conquistadores a México procedía precisamente de la lluvia de flores que cayó sobre las cabezas de los hombres al finalizar el cuarto sol cosmogónico. La tierra se vengaba de sus escaseces anteriores, y los hombres agitaban las banderas de júbilo. En los dibujos del Códice Vaticano, se la representa por una figura triangular adornada con torzales de plantas; la diosa de los amores lícitos, colgada de un festón vegetal, baja hacia la tierra, mientras las semillas revientan en lo alto, dejando caer hojas y flores.

La materia principal para estudiar la representación artística de la planta en América se encuentra en los monumentos de la cultura que floreció por el valle de México inmediatamente antes de la conquista. La escritura jeroglífica ofrece el material más variado y más abundante: *Flor* era uno de los veinte signos de los días; la flor es también signo de lo noble y lo precioso; y, asimismo, representa los perfumes y las bebidas. También surge de la sangre del sacrificio, y corona el signo jeroglífico de la oratoria. Las guirnaldas, el árbol, el maguey y el maíz alternan en los jeroglíficos de lugares. La flor se pinta de un modo esquemático, reducida a estricta simetría, ya vista por el perfil o ya por la boca de la corola. Igualmente, para la representación del árbol se usa de un esquema definido: ya es un tronco que se abre en tres ramas iguales rematando en haces de hojas, o ya son dos troncos divergentes que se ramifican de un modo simétrico.

En las esculturas de piedra y barro hay flores aisladas —sin hojas— y árboles frutales radiantes, unas veces como atributos de la divinidad, otras como adornos de la persona o decoración exterior del utensilio.

En la cerámica de Cholula, el fondo de las ollas ostenta una estrella floral, y por las paredes internas y externas del vaso corren cálices entrelazados. Las tazas de las hilanderas tienen flores negras sobre fondo amarillo, y, en ocasiones, la flor aparece meramente evocada por unas fugitivas líneas.

Busquemos también en la poesía indígena la flor, la naturaleza y el paisaje del valle.

Hay que lamentar como irremediable la pérdida de la poesía indígena mexicana. Podrá la erudición descubrir aislados ejemplares de ella o probar la relativa fidelidad con que algunos otros fueron romanceados por los misioneros españoles; pero nada de eso, por muy importante que sea, compensará nunca la pérdida de la poesía indígena como fenómeno general y social. Lo que de ella sabemos se reduce a angostas conjeturas, y a tal o cual ingenuo relato conservado por religiosos que acaso no entendieron siempre los ritos poéticos que describían; así como se reduce lo que de ella imaginamos a la fabulosa juventud de Netzahualcóyotl, el príncipe desposeído que vivió algún tiempo bajo los árboles, nutriéndose con sus frutos y componiendo canciones para solazar su destierro.

De lo que pudo haber sido el reflejo de la naturaleza en aquella poesía quedan, sin embargo, algunos curiosos testimonios; los cuales, a despecho de probables adulteraciones, parecen basarse sobre elementos primitivos legítimos e inconfundibles. Trátase de viejos poemas escritos en lengua náhoa, de los que cantaban los indios en sus festividades, y a los que se refiere Cabrera y Quintero en su *Escudo de armas de México* (1746). Aprendidos de memoria, ellos transmitían de generación en generación las más minuciosas leyendas epónimas, y también las reglas de la costumbre. Quien los tuvo a la mano, los pasó en silencio, tomándolos por composiciones hechas para honrar a los demonios. El texto actual de los únicos que poseemos no podría ser una traslación exacta del primitivo, puesto que la Iglesia hubo de castigarlos, aunque toleró, por inevitable, la costumbre gentil de recitarlos en banquetes y bailes. En 1555, el Concilio Provincial ordenaba someterlos a la revisión del ministro evangélico, y tres años después se renovaba a los indios la prohibición de cantarlos sin permiso de sus párrocos y vicarios. De los únicos hasta hoy conocidos —pues de los que fray Bernardino de Sahagún parece haber publicado sólo la mención se conserva— no se sabe el autor ni la procedencia, ni el tiempo en que fueron escritos; aunque se presume que se trata de genuinas obras mexicanas, y no, como alguien creyó, de mera falsificación de los padres catequistas. Convienen los arqueólogos en que fueron recopilados por un fraile para ofrecerlos a su superior; y, compuestos antes de la conquista, se les redactó por escrito poco después que la vieja lengua fue reducida al alfabeto español. Tan alterados e indirectos como nos llegan, ofrecen estos cantares un matiz de sensibilidad lujuriosa que no es, en verdad, propio de los misioneros españoles —gente apostólica y sencilla, de más piedad que imaginación—. En terreno tan incierto, debemos, sin embargo, prevenirnos contra las sorpresas del tiempo. Ojalá en la inefable semejanza de estos cantares con algún pasaje de Salomón no haya más que una coincidencia. Ya nos tiene muy sobre aviso aquella colección de *Aztecas* en que Pesado parafrasea poemas indígenas, y donde la crítica ha podido descubrir ¡la influencia de Horacio en Netzahualcóyotl![2]

En los viejos cantares náhoas, las metáforas conservan cierta audacia, cierta

aparente incongruencia; acusan una ideación no europea. Brinton —que los tradujo al inglés y publicó en Filadelfia, 1887— cree descubrir cierto sentido alegórico en uno de ellos: el poeta se pregunta dónde hay que buscar la inspiración, y se responde, como Wordsworth, que en el grande escenario de la naturaleza. El mundo mismo le aparece como un sensitivo jardín. Llámase el cantar *Ninoyolnonotza:* meditación concentrada, melancólica delectación, fantaseo largo y voluptuoso, donde los sabores del sentido se van trasmutando en aspiración ideal:

NINOYOLNONOTZA[3]

1.— Me reconcentro a meditar profundamente dónde poder recoger algunas bellas y fragantes flores. ¿A quién preguntar? Imaginaos que interrogo al brillante pájaro zumbador, trémula esmeralda; imaginaos que interrogo a la amarilla mariposa: ellos me dirán que saben dónde se producen las bellas y fragantes flores, si quiero recogerlas aquí en los bosques de laurel, donde habita el Tzinitzcán, o si quiero tomarlas en la verde selva donde mora el Tlauquechol. Allí se las puede cortar brillantes de rocío; allí llegan a su desarrollo perfecto. Tal vez podré verlas, si es que han aparecido ya; ponerlas en mis haldas, y saludar con ellas a los niños y alegrar a los nobles.

2.— Al pasear, oigo como si verdaderamente las rocas respondieran a los dulces cantos de las flores; responden las aguas lucientes y murmuradoras; la fuente azulada canta, se estrella, y vuelve a cantar; el Cenzontle contesta; el Coyoltótotl suele acompañarle, y muchos pájaros canoros esparcen en derredor sus gorjeos como una música. Ellos bendicen a la tierra, haciendo escuchar sus dulces voces.

3.— Dije, exclamé: ojalá no os cause pena a vosotros, amados míos que os habéis parado a escuchar; ojalá que los brillantes pájaros zumbadores acudan pronto. —¿A quién buscaremos, noble poeta?— pregunto y digo: ¿en dónde están las bellas y fragantes flores con las cuales pueda alegraros, mis nobles compañeros? Pronto me dirán ellas cantando: —Aquí, oh, cantor, te haremos ver aquello con que verdaderamente alegrarás a los nobles, tus compañeros.

4.— Condujéronme entonces al fértil sitio de un valle, sitio floreciente donde el rocío se difunde con brillante esplendor, donde vi dulces y perfumadas flores cubiertas de rocío, esparcidas en derredor a manera de arcoiris. Y me dijeron: —Arranca las flores que desees, oh cantor —ojalá te alegres—, y dalas a tus amigos, que puedan regocijarse en la tierra.

5.— Y luego recogí en mis haldas delicadas y deliciosas flores, y dije: —¡Si algunos de nuestro pueblo entrasen aquí! ¡Si muchos de los nuestros estuviesen aquí! Y creí que podía salir a anunciar a nuestros amigos que todos nosotros nos regocijaríamos con las variadas y olorosas flores, y escogeríamos los diversos y suaves cantos con los cuales alegraríamos a nuestros amigos, aquí en la tierra, y a los nobles en su grandeza y dignidad.

6.— Luego yo, el cantor, recogí todas las flores para ponerlas sobre los nobles, para con ellas cubrirlos y colocarlas en sus manos; y me apresuré a levantar mi voz en un canto digno, que glorificase a los nobles ante la faz de Tloque-in-Nahuaque, en donde no hay servidumbre.[4]

… El dolor llena mi alma al recordar en dónde yo, el cantor, vi el sitio florido…

De manera que el poeta, en pos del secreto natural, llega hasta el lecho mismo del valle. Estoy en un lecho de rosas, parece decirnos, y envuelvo mi alma en el arcoiris de las flores. Ellas cantan en torno suyo, y, verdaderamente, las rocas responden a los cantos de las corolas. Quisiera ahogarse de placer, pero no hay placer no compartido, y así, sale por el campo llamando a los de su pueblo, a sus nobles y a todos los niños que pasan. Al hacerlo, llora de alegría. (La antigua raza era lacrimosa y solemne.) De manera que la flor es causa de lágrimas y de regocijos.

La parte final decae sensiblemente, y es quizás aquella en que el misionero español puso más la mano.

Podemos imaginar que, en una rudimental acción dramática, el cantor distribuía flores entre los comensales, a medida que la letra lo iba dictando. Sería una pequeña escenificación simbólica como esas de que aún dan ejemplo las celebraciones de la Iglesia. Anúncianlas ya los ritos dionisíacos, los ritos de la naturaleza y del vegetal, y perduran todavía en el sacrificio de la misa.

La peregrinación del poeta en busca de flores, y aquel interrogar al pájaro y a la mariposa, evocan en el lector la figura de Sulamita en pos del amado. La imagen de las flores es frecuente como una obsesión. Hay otro cantor que nos dice: «Tomamos, desenredamos las joyas. Las flores azules son tejidas sobre las amarillas, que podemos darlas a los niños. —Que mi alma se envuelva en varias flores, que se embriague con ellas, porque pronto debo ausentarme». La flor aparece al poeta como representación de los bienes terrestres. Pero todos ellos nada valen ante las glorias de la divinidad: «Aun cuando sean joyas y preciosos ungüentos de discursos, ninguno puede hablar aquí dignamente del dispensador de la vida». —En otro poema relativo al ciclo de Quetzalcóatl (el ciclo más importante de aquella confusa mitología, símbolo de civilizador y profeta, a la vez que mito solar más o menos vagamente explícito), en toques descriptivos de admirable concentración surge a nuestros ojos «la casa de los rayos de luz, la casa de culebras emplumadas, la casa de turquesas». De aquella casa, que en las palabras del poeta brilla como un abigarrado mosaico, han salido los nobles, quienes «se fueron llorando por el agua» —frase en que palpita la evocación de la ciudad de los lagos. El poema es como una elegía a la desaparición del héroe. Se trata de un rito lacrimoso, como el de Perséfone, Adonis, Tamuz o alguno otro popularizado en Europa. Sólo que, a diferencia de lo que sucede en las costas del Mediterráneo, aquí el héroe tarda en resucitar, tal vez nunca resucitará. De otro modo, hubiera triunfado sobre el dios sanguinario y zurdo de los sacrificios humanos, e impidiendo la dominación del bárbaro azteca, habría transformado la historia mexicana. El quetzal, el pájaro iris que anuncia el retorno de este nuevo Arturo, ha emigrado, ahora, hacia las regiones ístmicas del continente, intimando acaso nuevos destinos. «Lloré con la humillación de las montañas; me entristecí con la exaltación de las arenas, que mi señor se había ido.» El héroe se muestra como un guerrero: «En nuestras batallas, estaba mi señor adornado con plumas». Y, a pocas líneas, estas palabras de desconcertante «sintetismo»: «Después que se hubo embriagado, el caudillo lloró; nosotros nos glorificamos de estar en su habitación». («Metióme el rey en su cámara: gozarnos hemos y alegrarnos hemos en ti.» *Cant. de Cant.)* El poeta tiene muy airosas sugestiones: «Yo vengo de Nonohualco —dice— como si trajera pájaros al lugar de los nobles». Y también lo acosa la obsesión de la flor: «Yo soy miserable, miserable como la última flor».

IV

But glorious it was to see, how the open
region was filled with horses and chariots…

BUNYAN, *THE PILGRIM'S PROGRESS*

CUALQUIERA QUE sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural. El choque de la sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma común. Pero cuando no se aceptara lo uno ni lo otro —ni la obra de la acción común, ni la obra de la contemplación común —, convéngase en que la emoción histórica es parte de la vida actual, y, sin su fulgor, nuestros valles y nuestras montañas serían como un teatro sin luz. El poeta ve, al reverberar de la luna en la nieve de los volcanes, recortarse sobre el cielo el espectro de Doña Mariana, acosada por la sombra del Flechador de Estrellas; o sueña con el hacha de cobre en cuyo filo descansa el cielo; o piensa que escucha, en el descampado, el llanto funesto de los mellizos que la diosa vestida de blanco lleva a las espaldas: no le neguemos la evocación, no desperdiciemos la leyenda. Si esa tradición nos fuere ajena, está como quiera en nuestras manos, y sólo nosotros disponemos de ella. No renunciaremos —oh Keats— a ningún objeto de belleza, engendrador de eternos goces.

Madrid, 1915

Fray Servando Teresa de Mier[5]

I. Su vida

LAS MEMORIAS de fray Servando Teresa de Mier, del convento de Santo Domingo de México, y diputado al primer Congreso Constituyente de la República, son una mezcla de episodios trágicos y cómicos narrados en un estilo pintoresco y vivísimo. La Editorial América las ha publicado recientemente en Madrid. Para trazar aquí, a grandes rasgos, el retrato de fray Servando me valdré alguna vez de las palabras que puse en el prólogo.

Fray Servando nació en Monterrey, capital del estado mexicano de Nuevo León, en los últimos años de la dominación española; su vida puede dividirse en tres periodos, determinados por una larga ausencia de su patria.

Durante el periodo primero, que llega hasta el año 1795, fray Servando es un precursor de la independencia. Representa el momento en que la idea revolucionaria ha cundido ya por todas las clases sociales, y el clero de México la prohíja.

Pero un día fray Servando salió desterrado de su patria y, perseguido por la autoridad eclesiástica, rodó por la península española, por Francia, por Inglaterra. ¿Su delito? Un sermón audaz, un disparate teológico, debajo del cual se adivinaba claramente la intención separatista.

Durante el segundo periodo de su vida, fray Servando vive, pues, como desterrado en Europa: primero en España, donde le hacen recorrer varias prisiones eclesiásticas; después, en Francia, donde se relaciona íntimamente con Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar; dice misa en una capilla y enseña el español a los niños sobre una traducción que dice haber hecho especialmente de la *Atala,* de Chateaubriand. Pasa después a Roma, donde el Papa le concede la secularización; vuelve a España y es reaprehendido; huye a Portugal, donde vive tres años al lado del cónsul de España. Cuando la guerra de la Independencia en España, Mier aparece como cura castrense de los voluntarios de Valencia; los franceses lo hacen prisionero en Belchite; se fuga, como de costumbre; recibe honores de la Junta de Sevilla. Va a Londres a propagar la idea de la independencia mexicana. Es la época de Blanco White. Mier vive entre los desterrados españoles, y como, a pesar de su agilidad algo inquietadora, era hombre de peso y de persuasión, fue él quien convenció a Mina el Mozo para que armara la célebre expedición en defensa de la independencia mexicana.

En la tercera época de su vida, fray Servando vuelve a su patria, al lado de Javier Mina; sufre todavía algunos contratiempos y, otra vez preso, escapa a los carceleros que lo conducían de nuevo a España; se esconde en La Habana; huye a los Estados Unidos. Cuando vuelve a México, el nuevo régimen estaba todavía vacilante, y aún

se le persigue y encarcela. A poco lo nombran diputado. Iturbide se hace emperador, y Mier —que se le había opuesto francamente— va a dar otra vez a la prisión, de donde por fin lo liberta la revolución republicana. Entonces fray Servando es hospedado en el Palacio Nacional, al lado del primer presidente, Guadalupe Victoria. Allí murió, después de haber invitado personalmente a sus amigos, la víspera de su muerte, para que asistieran a su última comunión.

II. Su carácter

En la historia política de México se le recuerda por cierto discurso llamado «de las profecías», en que predijo muchos males que después han ido sobreviniendo. Representaba Mier un liberalismo moderado y fue partidario del gobierno republicano central.

Pero fray Servando perdura sobre todo en el recuerdo de sus compatriotas por esa ráfaga de fantasía que anima toda su existencia. Vivió más de sesenta años, y la mitad de su villa la pasó perseguido. Bien es cierto que parece haber sufrido las persecuciones casi con alegría. Algo como una alegría profética lo acompaña en sus infortunios, y aprovecha todas las ocasiones que encuentra para combatir por sus ideales. Es ligero y frágil como un pájaro, y posee esa fuerza de «levitación» que creen encontrar en los santos los historiadores de los milagros. Usa de la evasión, de la desaparición, con una maestría de fantasma: cien veces es aprisionado y otras tantas logra escapar. Son sus aventuras tan extraordinarias, que a veces parecen imaginadas. El P. Mier hubiera sido un extravagante, a no haberlo engrandecido los sufrimientos y la fe en los destinos de su nación.

Fácilmente se le imagina, ya caduco, enjuto, apergaminado, animándose todavía en las discusiones, con aquella su voz de plata de que nos hablan sus contemporáneos; rodeado de la gratitud nacional, servido —en Palacio— por la tolerancia y el amor de todos, padrino de la libertad y amigo del pueblo. Acaso entre sus devaneos seniles se le ocurriría sentirse cautivo en la residencia presidencial y, llevado por su instinto de pájaro, se asomaría por las ventanas, midiendo la distancia que le separaba del suelo, por si se volvía a dar el caso de tener que fugarse. Acaso amenizaría las fatigas del amable general Victoria con sus locuras teológicas y con sus recuerdos amenísimos.

III. El espíritu de la leyenda

La herejía, o lo que fuere, en que fray Servando incurrió es como una combinación caprichosa de dos leyendas mexicanas. Para explicarlo tenemos que retroceder algunos siglos.

El conquistador español se alistaba para la conquista de América como un

soldado de Cristo. La razón teórica de la conquista —cualquiera que fuese la razón práctica— era para él la misma razón de las Cruzadas. El más alto título espiritual de España a la posesión de sus colonias había sido la predicación del Evangelio.

Ahora bien: durante el primer siglo de la dominación española, corrió por la Nueva España la voz de que se había realizado un milagro; un milagro que Nuestra Señora de Guadalupe había querido hacer sólo para México, y no para ninguna otra nación. La Virgen de Guadalupe se había aparecido al indio Juan Diego, y su imagen había quedado estampada en la manta del indio. La Virgen, morena como los indios, iba a ser en adelante la patrona de México. Más tarde, en 1810, los ejércitos insurgentes alzaban por bandera una imagen de la Virgen de Guadalupe.

Hay derecho a creer que esta tradición, donde se confunden muchas creencias y esperanzas, no era más que una manera de catequismo, y tendía a dar sentido nacional a las creencias importadas del Viejo Mundo. En todo caso, la tradición reposa sobre el suelo más vivo de la sensibilidad mexicana, y ha crecido en él vigorosamente. Es una de aquellas hermosas leyendas del catolicismo florido, en que la Virgen cultiva un jardín para un hombre humilde, y se le aparece como una señora morena y luminosa. En *La arquilla de marfil,* de Mariano Silva y Aceves, esta leyenda de la Guadalupana y Juan Diego adquiere una inefable sutileza poética: Juan Diego, en su dulzura animal, viene a ser el símbolo de una raza.

Pero desde el fondo de las cosmogonías indígenas, mucho antes de la llegada de los hombres blancos, se sabía que un sacerdote blanco y barbado, de nombre Quetzalcóatl, había aparecido un día entre los indios y les había enseñado las costumbres de la labranza y dos o tres reglas de virtud. Es uno de esos mitos solares más o menos claramente explicados, en que la mentalidad primitiva gusta de representar el primer esfuerzo civilizador: es un Oanes, un Cadmo de América. Entrar en todas las significaciones y consecuencias —no sólo espirituales, sino también externas y prácticas— que tuvo esta creencia en la historia de las civilizaciones precortesianas, sería aquí imposible. Baste decir que en todo tiempo la figura de Quetzalcóatl ha ejercido una misteriosa seducción.

IV. La herejía de fray Servando

Y he aquí que un buen día fray Servando, joven profesor de filosofía entonces, con fama de gran predicador, hizo una sonada. Debía predicar en una fiesta dedicada a nuestra Señora de Guadalupe. Y ¿qué hace? Su ansia de independencia, por una de esas traslaciones de conceptos que son tan frecuentes en la génesis de las ideas nacionales, cuajó en una extraña manifestación, que hoy puede parecernos risible, pero que fue entonces de una trascendencia incalculable. La verdad es que tiene el caso toda la traza de una ocurrencia aceptada a última hora, y bajo la sugestión de un amigo, para improvisar un discurso original. Y sin embargo, de aquí arrancan todas las desgracias de fray Servando.

La Virgen de Guadalupe —mantiene fray Servando— había tenido culto en México desde antes de la Conquista. Santo Tomás el Apóstol, que era el propio Quetzalcóatl, ya había predicado en México el Evangelio antes que los conquistadores españoles. La imagen de la Virgen no estaba pintada en la manta del indio Juan Diego, sino en la de santo Tomás.

El arzobispo Núñez de Haro, comprendiendo lo que se ocultaba bajo estas declaraciones, hizo predicar nominalmente contra el joven teólogo. Después se le encarceló. Él se fugó; se le volvió a encarcelar; se volvió a fugar. Y así hasta su muerte.

A sus persecuciones debemos sus viajes por Europa, cuyas memorias forman uno de los capítulos más inteligentes y curiosos de la literatura americana. Lo seguiremos por los lugares adonde lo iba arrastrando su destino. Acaso encontraremos una visión caprichosa de aquella Europa de principios de siglo; acaso, una sátira de aquella España que, como está ya tan lejana, no lastimará los sentimientos de nadie y sí servirá para distraernos un rato de estas irritantes cosas de ahora.

V. Un desterrado

Año de 1795, fray Servando Teresa de Mier, ya con más de treinta, llega a Cádiz, desterrado de la Nueva España por un delito sin delito, por una herejía sin herejía.

Era fray Servando un criollo mexicano de descendencia noble. Como el otro criollo noble de México (D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, en el siglo XVII), éste reclamará en España su tratamiento de «don» y sus preeminencias sociales, advirtiendo que los religiosos no por serlo renuncian a sus fueros ni a su nobleza nativa, y que el apóstol san Pablo alegaba a cada paso la suya, contra las prisiones y atropellamientos de que era víctima.

En España, donde se había de desarrollar su proceso, tuvo que pasarse el padre Mier seis años, entre prisiones y fugas, de pueblo en pueblo, cuándo en las salas de la justicia, cuándo en los Reales Sitios, intrigando con poca suerte, huyendo por los caminos, en una vida provisional que hubiera bastado a disolver una psicología menos alegre o menos guerrera que la suya. Y los diez años de la condena hubieran transcurrido así, a no ser porque nuestro fraile puso un gran remedio a sus males, que fue pasarse a Francia con ayuda de un clérigo contrabandista francés que vivía en Astorga.

Naturalmente, sus memorias están escritas con apasionamiento, y más se parecen a una caricatura que a un retrato. Por eso mismo nos permiten percibir de una vez dos o tres vicios fundamentales de la sociedad en que vivió.

VI. Entre «caldeos» y comendadores

Se dispuso que fray Servando quedara recluido en el convento de las Caldas, orillas del Mosaya, entre Cartes y Buelma y al pie de un monte. Había tantas ratas en su celda que le comieron el sombrero, y tenía que dormir armado de un palo para que no se lo comieran a él mismo. Pero lo peor es que vivía comido de necios. Aquellos frailes de misa y olla, aquellos caldeos de las Caldas, le inspiran el más profundo desdén. Lo menos que les llama es idiotas y mulas de atar.

Conviene recordar que fray Servando esperaba su salvación de ciertas influencias que tenía en la Corte, aunque también tenía un enemigo terrible en cierto jefe del negociado de la Nueva España, que se llama León y se porta como serpiente. Cuando fray Servando descubre que los caldeos le interceptan sus cartas, rompe la reja de su celda y se sale al campo.

Reaprehendido a poco, lo trasladan a San Pablo de Burgos, a donde llega con fama de hombre facineroso que tiene pacto con el diablo, y todos se asombran de verlo tan fino, tan menudo y de tan corregida cultura. Burgos le fue más hospitalaria que al Cid, porque dos primas suyas habían sido abadesas en el noble monasterio de las Huelgas, donde profesaban los caballeros de Calatrava. Con esto los comendadores comenzaron a visitarlo, y se encontró en buena sociedad.

Sin embargo, el verano de Burgos sólo dura de Santiago a Santa Ana, y el rigor del frío empezó a dañar a fray Servando. Pide entonces que se le traslade a clima mejor, en un memorial redactado con alguna vehemencia, y el funesto León le contesta desde la Corte que, por lo pronto, conviene que coma menos pimienta.

VII. Entre covachuelos y «corbatas»

—No sabía yo —exclama el perseguido con un disculpable arrebato—, no sabía yo que los verdaderos reyes de España son los covachuelos.

Fray Servando, que ignoraba la aguja de marear, había escogido, para su negocio, el peor de los dos procedimientos. Los negocios americanos podían resolverse por la vía del Consejo de Indias o por la llamada vía «reservada» (la Covachuela), que debiera ser una apelación directa ante el rey, y no era más que un entregarse a la voluntad omnímoda de los covachuelos. A ellos iban a dar todos los memoriales, ellos dictaminaban lo que se había de resolver en el caso, con cuatro rengloncitos puestos al margen (o seis, cuando querían excederse), y el ministro no hacía más que dar cuenta al rey de lo que decían esos rengloncitos… A los cinco minutos, Carlos IV empieza a fatigarse, y al fin dice: «Basta», que quiere decir: despáchese todo según la opinión de los covachuelos. ¡Así salían a veces las órdenes! Como cuando se envió a La Habana una orden para que partiera la caballería a desalojar a los ingleses que había en Campeche, o cuando llegó mandato a la isla de Santo Domingo, para poner preso al «comején» (un insecto), por haber destruido los autos que pedía S. M.

Pero ¿no habrá medio de llegar al rey directamente? Sí que lo hay: al monarca se le puede sorprender en el momento de tomar el coche. El monarca escucha, benévolo.

Después, con voz campanuda, dice: «Bien está». Y turna el negocio, ¿a quién?, a los covachuelos.

Cuando un covachuelo comienza a ponerse inservible, se le sepulta en el Consejo de Indias y se le llama en adelante «corbata». Al corbata, que ya tiene hijos y cojijos, el sueldo le viene más corto que al covachuelo. Deduzca el lector.

Finalmente, hay unos agentes de Indias que embaucan a más y mejor al americano recién venido.

Rompiendo por todos estos escollos, logra fray Servando arrancar los autos a León y hacerlos pasar al Consejo.

VIII. Entre académicos y arrieros

Fray Servando decía misa en San Isidro el Real para ayudarse en sus gastos. Entre tanto, el Consejo pide a la Academia de la Historia un informe sobre el caso de fray Servando. Y éste quiere hacernos creer que la Academia se ocupó de su negocio durante ocho meses seguidos, sin tratarse casi de otra cosa en cada sesión.

Como el informe de la Academia ha sido favorable a su causa, fray Servando espera que le dejen marcharse en paz. Pero interviene el funesto León; fray Servando acude a la fuga; la justicia cae de nuevo sobre él, y lo encierran ahora en San Francisco de Burgos, con escándalo de la ciudad. León manda que lo recluyan por cuatro años más… (¡oh cielos!) entre los caldeos. Cuatro horas le dura al pobre fraile el desmayo; vuelto en sí, escapa, se encamina hacia Madrid, se cae de fatiga por el camino, lo recoge un arriero; sus amigos de Madrid lo disfrazan, porque León ha hecho correr por el reino una requisitoria en que lo describe como afable y risueño. Fray Servando procura ponerse feo y taciturno, se pinta unos lunares y, en divisando guardias, tuerce los labios, hace el bizco, y, en fin, ejecuta a la letra el último grito del ejercicio portugués: *Poner las caras feroces a los enemigos.*

Con todas estas precauciones, y un cura contrabandista y un arriero y un pasaporte falso, pasa la raya de Francia y en tra por Bayona en 1801. ¡Oh, qué bien se queja de la maldad de los jueces!:

> ¡Entrad cerdos!, gritó desesperado un pastor de marranos, que largo tiempo se habían resistido a enfilar para la zahúrda. ¡Entrad como entran los jueces en el infierno! Y se precipitaron todos de tropel a la puerta, entrando hasta unos sobre otros.

IX. Entre rabinos y huríes

Ayer llegó nuestro hombre a Bayona; hoy entra casualmente en la sinagoga de los judíos y oye predicar a un rabino. Fray Servando pide discutir sus tesis en pública disputa y, como tiene al obispo Huet en las uñas —claro está—, aplasta a su

adversario. Los rabinos quedan entusiasmados; le llaman *Jajá* (el sabio); le mandan hacer un vestido nuevo, y le ofrecen a una joven rica y hermosa en matrimonio. No acepta.

Y de allí, a Burdeos, en compañía de dos zapateros que, en llegando, ejercen su oficio y se ganan el pan, mientras el triste doctor en teología se muere de hambre. Además, considere el lector piadoso sus trabajos:

> Como yo estaba todavía de buen aspecto, tampoco me faltaban pretendientes entre las jóvenes cristianas, que no tienen dificultad para explicarse; y cuando yo respondía que era sacerdote, me decían que eso no obstaba si yo quería abandonar el oficio. La turba de sacerdotes que, por el terror de la Revolución, que los obligaba a casarse, contrajeron matrimonio, les había quitado el escrúpulo. En Bayona y todo el Departamento de los Bajos Pirineos hasta Dax, las mujeres son blancas y bonitas, especialmente las vascas.

X. La iglesia y el siglo

En París, fray Servando, ayudado de su amigo Simón Rodríguez, abre escuela para dar clases de español. En sus ocios escribe disertaciones contra la incredulidad introducida por Volney. Le dan la parroquia de Santo Tomás, pero le resulta un mal negocio. Había que pagar muchos lujos: un suizo alabardero, dos cantores de capa pluvial y el músico que les daba los tonos con un contrabajo en figura de serpentón. De modo que nada le sobraba, y el oficio por todas partes le ceñía; «porque en Francia sería un escándalo ver un clérigo en un teatro, en el paseo público, especialmente en los días festivos, y aun en un café».

Con todo, fray Servando halla manera de comunicarnos noticias mundanas sobre los cafés de París, las espléndidas bibliotecas, los paseos, el Palais Royal, los almanaques de cortesanas, los cabarets y las modas, que entonces —según él— consistían en que cada mujer llevara el vestido y el peinado que más convenían a su tipo y a su carácter. Por cierto que, de paso, censura la ciega imitación de los españoles; cuando el sansculotismo y la pobretería —dice—, se inventaron en Francia esas levitas, verdaderos *deshabillés*, que los italianos llaman cubre-miserias, ¡y en España hicieron de la levita un traje solemne y general!

Pero la verdad es que a fray Servando le cansaba el oficio, y decide ahorcar los hábitos. Y con el fin de obtener su secularización, se dirige a Roma, pasando por Marsella, donde las muchachas usaban mantilla, como las españolas. Hace el camino casi de balde, porque la hospitalidad francesa era mucha, y él era tan agradable de presencia y de trato, que los que comían con él y le oían hablar ya eran sus amigos. El venir de tierras tan distantes le daba un prestigio casi mitológico. Y todo eso lo sabía él aprovechar admirablemente. Y todavía dice de cuando en cuando el muy socarrón:

—No está en mi mano tener malicia. En vano me aconsejaban mis amigos un poco de picardía cristiana.

XI. Las últimas páginas

Cómo obtuvo fray Servando la secularización, lo que pensaba de Roma, de Nápoles, de Florencia y de Génova; los trabajos que pasó todavía antes de volver a España por Barcelona; la sátira descriptiva de las regiones de España, en su viaje a pie desde Barcelona hasta Madrid; el pueblo vestido con los colores de Goya; el desaseo de la corte, ocupan las últimas páginas de estas memorias. Ya no se las puede resumir: habría que copiarlas. Un novelista episódico a lo Baroja, un crítico de la sensibilidad española a lo «Azorín», pueden sacar mucho partido de estas memorias.

Apuntes sobre Valle-Inclán

1. Valle-Inclán a México

I. ¡CUÁNTAS TARDES así! desde la terraza del Regina, hemos visto, juntos, morir las tardes, desmenuzadas en el telar de dos relojes públicos: uno, el de la Equitativa, célebre desde que un chusco lo rifó (teóricamente, ya se sabe); el otro —espectral—, cogido como por milagro entre la tablazón que oculta las obras del Banco de Bilbao. A medida que anochece, las dos esferas se van congestionando de luz; y es una gloria ver morir el tiempo bajo la danza de Longinos. Don Ramón —que quiere darse una fiesta— ha pedido una golosina:

—¡Cherry Brandy!

La tiene emprendida contra los impresores de todo el mundo, contra *El Sol*, contra la Papelera Española…

A poco, discutimos puntos teológicos.

—Usted, Reyes, es tomasiano. Yo soy místico; es decir, hereje.

—En efecto; para mí la religión es asunto de razón y de idea, no de emotividad.

… Y la urdimbre, recia y maciza, de la conversación, que anula el Espacio y el Tiempo, para que sólo exista la Causa.

Los ojos de los relojes parpadean. Ya no reparamos en los transeúntes. Don Ramón explica el misterio del Paracleto, y lo pinta con el índice —palpablemente, yo lo he visto— sobre la mesa de mármol del café.

II. Don Ramón se va a Pontevedra. Un día don Ramón se nos fue de Madrid. La tertulia del Regina perdió las nueve décimas partes de su interés. Nos hacía falta «el otro manco».

De regreso a mi casa de Pardiñas (éramos vecinos entonces), ya no veía yo aquella figurilla negra con rostro de marfil, envuelta en la capa, trotando ligeramente por los descampados del barrio de Salamanca, sobre el fondo monótono de una cerca, bajo las filas de acacias y faroles.

—¡Las cosas que nos va a contar don Ramón, cuando vuelva de la Puebla del Caramiñal! —nos decíamos para consolarnos. (Acababa de ocurrir un naufragio, y los restos habían caído por las costas que Valle-Inclán frecuentaba.)

Y Araquistáin advertía que don Ramón debiera tener un Eckermann dedicado a recoger sus conversaciones. ¡Cuántas lecciones de estética perdidas! No hay otro como él en España.

Había dejado a la familia en la Puebla, donde él asegura que es chalán y se ocupa en vender ganado. (Y, por cierto, habla de los animales domésticos con la misma sabiduría de Virgilio.) Había venido solo a Madrid, donde pronto recobró su puesto avanzado y —aunque parezca absurdo en quien ha sido admirado siempre— se hizo conocer otra vez de la juventud.

Su vida parecía resolverse en aquella fórmula de sabiduría abreviada que propone Baudelaire en su diario íntimo: *toilette, priére, travail.* Siempre que añadamos: «Y tertulia».

Por las mañanas, dormía. Almorzaba cerca de la una, y antes de las tres (siempre andaba a pie y muy de prisa) ya estaba en el Ateneo, dirigiendo los ensayos del Teatro de la Escuela Nueva, aconsejando a Rivas Cherif más energía y sobriedad, o más gracia y soltura a Magda Donato; representando los papeles de todos; creando de nueva cuenta las obras con sus interpretaciones personales.

Al anochecer, el día se le iba poniendo soportable. Entonces se resolvía a callejear, acompañado de algunos amigos silenciosos, como Luis Bilbao, el imponderable.

A las siete, ya estaba en el café Regina, donde le guardábamos siempre su sitio de honor.

Yo no sé a qué hora ni dónde cenaba, pero él ya no regresaba a casa, y seguía de tertulia continua toda la noche, cuándo en el Café Inglés, de torerísima memoria —donde soportaba a Ricardo Baroja, por ejemplo—; cuándo en el Liceo de América, donde —a pesar de todo— había descubierto que hay un jardincillo admirable para una noche de verano.

La conversación lo estimula, lo pone en acción intelectual. El amanecer le sorprende impávido —como a Sócrates en *El banquete*— entregado con serenidad a los deleites de la charla. Es su genuina creación artística. El tiempo de regresar a casa, y ya está llenando cuartillas: de una sola vez, sin volver atrás, numerándolas antes de empezar a escribir, con una fluencia magistral, con ritmo y vuelo de perfección subconsciente.

Este hombre platónico sabe siempre de antemano lo que va a decir y a escribir. Procede por arquetipos, por grandes ideas previas; y deja rodar las consecuencias hacia los hechos particulares, con esa seguridad y confianza del que ha dominado por completo las disciplinas.

Pero ¿a qué hora escribe Valle-Inclán? A la hora veinticinco sin duda. Una hora que él se ha encontrado por las afueras del tiempo, como quien se encuentra un escondite. A ella llega solo, de puntillas, «temblando de deseo y fiebre santa». Se encierra en ella, y… Sus últimos meses de Madrid han sido de una hermosa fecundidad. En el «esperpento», su reciente género tragicómico, está todo él, con la fantasía de sus conversaciones y su amenidad misteriosa. Hasta la lengua en que

escribe es ya una cosa muy propia y suya. Escribe la prosa «en Valle-Inclán»; un idioma hecho para uso de su alma, por afinidad electiva y selección natural.

Pero, un día, don Ramón se fue a Pontevedra.

III. Don Ramón se va a México. Yo estaba en San Sebastián cuando recibí el encargo de convidar a Valle-Inclán para las fiestas del Centenario de la Independencia Mexicana, huésped de honor de la República. Le telegrafié a la Puebla del Caramiñal. Le telegrafié con cierto vago temor… ¡Hay por ahí cada Pío Baroja, escritor de aventuras por tierra y mar, novelista del hombre de acción y conspirador honorario, que no sería capaz nunca de embarcarse rumbo a la inquieta América!…

Pero don Ramón resistió la prueba. Cuando acaso estaba más entregado a su familia y a los placeres aldeanos, rusticando por la pintoresca Galicia, oyó el campanillazo de la aventura. Y, a vuelta de telégrafo, decidió partir.

Yo me imagino fácilmente la emoción con que Valle-Inclán recibe el llamado de México. Valle-Inclán estuvo en México hace años. Era todavía desconocido. Tal vez México está, para él, asociado a las primeras revelaciones del Espíritu.

—México me abrió los ojos y me hizo poeta. Hasta entonces, yo no sabía qué rumbo tomar —me dijo un día.

Y en una ocasión, en el Ateneo, explicaba sus primeros años en Santiago de Compostela; su vida de larva; su aburrimiento de muchacho, entre la Universidad y la casa de juego: toda esa angustia de la provincia, que clama al cielo por las torres de todas las catedrales de España.

Y terminaba así, en un grito del corazón, que sólo resulta una paradoja para los que nunca han escuchado de cerca la voz de sus profundos estímulos:

—¡Y decidí irme a México, porque México se escribe con *x*!

¿De suerte, querido maestro Unamuno, que esa *x* de México, en que usted veía hace algunos años el signo de la pedantería americana, tuvo la virtud de atraer a Valle-Inclán y hacerlo poeta? ¡Oh, *x* mía, minúscula en ti misma, pero inmensa en las direcciones cardinales que apuntas: tú fuiste un crucero del destino!

Ya en adelante, por toda la obra de Valle-Inclán, creo ver estallar, aquí y allá, la *x* de México, como un recuerdo pertinaz. Este amigo del chocolate y la marihuana se complace en evocar las visiones de Mérida y de Veracruz, y en sus «esperpentos» del último estilo hay mexicanismos en abundancia, como una incorporación definitiva de la sustancia del recuerdo.

IV. Envío. Aquella noche, nos hartamos de hablar de México. Usted, don Ramón, revolvía sus memorias y hacía desfilar a nuestros ojos sucesos y hombres.

—Sostenes Rocha, el general Sostenes Rocha salía a caballo por las calles en cuanto había «mitote». Era un hombre con una cara de león, que bebía aguardiente

con pólvora…

—Y si volviera usted a México, y lo encontrara igual, ¿lo amaría usted aún?

—Sí.

—¿Y si lo encontrara completamente cambiado?…

—También lo amaría, también.

Usted, don Ramón, es a toda hora el mejor amigo de México. Lo ama usted en sus cualidades, y comprende (y quizá los ama también un poco) sus defectos. Lo ama usted en su quietud y en su turbulencia. Lo ama usted por el lago y por el volcán.

Usted maldice, con todas las conciencias honradas, al falso apóstol que se espanta de que la libertad se engendre entre rayos y se asusta de las guerras civiles. («¡Las más legítimas de todas!», he oído gritar al bravo Unamuno en una asamblea.) Usted maldice, con todos los varones cabales, al falso amigo que alarga dos veces la mano, una para recibir la hospitalidad y otra para regatear el precio de sus elogios o sus injurias. Usted, por el simple hecho de aceptar la invitación de México, ha devuelto —en nombre de España— el equilibrio a la balanza moral.

Séanle gratos el cielo y el suelo de Anáhuac. Del «entresuelo» nada digno, porque usted (contra la opinión expresada en un famoso epigrama por la duquesa de Salm-Salm) lo ha declarado ya adorable. Y del subsuelo (oro, petróleo), en mi calidad de hombre prudente, no me atrevo a chistar palabra.

Madrid, agosto de 1921

2. Las fuentes de Valle-Inclán

Los escritores de España acaban de ofrecer un banquete a Valle-Inclán, sin más ocasión ni pretexto que el celebrar su obra literaria. Unamuno habló en nombre de todos, y Valle-Inclán, en su respuesta, hizo algunas declaraciones que la historia literaria tiene obligación de recoger.

Casares, en su libro *Crítica profana,* acusa de plagio a Valle-Inclán: en la *Sonata de primavera,* dice, reproduce unas páginas de las *Memorias de Casanova.* Valle-Inclán le contesta ahora: en efecto, en tiempos en que tales *Memorias* no andaban todavía en todas las manos, creyó oportuno aprovechar, a título de documentación auténtica sobre la Italia de la época, unas páginas de Casanova. Galicia, Navarra, México, todos los demás escenarios de sus *Sonatas* le eran conocidos. No así Italia, donde acontece el episodio de la *Sonata de primavera. A* guisa de fragmento de realidad, y para envolverlo y mezclarlo abundantemente en su obra de creación propia, dispuso de un pasaje de Casanova.

En verdad, el procedimiento es completamente legítimo. Equivale —dice él— a tomar un rincón del cuadro de las «Meninas», de Velázquez, e incrustarlo en una tela mucho mayor, añadiéndole retazos por todos lados. En los cuadros de los pintores

que representan, por ejemplo, un taller (¡oh jugoso y paradisíaco Breughel!), ¿no vemos, a veces, reproducido sobre un caballete del fondo, en miniatura, algún cuadro célebre de pincel ajeno?

Finalmente, el escritor se extraña de que pueda Casares alardear de su descubrimiento, cuando en la misma *Sonata de primavera* Valle-Inclán indica sus fuentes en estas palabras textuales:

—¿Acaso conocéis este libro?

—Lo conozco porque mi padre espiritual lo leía, cuando estuvo prisionero en los Plomos de Venecia.

María Rosario, un poco confusa, murmuró:

—¿Vuestro padre espiritual! ¿Quién es vuestro padre espiritual?

—El Caballero de Casanova.

—¿Un noble español?

—No; un aventurero veneciano.

—¿Y un aventurero…?

Yo la interrumpí:

—Se arrepintió al final de su vida.

—¿Se hizo fraile?

—No tuvo tiempo, aun cuando dejó escritas sus confesiones. —¿Como San Agustín?

—¿Lo mismo! Pero, humilde y cristiano, no quiso igualarse con aquel doctor de la Iglesia, y las llamó Memorias.

—¿Vos las habéis leído?

—Es mi lectura favorita.

—¿Serán muy edificantes?

—¡Oh!… ¡Cuánto aprenderíais en ellas!… Jacobo de Casanova fue gran amigo de una monja en Venecia.

—¿Como San Francisco fue amigo de Santa Clara?

—Con una amistad todavía más íntima.

—¿Y cuál era la religión de la monja?

—Carmelita.

—Yo también seré carmelita.

Más claridad no puede exigírsele a un artista. Hay siempre un sentimiento de pudor, de pudor lícito, de buena estética y buena educación, en no andar descubriendo el revés de los tapices que tramamos.

Con buen sentido procedió Solalinde, al señalar, en la *Revista de Filología Española*, hace dos años, otra fuente de Valle-Inclán, el *Mateo Falcone* de Mérimée, que seguramente inspiró el cuento *Un cabecilla* del escritor español.[6] En ambos hay una delación: allá, el hijo de Falcone, a quien éste mata para castigar su traición; aquí, la mujer de un guerrillero, a quien éste da igual castigo. La escena final, particularmente, descubre la influencia del maestro francés.

> Señalamos —decía Solalinde— esta evidente influencia sobre el novelista gallego, no con el intento de revelar un plagio —revelación desacreditada y que da siempre lugar a disquisiciones triviales—, sino con el deseo de aportar un dato que ha de servir al futuro historiador de la obra de Valle-Inclán.

Finalmente, Enrique Díez-Canedo acaba de señalarme otra influencia sobre Valle-Inclán: del portugués Teixeira de Queiroz.

—Para encontrar influencias sobre España —me dice el autorizado crítico— basta abrir los libros portugueses. Por lo demás, la recíproca es igualmente verdadera.

Este análisis no perjudica ni empequeñece nunca al artista. Otro tanto puede hacerse con Shakespeare, con Lope de Vega; lo propio con Anatole France o con D'Annunzio. Y con todos, con todos.

Ya, en Anatole France precisamente, Santa Catalina observa, con encantadora pedantería: «La imaginación no crea: cambia y compra».[7]

Madrid, primavera de 1922

3. Valle-Inclán y América

Por mil partes aparece América en la obra de Valle-Inclán: a veces, de caso pensado; otras, en un vago fondo inconsciente, si es que puede hablarse de inconsciencia para un escritor que pondera siempre las siete evocaciones armónicas de cada palabra.

En la *Sonata de estío,* encontramos a la Niña Chole, la mestiza dulce y cruel que el Marqués de Bradomín descubre entre las ruinas de Tuxpan, envuelta en el rebocillo de seda y vestida con el huipil de las antiguas sacerdotisas, sobre un paisaje de piedras labradas y arenales dorados, palmeras, indios y mulatos con machetes, y cabalgaduras llenas de plata. Preciosa miniatura, apenas enturbiada por cierta frase de la Niña Chole sobre «el flete de Carón», que el negro de los tiburones va a pagar en el otro mundo.

Aquí inaugura el maestro la interpretación artística, sutilizada, del ambiente mexicano, escogiendo las escenas, las palabras, los tipos más cargados de color; solicitando levemente los datos de la realidad para que todos resulten expresivos; trasladándonos a un momento convencional del tiempo, donde puede juntar lo más mordiente y vivo en los rasgos de algunas épocas. Así, aplica a los asuntos americanos el procedimiento con que trataba los temas peninsulares; aprovecha las sugestiones de los primitivos cronistas y soldados, que usaron la pluma de las memorias cuando ya no podían más con la espada de las hazañas; o tal cual fugitiva evocación de la América de Chateaubriand —este verdadero creador de la «selva virgen», donde los árboles gritan como en Dante—; y procura siempre aquella objetividad parnasiana del Flaubert de la *Salambó,* sobre cuyo fondo estrellado corren poco a poco los velos de una melancolía católica y céltica, trémula de lágrimas y palpitante de insaciables anhelos. «Es la noche americana de los poetas», suspira el «Marqués», doblado en la borda de la «Dalila» —y sentimos que en sus palabras tiembla el llanto—.

Por las páginas de *La lámpara maravillosa* se percibe también la obsesión de los recuerdos americanos:

> En la llanura sólo florecen los cardos del quietismo. El criollo de las pampas debe a la vastedad de la llanura su alma embalsamada de silencio, y si alguna emoción despiertan en ella los ritmos paganos, es por la mirra que quema en el sol latino la lengua de España.

Y aquella adivinación:

> Todo el conocimiento délfico de los ojos es allí convertido en ciencia de los oídos, y en sutil aprender de topos. Se siente el paso de las sombras clásicas, pero ninguno puede verlas llegar. Los pueblos de la pampa, cuando hayan levantado sus pirámides y sepultado en ellas sus tesoros, habrán de hacerse místicos. Sus almas, cerradas a la cultura helénica, oirán entonces la voz profunda de la India Sagrada.

Esta idea se afirmará más tarde, con el segundo viaje a México.

En *La pipa de kif*, «La tienda del herbolario» es una aromática bodega de olores americanos; con especial predilección por el rasgo exótico y —si es posible— grotesco, correspondiendo a la estética del poema. El poder sintético es desconcertante, y esa Jalapa, esa Campeche, esa Tlaxcala entrevistas a través del humo de la marihuana, como lindos monstruos de alucinación y recuerdo, no se olvidan más. Decididamente, Valle-Inclán prefiere la América mexicana: la más misteriosa y la más honda.

Y finalmente, en los «esperpentos» y creaciones últimas hay un recuerdo, que va y viene, de las palabras mexicanas, de los gritos y los equívocos mexicanos. Es un murmullo que anda por la parte liminar de su alma, pero el escritor lo deja sentir con plena conciencia de lo que hace. Los que estamos en el secreto, saboreamos y sonreímos. Y agradecemos esta dignificación artística que don Ramón concede a tal o cual disparate humilde de nuestro pueblo, a tal o cual injuria recogida en labios de un jarocho de la costa o de un charro del Bajío.

Pero, sobre todo, América ha sido para Valle-Inclán algo como un empuje oportuno de la vida, un deslumbramiento eficaz, que le abrió los ojos al arte. «Y decidí irme a México, porque México se escribe con *x*.» De aquí, de este primer viaje, procede el milagro de Valle-Inclán. El hombre que México le devolvió a España contenía ya todos los gérmenes del poeta.

En plena época colonial, Baltasar Dorantes de Carranza hablaba de las Indias con abominación, y a la vez, con mal encubierto rencor de amor: «¡Fisga de imaginaciones! —decía—. ¡Anzuelo de voluntades!». La imaginación y la voluntad de los españoles peninsulares volaban hacia América, que ejercía en la vida de la raza una función tónica, de ideal, de golpe de viento purificante. Igual función sigue desempeñando América para los españoles más altos, durante el siglo de Independencia: Castelar vuelve a ella los ojos con esperanza y con alivio; se cura de sus tormentas políticas, enviando sus confidencias y desahogos a los lectores de América. Unamuno —cuyo padre vivió en Tepic, y que aprendió a leer hojeando libros mexicanos— declara un día, entre melancólico y soberbio: «Si yo fuera joven, emigraría a América». Ortega y Gasset trae de América un secreto de fantasía renovada semejante al de Fausto. Y a Enrique Díez-Canedo le es tan familiar la literatura americana, que, acaso por primera vez, se vuelve, bajo su pluma, un capítulo de la literatura española.

Valle-Inclán escribe —y sueña con México—. De su segundo viaje trae dos

experiencias profundas: *1)* persiste la lucha entre el indio y el encomendero (encomendero que no es necesariamente español, como él parece suponerlo): la pugna entre el individualismo europeo, yuxtapuesto artificialmente sobre los hábitos de la raza vencida, y el gran comunismo autóctono que encontró Cortés, que la Iglesia amparó en cierto modo, como único medio de salvar a las poblaciones indígenas, y que las Leyes de Indias respetaron teóricamente, hasta donde era compatible con la necesidad de repartir premios y riquezas a los conquistadores. *2)* México es un país vuelto hacia el Pacífico, que huye del Atlántico y se hincha de magnetismos asiáticos. Conserva el rastro espiritual de los juguetes sagrados que la Nao de China traía desde el Parián de Manila al Puerto de Acapulco, de donde pasaban a México, camino de Veracruz, rumbo a Sevilla. Esta gran circulación oceánica explica sus inadaptaciones y sus extrañas reservas de fuerza y de esperanza. Tal idea— que pudo parecer paradójica a nuestros amigos madrileños— es la clave del enigma mexicano: la *x* de México. Se ha dicho de la mujer bíblica: «Dos naciones hay en tu seno». Pero hay que interpretar el Texto: «Y realizarás tu destino cuando juntes las dos sangres en una». Ciertamente, de los nuevos directores espirituales del indio americano puede asegurarse —como Valle-Inclán lo presentía pocos años antes — que tienen el oído atento a las enseñanzas de la India, esta gran mestiza de arios blancos y dravidios oscuros.

Hay muchos que aman a América en su bienestar y en su sonrisa. Valle-Inclán resiste la prueba de la verdadera simpatía americana: a él lo que de América le enamora es aquella vitalidad patética, aquella cólera, aquella combatividad, aquella inmensa afirmación de dolor, aquel hombrearse con la muerte.[8]

La Pluma, Madrid, enero de 1923

Rubén Darío en México[9]

A Enrique Díez-Canedo

QUERIDO CANEDO:

He arrancado a mi libro de memorias las páginas que doy a la estampa. A usted le han parecido agradables. ¿Qué podía yo hacer sino dedicárselas?

Usted, amigo mío, me ha consentido muchas veces la manifestación de ese placer de los emigrados que suele resultar importuno: el recuerdo de la tierra y los amigos ausentes. Usted, con una paciencia gustosa, me ha dejado hablar horas enteras de Fernández, de González y de Martínez como si usted mismo los conociera o le importaran como a mí aquellas cosas. En verdad, a usted le importan mis recuerdos, puesto que nunca ha desdeñado el conocimiento preciso de los libros y de los hombres. Su curiosidad siempre animada ha acabado por aficionarle a los asuntos de América. A usted le gusta hojear las viejas revistas, y ver cómo reviven las pléyades literarias de hace cien o de hace diez años. Su ecuanimidad le permite apreciar con ojos serenos la hora que apenas ha cesado: lo que todavía es pasión para muchos, es ya para usted conocimiento. De esta manera, usted es uno de aquellos privilegiados que contemplan la vida con verdadero desinterés histórico. Mientras la mayoría de los hombres cultos responde con un mohín de disgusto a todo lo que ya no es nuevo y que todavía no es antiguo, a usted lo he visto comprar por esas ferias —y examinar con ese deleite tranquilo que sabe poner en todos sus actos — éste o el otro libro modesto publicado por los años de 1840.

No acabaría. Permítame, sin más explicaciones, dedicarle estas anécdotas fugitivas.

A. R.

Madrid, 1916

1. El ambiente literario

Cuando llega a México Rubén Darío, una generación de muchachos —que apenas se ha dado a conocer— forma la literatura imperante.

Con Gutiérrez Nájera quedaban abiertos los nuevos rumbos; su órgano era la *Revista Azul.* Heredera de sus timbres, la *Revista Moderna* popularizó entre nosotros los modos de la poesía posromántica. Pero la hora de la *Revista Moderna* había pasado. Sus poetas tuvieron como cualidades comunes cierto sentimiento agudo de la

técnica: técnica audaz, innovadora, y —exceptuando a Urbina, que ha perpetuado a su manera la tradición romántica; a Díaz Mirón, que vive en su torre, y a Icaza, cuya poesía se explica más bien como un ciclo aparte— cierto aire familiar de diabolismo poético que acusa una reciprocidad de influencias entre ellos y su dibujante Julio Ruelas.

Agrupábanse, materialmente hablando, en redor del lecho donde Jesús Valenzuela (siempre mal avenido con las modas, las escuelas y las costumbres) iba derrochando, después del otro, el caudal de su generosa vida. Tablada doraba sus esmaltes; Nervo soñaba, entregado a su misticismo lírico; Urueta cantaba como una sirena. A veces, llegaba de la provincia Manuel José Othón con el dulce fardo de sus bucólicas a cuestas; lejano, distraído, extático. Othón ha muerto, y espera el día de su consagración definitiva. Es el clásico. En la historia de la poesía española es, al mismo tiempo, una voz conocida y nueva. Su verso tiene, junto a las reminiscencias de fray Luis, ecos de Baudelaire. Aprendió en los maestros definitivos, no en los vanos dioses de la hora; hizo, como quería Chénier, versos antiguos con pensamientos nuevos. Nervo incurrió en el pecadillo de censurar el uso de los «metros viejos» en Othón. Era el duelo entre el alejandrino modernista y el endecasílabo vetusto. Othón se defendía oponiendo, a su vez, que el alejandrino castellano es tan viejo como Berceo. Valenzuela también ha muerto; su recuerdo perdurará más que su poesía. A los otros los ha dispersado la vida.

A principios de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una revista para los nuevos literatos. Le pusieron un nombre absurdo: *Savia Moderna.* No sólo en el nombre, en el material mismo recordaba a la *Revista Moderna.* Duró poco —era de rigor—, pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña en los libros y memorias de nuestra literatura contemporánea. «La redacción —escribe el poeta Rafael López— era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar.» A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana, Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura, cayó la palabra sobre la ciudad.

En el grupo literario de *Savia Moderna* había los dos géneros de escritores que pone Gourmont: los que escriben; los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Acevedo.[10] Decía, con Goethe, que el escribir es un abuso de la palabra. Más tarde ha incurrido en la letra escrita; esperamos con impaciencia sus libros. De él habíamos dicho hace tiempo: cuando escriba libros, sus libros serán los mejores. Recuerdo, entre los prosistas, a Ricardo Gómez Robelo, que era propia imagen del mirlo de Rostand:

Cette âme!… On est plus las d'avoir couru sur elle
Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.

La misma agilidad de su pensamiento lo hacía cruel; y además —grave ofensa para el género humano— estaba enamorado del genio. Como a todo aquel que ha probado las desigualdades de la suerte, lo tentaban las inspiraciones de la locura. Ignoraba cuántos volúmenes lleva publicados Monsieur Chose, pero leía y releía constantemente los veinte o treinta libros definitivos. Alfonso Cravioto era el representante del sentido literario: su prosa es fluida, musical, llena de brillos y colores. Su vida estaba consagrada a la expectación literaria: ha coleccionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de todos sus compañeros. Hace creer que posee tesoros en casa. Nadie sabe si es o no rico, si escribe o no en secreto:

> Cuentan que escribe, y no escribe;
> dicen que tiene, y no gasta,

se decía él a sí mismo en unas coplas que quiso hacer pasar por anónimas. De cuando en cuando, asomaba para celebrar, en una prosa de ditirambo, algún triunfo del arte o del pensamiento. Cegado por un falso ideal de perfección, nunca acaba de publicar sus libros, y así va camino del silencio, sin merecerlo ni desearlo. Entre los poetas, estaba Rafael López, poeta de apoteosis, fiesta plástica, sol y mármol, que hoy busca emociones universales, tras haber embriagado su adolescencia con los últimos haxix del decadentismo. Estaba Manuel de la Parra, musa diáfana, de nube y de luna; alma monástica, borracha de medievalismo imposible, «ciega de ensueño y loca de armonía». Estaba Colín entregado a una gestación laboriosa en que se combatirán el poeta seco y el prosador jugoso. Estaba el malogrado Argüelles Bringas, tan fuerte, tan austero, áspero a la vez que hondo; poeta de concepciones vigorosas, concentrado y elíptico, en quien la fuerza ahoga a la fuerza, y el canto, sin poder fluir, brota a pulsaciones. Aún no salía de su provincia el poeta mayor: González Martínez; y apenas salía de su infancia Julio Torri, nuestro hermano el diablo, duende que apaga las luces, íncubo en huelga, humorista que procede de Wilde y Heine y que promete ser uno de los primeros de América. Y de propósito dejo para el fin a Caso, a Vasconcelos, al dominicano Henríquez Ureña.

La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso, quien difundirá por las aulas nuevas verdades. No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera por un instante. La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las unifica, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, le convertirán en el director público de la juventud. En lo íntimo, era más honda, más total, la influencia socrática de Henríquez Ureña. Sin saberlo, enseñaba a ver, a oír, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado,

aunque no el de más años. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó. El peruano Francisco García Calderón escribe de él: «Alma evangélica de protestante liberal, inquietada por los grandes problemas; profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas…». Díaz Mirón, que lo admira, le llamaba «dorio». José Vasconcelos era el representante de la filosofía antioccidental, que alguien ha llamado la «filosofía molesta». Mezclábala ingeniosamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y, en los instantes que la cólera civil le dejaba libres, combatía también por su verdad. Mucho esperamos de sus dones de creación estética y filosófica, si las implacables Furias Políticas nos lo dejan ileso. Es dogmático: Oaxaca, su estado natal, ha sido

la cuna de nuestras «tiranías ilustradas». Es asiático: tenemos, en nuestro país, dos mares a elección; algunos están por el Atlántico; él por el Pacífico.

Entre tanto, la exacerbación crítica que padecemos corroe los moldes literarios, los géneros retóricos se mezclan un tanto, y la invención pura padece. Apenas la narración tradicional tiene un campeón en González Peña, hombre de voluntad, trabajador infatigable que intenta reflejar las inquietudes contemporáneas en una novela concebida según la manera de Flaubert. Teatro no hay; y el cuento, en manos de Torri, se hace crítico y extravagante. Aquélla era, sobre todo, una generación de ensayistas. En aquel mundo erizado de escalpelos, el gran Rubén Darío va a caer. Es el año de 1910.

Pero los dioses caprichosos tenían reservada alguna sorpresa.

2. El valle inaccesible

Solíamos hablar, entre nosotros, de atraer a Rubén Darío. Valenti, uno de los nuestros —cuyas palabras me acuden ahora con el recuerdo de su trágica muerte—, nos oponía siempre esta advertencia profética:

—No, nunca vendrá a México Rubén Darío: no tiene tan mala suerte.

Rubén Darío fue a México por su mala suerte. En 1910, para la celebración del Centenario de la independencia mexicana, Darío y Santiago Argüelles fueron delegados a México por el gobierno de Nicaragua. Sobrevinieron días aciagos; el presidente Madriz cayó al paso de Washington, y el conflicto entre Nicaragua y los Estados Unidos se reflejaba en México por una tensión del ánimo público. La nube cargada estallaría al menor pretexto. Y ninguna ocasión más propicia para desahogarse contra el yanqui que la llegada de Rubén Darío. El hormiguero universitario pareció agitarse. Los organizadores de sociedades, los directores de manifestaciones públicas habían comenzado a distribuir esquelas y distintivos. La aparición de Rubén Darío se juzgó imprudente; y este nuevo Cortés, menos aguerrido que el primero, recibió del nuevo Motecuzoma indicaciones apremiantes de no llegar al valle de México.

Darío quedó detenido en la costa de Veracruz. De allí se le hizo pasar, incógnito, a

Jalapa. Un hacendado lo invitó a cazar conejos; se fue al campo; lo hicieron desaparecer…

Poco después, con el pintor mexicano Ramos Martínez, que lo acompañaba como se acompaña a un menor de edad, reapareció en La Habana. En La Habana estaba cuando la celebración famosa del Centenario. El ministro y escritor mexicano Carlos Pereyra tuvo el buen acuerdo de invitarle a la fiesta, pidiéndole su colaboración literaria. No pudo asistir el poeta, por aquellos sus intermitentes achaques, pero envió su poema. Hecho en ratos de mal humor, en horas de indecisión, cuando él no sabía si volverse, si quedarse, si seguir adelante; cuando comenzaban a escasear los fondos y hubo que abandonar el Hotel Sevilla y renunciar al automóvil en mala hora alquilado, [11] el poema —de lo más infortunado que hizo— presentaba la cómica novedad de fundir en el estribillo un verso del himno nacional de Cuba con uno del himno mexicano, dándonos así el monstruo híbrido de que se horrorizaba Horacio. Ejemplo:

> que morir por la patria es vivir,
> al sonoro rugir del cañón.

Lo demás que atañe a la estancia de Darío en Cuba, a mis amigos de La Habana toca contarlo.

3. Un documento

Entre las muchas manifestaciones que produjo en México la llegada de Rubén Darío a Veracruz, hubo una de carácter puramente literario. Algunos jóvenes escritores y poetas que, por no sentirse «animales políticos» o por malos de sus pecados, no habían querido hasta entonces unirse al grupo central —concentrado en el Ateneo de la Juventud—, fundaron una sociedad, la «Sociedad Rubén Darío», cuyo único objeto era recibir al poeta con honor; como si la llegada de un hombre hubiera de ser un hecho permanente. Rafael López, entusiasmado, habló de la nueva Cruz del Sur que Rubén Darío había de marcar en nuestro cielo con los cuatro hierros de su centauro. Emilio Valenzuela, hijo de Jesús Valenzuela, fue nombrado presidente de esta sociedad. Cuando la triste realidad vino a conocerse, Valenzuela escribió lleno de despecho: «No nos queda más que esperar otros tiempos». Estas palabras pudieron ser divisa de mi generación destrozada.

Por su parte, Rubén Darío (hay que recoger piadosamente lodos los rasgos de su pluma) escribió la siguiente carta a Valenzuela:

> Distinguido y buen amigo:
>
> Si no hubiera sido ya grandísimo mi deseo de ir a México, la vibrante misión, que la joven intelectualidad mexicana confió a ustedes me hubiera infundido el más ardiente empeño por encontrarme en la capital de este noble y hospitalario país.
>
> La juventud es vida, entusiasmo, esperanza. Yo saludo por su digno medio a esa juventud que ama el Ideal desde la Belleza hasta el Heroísmo. Díganlo, si no, los *aiglons* del águila mexicana que se llevó la Muerte a la

Inmortalidad, desde el nido de piedra de Chapultepec.[12]

Las cariñosas y agradecidísimas instancias, que usted y don Álvaro Gamboa Ricalde me han hecho en nombre de sus amigos de México, me empeñan a poner toda mi voluntad en complacerles. Pero, a pesar de mis deseos, las circunstancias me obligan a tener una actitud que no puedo alterar en anda.

Este momento, sin embargo, pasará. Y yo, quizá en breve, podré tener el gran placer y el altísimo orgullo de saludar, con el afecto que por ella siento, a la noble, a la entusiasta, a la gentil juventud mexicana.

Muy sinceramente me ofrezco su afectísimo amigo y s. s.

Rubén Darío.

Xalapa, 8 de septiembre de 1910.

4. Un problema de derecho internacional

¿Cómo se verá dentro de un siglo, de dos, de tres, la vida irritada de los pueblos de América, donde las cuestiones literarias se vuelven fácilmente asuntos de política interna, y éstos sin cesar se convierten en problemas internacionales? ¿No es el mismo Rubén Darío quien acostumbraba decir que en América no hay más que poetas y generales?

Cuando Darío llega de París a Veracruz, ya estaba Santiago Argüello en México. Caído el gobierno que representaban, ambos quedaron sin función oficial. Al menos, así se decidió por tácito acuerdo. Los periódicos pusieron al día las discusiones jurídicas. ¿Conservaba Rubén Darío la representación de Nicaragua a pesar del cambio de gobierno? Dos o tres señores hicieron danzas y zalemas en redor del caso y sin resolverlo. Federico Gamboa, el novelista y diplomático, estrechado por los periódicos, tuvo que decir su opinión. Como, en verdad, no había medio de salir airoso del trance contentando a todos, prefirió salir a lo discreto, resolviendo las preguntas del reporte en estos o parecidos términos:

—Es una verdad reconocida que todo problema de Derecho Internacional debe plantearse de manera que las premisas correspondan exactamente a la realidad de los hechos, para que así pueda científicamente asegurarse, etcétera, etcétera.

Por lo menos dejó entender, como caballero, que no tenía ganas de molestar a nadie con su opinión, ni de perder el tiempo en discutir, conforme a derecho, lo que estaba decidido ya conforme a prudencia.

Argüello se las arregló para quedarse en México, representando no sé si a Bolivia. En cuanto a Darío, había de recibir más tarde un desagravio en los Estados Unidos. La Sociedad Hispánica de Nueva York, la Liga de Autores de América, la Academia Americana de Artes y Letras, lo saludaron con entusiasmo. «A una emocionante interpretación de la vida y la cultura latinas —le decían—, habéis unido las inspiraciones de nuestros poetas Whitman y Poe.» Y añadían con intencionada gentileza: «Sois un apóstol de la buena voluntad y un centinela avanzado en los caminos de la concordia internacional».

5. Una discusión literaria

Alfonso Cravioto, en nombre del Ateneo, fue hasta Veracruz a llevarle nuestro saludo, y pudo acompañarle en su viaje de Jalapa al puerto. En el mismo coche viajaba cierto sacerdote aficionado a las cosas literarias. No pudiendo resistir la atracción del dios, rogó a Cravioto que lo presentara con Darío, de modo que pudiera charlar con él a lo largo del viaje.

Hízose. El sacerdote tuvo que rehusar la «copita» que Rubén Darío le convidara; se sentó a su lado, y empezó la charla literaria. De un poeta en otro, y desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, hubieron de dar alguna vez en Julio Flórez. Como Darío hiciera una muequecilla dudosa, dijo el buen sacerdote:

—Sí, ya lo sé; a usted no le convence Flórez, porque Flórez no es de su escuela…

Y, a boca llena, con toda la inconsciencia de un niño a quien han enseñado a repetir una palabrota, Darío le interrumpe, enfrentándosele:

—Yo no tengo «escuela», no sea usted *pendejo*.

Ahuyentado, el buen sacerdote —a quien ya podemos mirar como una señal de nuestros tiempos, como un verdadero símbolo— corre a refugiarse al último asiento del vagón.

«Mi literatura es mía en mí.»

6. Arte de prudencia en dos coplas

Santiago Argüello era, pues, el único huésped literario que la fiesta nacional nos proporcionó. El Ateneo daba a la sazón una serie de conferencias en la Escuela de Derecho, e invitamos a Argüello para que presidiera una de nuestras sesiones.

Hombre corpulento y velloso, revolvía sus ojos pestañudos paseando la mirada por el salón; se informaba de nuestra vida literaria, y deseaba que su llegada —y la de Darío, siempre probable— coincidiera con un renacimiento literario en México.

—Darío —nos contaba el excelente amigo y poeta— es como un niño. Cierta ocasión, estando en Madrid, tomamos un coche, él, no sé quién más y yo, para ir de la Puerta del Sol a Rosales; y el hombre se figuró que le había dado un ataque de ataxia locomotriz porque se le durmieron las piernas.

Al acabar la conferencia, los estudiantes —que sólo la oportunidad esperaban para armar la gresca—, con pretexto de la presencia de Argüello, se pusieron a gritar:

—¡Viva Nicaragua!

Con algunos mueras sobrentendidos.

Argüello, que acaso no oyó bien lo que los muchachos gritaban, tuvo la ocurrencia de imponer silencio con un ademán y recitar esta copla improvisada:

Vuestro aplauso me echa flores,
y es un aplauso al esteta;
estáis tejiendo, señores,
mi corona de poeta.

Nos llovieron al día siguiente coplas anónimas de los estudiantes, picantes parodias que no tengo aquí para qué copiar.

A los dos días, Rubén Darío, enterado del caso, le dedicó la siguiente:

Argüello, tu lira cruje
—¡y en público, por desgracia!—
Argüello, *a lo que te truje;*
menos versos: diplomacia.

Lo cierto es que Argüello había obrado muy en diplomático, al desentenderse de la intención política de aquellos juveniles gritos.

7. Partida y regreso

(Memorias de Rubén Darío)

No quitaré ni añadiré una palabra a las páginas de Rubén Darío. Advertiré solamente que, con un egocentrismo muy explicable, el poeta creyó ser el origen de sucesos que venían germinando ya de tiempo atrás y que obedecieron a causas más complejas y más vitales; que, como se verá, sólo la angustia económica del poeta —que le impedía resolver el caso por su cuenta— y el desorden producido en la administración mexicana por las fiestas del centenario, pudieron decidirle a permanecer algunos días en México. Dice así en el capítulo LXV de su *Vida*:

> La traición de Estrada inició la caída de Zelaya. Éste quiso evitar la intervención yankee, y entregó el poder al doctor Madriz, quien pudo deshacer la revolución en un momento dado, a no haber tomado parte los Estados Unidos, que desembarcaron tropas de sus barcos de guerra para ayudar a los revolucionarios.
>
> Madriz me nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, en misión especial en México, con motivo de las fiestas del centenario. No había tiempo que perder y partí inmediatamente. En el mismo vapor que yo, iban miembros de la familia del presidente de la república, General Porfirio Díaz; un íntimo amigo suyo, diputado, don Antonio Pliego; el Ministro de Bélgica en México y el Conde de Chambrun, de la legación de Francia en Washington. En La Habana se embarcó también la delegación de Cuba, que iba a las fiestas mexicanas.
>
> Aunque en La Coruña, por un periódico de la ciudad, supe yo que la revolución había triunfado en Nicaragua, y que el Presidente Madriz se había salvado por milagro, no diera mucho crédito a la noticia. En La Habana la encontré confirmada. Envié un cablegrama pidiendo instrucciones al nuevo Gobierno, y no obtuve contestación alguna. A mi paso por la capital de Cuba, el Ministro de Relaciones Exteriores, señor Sanguily, me atendió y obsequió muy amablemente. Durante el viaje a Veracruz conversé con los diplomáticos que iban a bordo, y fue opinión de ellos que mi misión ante el Gobierno mexicano era simplemente de cortesía

internacional, y mi nombre, que algo es para la tierra en que me tocó nacer, estaba fuera de las pasiones políticas que agitaban en ese momento a Nicaragua. No conocían el ambiente del país y la especial incultura de los hombres que acababan de apoderarse del Gobierno.

Resumiré. Al llegar a Veracruz, el introductor de diplomáticos señor Nervo,[13] me comunicaba que no sería recibido oficialmente, a causa de los recientes acontecimientos, pero que el Gobierno mexicano me declaraba huésped de honor de la nación. Al mismo tiempo se me dijo que no fuese a la capital, y que esperase la llegada de un enviado del ministerio de Instrucción Pública. Entretanto, una gran muchedumbre de veracruzanos, en la bahía, en barcos empavesados y por las calles de la población, daban vivas a Rubén Darío y a Nicaragua, y mueras a los Estados Unidos. El enviado del Ministro de Instrucción Pública llegó con una carta del Ministro, mi buen amigo don Justo Sierra, en que, en nombre del Presidente de la República y de mis amigos del Gabinete, me rogaba que pospusiese mi viaje a la capital. Y me ocurría algo bizantino: el gobernador civil me decía que podía permanecer en territorio mexicano unos cuantos días, esperando que partiese la delegación de los Estados Unidos para su país, y entonces yo podría ir a la capital; y el gobernador militar, a quien yo tenía mis razones para creer más, me daba a entender que aprobaba la idea mía de retornar en el mismo vapor para La Habana… Hice esto último. Pero antes visité la ciudad de Jalapa, que generosamente me recibió en triunfo. Y el pueblo de Teocelo, donde las niñas criollas e indígenas regaban flores y decían ingenuas y compensadoras salutaciones. Hubo vítores y música. La municipalidad dio mi nombre a la mejor calle. Yo guardo en lo preferido de mis recuerdos afectuosos el nombre de ese pueblo querido. Cuando partía en el tren, una indita me ofreció un ramo de lirios y un «puro» azteca: «Señor, yo no tengo que ofrecerle más que esto»; y nos dio una gran piña perfumada y dorada. En Veracruz se celebró en mi honor una velada, en donde hablaron fogosos oradores y se cantaron himnos. Y mientras esto sucedía, en la capital, al saber que no se me dejaba llegar a la gran ciudad, los estudiantes en masa, e hirviente suma de pueblo, recorrían las calles en manifestación imponente contra los Estados Unidos. Por la primera vez, después de treinta y tres años de dominio absoluto, se apedreó la casa del viejo cesáreo que había imperado. Y allí se vio, se puede decir, el primer relámpago de la revolución que trajera el destronamiento.

Me volví a La Habana acompañado de mi secretario, señor Torres Perona, inteligente joven filipino, y del enviado que el Ministro de Instrucción Pública había nombrado para que me acompañase. Las manifestaciones simpáticas de la ida no se repitieron a la vuelta. No tuve ni una sola tarjeta de mis amigos oficiales…

Se concluyeron, en aquella ciudad carísima, los pocos fondos que me quedaban y los que llevaba el enviado del Ministro Sierra. Y después de saber prácticamente, por propia experiencia, lo que es un ciclón político y lo que es un ciclón de huracanes y de lluvia en la Isla de Cuba, pude, después de dos meses de ardua permanencia, pagar crecidos gastos y volverme a París, gracias al apoyo pecuniario del diputado mexicano Pliego, del ingeniero Enrique Fernández y, sobre todo, a mis cordiales amigos Fontoura Xavier, Ministro del Brasil, y general Bernardo Reyes, que me envió por cable, de París, un giro suficiente.

8. ¿Una obra inédita de Ruben Darío?

Transcribo a continuación un documento oficial —cuya amable comunicación debo al mismo poeta— que atañe a las relaciones de Rubén Darío con México, y que puede considerarse como un intento de compensación por los percances de marras:

Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes. México. Libramiento núm. 992. Sección de Administración. Mesa 2a. Núm. 2 475. Hoy digo al Secretario de Hacienda lo que sigue: «Por acuerdo del Presidente de la República, he de merecer a usted se sirva librar sus órdenes a la Tesorería general de la Federación, para que con cargo a la partida 8 415 del Presupuesto de ingresos vigente, se pague al Sr. Rubén Darío, por conducto del Cónsul General de México en París, la cantidad de 500 —quinientos francos— mensuales, durante el presente año fiscal, para que continúe estudiando en Europa cómo se hace la enseñanza literaria en los países de origen latino, y escriba una obra como resultado de ese estudio». Lo que transcribo a usted para su conocimiento. México, 4 de noviembre de 1911. El Subsecretario encargado del despacho, *José López Portillo y Rojas.* Al Sr. Rubén Darío. París.

Apéndices

1

He aquí una traducción de la carta dirigida a Rubén Darío por la Academia Americana de Artes y Letras:

Nueva York, marzo 25 (1915).

Distinguido señor:

La Academia Americana de Artes y letras os ofrece, en vuestra calidad de huésped de los Estados Unidos, sus salutaciones respetuosas y su bienvenida cordial.

Sois el heredero de una civilización histórica, cuyo tesoro artístico y literario habéis acrecentado, gracias a vuestra obra exquisita y superior, dotándolo con todas las fuerzas de misterio y exaltación de este Nuevo Mundo en que habéis nacido. Familiarizado con todas las cosas nuevas de Europa, habéis descubierto el espíritu renaciente del Viejo Mundo y lo habéis interpretado para el Nuevo. Pero algo más habéis realizado, algo que os une particularmente a nosotros, a los hombres del Norte. Mientras por una parte alcanzábais la más emocionante interpretación de la vida y la cultura latinas, por otra sorprendíais en dos de nuestros poetas —Poe y Whitman— aquellas genuinas inspiraciones que enriquecieron vuestro arte con las más desembarazadas formas del metro y del ritmo, fundiendo así en una las aspiraciones de las dos razas típicas que dominan nuestro Continente Occidental. Sois, pues, a un mismo tiempo, un apóstol de la buena voluntad y un centinela avanzado en los caminos de la concordia internacional.

Nos felicitamos de vuestra permanencia entre nosotros, y os deseamos un feliz regreso a vuestra patria adoptiva.

Por la Junta Directiva:—William M. Sloane, Canciller; Robert Underwood Johnson, Secretario Perpetuo; William Crary Brownell, Miembro de la Junta.

2

Luis G. Urbina me ha hecho saber más tarde que la comisión conferida a Rubén Darío data de 1910, de los tiempos de Justo Sierra, y que la administración de 1911 no hizo más que refrendarla.

También los amigos me han recordado que noche hubo en que el pueblo en masa esperó la llegada de Rubén Darío, en la Estación del Ferrocarril Mexicano.

Ruiz de Alarcón y el teatro francés[14]

CUANDO CORNEILLE escribió *Le Menteur* creía fírmemente haberse inspirado en una obra del gran poeta español Lope de Vega, el Fénix de los Ingenios, a quien se adoraba al punto de adaptar el Credo a su nombre: «Creo en Lope Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra». Pero, en verdad, el modelo de Corneille, según él lo averiguó a poco, *La verdad sospechosa,* era obra de un criollo mexicano, don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, émulo de Lope y célebre en sus días por sus infortunios, su espíritu delicado, su invariable cortesía, su pequeña talla y su cuerpo nada airoso y hasta deforme. «Célebre por sus comedias como por sus corcovas», dijo un cronista de la época en ocasión de la muerte del mexicano.

Así sucede, pues, que, en el origen de la comedia francesa de costumbres (puesto que Moliere declara haber recibido la revelación de su teatro ante *Le Menteur* de Corneille), encontramos la influencia, fortuita, involuntaria, de un hombre que ha sido considerado como el primer gran escritor que dio al mundo la Nueva España.

Por lo demás, el error de Corneille respecto a la autoría de *La verdad sospechosa* era lo más natural del mundo, y el explicarlo nos permitirá asomarnos por unos instantes a aquel mundo tan singular.

El apogeo de la comedia española durante el siglo XVII produjo una gran transformación en las costumbres literarias de la Península. En el siglo XVI, los escritores habían sido, por su mayoría, grandes señores, capitanes, diplomáticos, altos prelados; y, por decirlo así, se respiraba en el ámbito literario una atmósfera de mayor mesura. Con el apogeo de la Comedia el siguiente siglo, se desarrolla la casta de los literatos profesionales, y entonces puede advertirse, entre los escritores de buena ley, la irrupción de otros que podemos llamar los «arribistas» del teatro. Ya el oficio paga a su hombre. Había quien se improvisara autor de comedias como quien se compromete —en nuestra habla familiar— a cualquiera otra «chamba». Por lo que al teatro respecta, efectivamente, reina un ambiente de improvisación y de entusiasmo. El público exigía a diario comedias nuevas, y era menester satisfacerlo.

La inmensa personalidad de Lope de Vega dominaba el teatro español y hasta lograba ahogar, bajo la fórmula de acero que él supo imponer a la escena, los tímidos ensayos en busca de otras fórmulas más elásticas o los intentos de los humanistas por ajustarse a las tradiciones del drama clásico. En este orden, obras como la *Hécuba triste* del maestro Fernán Pérez de Oliva —que aún quiere competir con los griegos— se recuerdan sólo como venerables fracasos; y la *Numancia* de Cervantes —cuyo héroe es el pueblo y donde se anuncia lo que Jules Romains, en nuestros días, llama «unanimismo»— sólo se salva porque la ampara ante la posteridad el renombre del autor del *Quijote*. El propio Lope nos ha dejado la caricatura del caso. Él dijo de las comedias:

porque como las paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto.

Además había que escribir las comedias «en horas veinticuatro». Pero sucede que no cualquiera es improvisador. Por lo que era frecuente que se asociaran dos, tres y hasta siete «ingenios» (como se decía entonces) para componer una sola comedia en tres actos, cuyas escenas —digámoslo en la metáfora de Góngora— se distribuía entre todos como se distribuyen las libreas entre los oficiales de sastrería. Asistimos a un verdadero furor por el espectáculo —como el de los toros más tarde, como el del cine hoy en día—, que el rey Felipe, gran aficionado él mismo y que aun poseía teatros dentro de sus palacios, se encargaba de atizar a su vez con toda su influencia.

Paralelamente a este exceso de producción dramática (y vamos llegando a lo que queríamos explicar), se da entonces un exceso de producción en la librería. Pues el público no se contentaba con acudir en masa a los «corrales» donde se hacían las representaciones, sino que todavía, además, quería leer en casa las comedias: lo que sucede ahora con las revistas cinematográficas y otras publicaciones del género. Pero la edición de una comedia obliga a hacer copiar a mano el manuscrito, generalmente apresurado y lleno de tachaduras, enmiendas o cortes («atajos»), que había servido para la representación. Y, por otra parte, se atravesaban ciertas dificultades como el pago de los derechos de autor o la compensación a los directores de compañías teatrales. Y entonces, para saciar el apetito exagerado del público, los editores (ya «piratas») dieron con un recurso pintoresco y extraordinario:

Sea disimulados entre los espectadores, sea entre los conocedores que formaban lo que se llamó «la tertulia» (precursores de la «cátedra» en los tendidos de los toros); sea entre la *claque* o *porra* organizada por el autor; o bien entre los «mosqueteros», gente pagada por los adversarios para hacer rodar o «reventar» los estrenos se deslizaban en los corrales unos terribles sujetos, los «memorillas», dotados, en efecto, de una extraordinaria memoria natural, desarrollada con el ejercicio constante (según los consejos de la más antigua retórica). Los memorillas eran capaces de aprender de coro una comedia con oírla una sola vez; y si era preciso, suplían aquí y allá los falseos de la retentiva con algunos versos de su propia cosecha, usando esos moldes más o menos estereotipados, como los que emplean el «payador» argentino y, en general, todos los recitadores del pueblo y del campo, para adaptar sus coplas según la ocasión y el momento. (De aquí proceden ya, en la *Iliada,* algunas discutidas variantes o probables interpolaciones…) Y los memorillas corrían apresuradamente a casa del editor, como los cazadores furtivos escapan con su presa escondida bajo el manto.

El editor, a su turno, hacía imprimir la comedia a las volandas, lo que multiplicaba todavía más los errores del texto. Y, ya por malicia o por efecto de una confusión inconsciente, y más que explicable entre tanta agitación y tumulto, la

comedia salía al público en libros y folletos donde se le atribuía a cualquier autor, a cualquier firma de las mejor cotizadas en el mercado. Aquello era lo que hoy decimos «un maratón».

Cuando un autor se decidía por sí mismo a imprimir sus obras —como al fin se decidió a hacerlo más tarde nuestro Ruiz de Alarcón, retirado ya de la vida literaria y de sus borrascas—, lo primero que hacía era reclamar desde el prólogo la paternidad de ciertas obras que, hasta entonces, «andaban de plumas de otras cornejas» (frase de aquel tiempo), o también rechazar comedias que le habían sido falsamente atribuidas. Y, si se me permite un equívoco muy al gusto de la época, diré que tal fue el caso de *La verdad sospechosa* de Alarcón, la cual fue «pluma de otra *corneja*» *(corneille)* que la imaginada por Corneille.

Hasta dónde Ruiz de Alarcón era ya un mexicano (por supuesto, un mexicano de aquella época), o cómo sea posible demostrar la existencia de un espíritu mexicano, más que desde el siglo XVII, desde el mismo siglo anterior, o sea desde el día siguiente a la conquista española y a la creación de la Nueva España; y hasta qué punto Ruiz de Alarcón se haya sentido algo diferente del mundillo de la farándula española en que fue a caer; o hasta qué punto los escritores peninsulares percibían en él una sensibilidad algo extranjera (porque realmente así aconteció) —he aquí otros tantos extremos que rebasan las dimensiones de esta modestísima charla, pero que han podido demostrarse suficientemente, con ayuda de documentos contemporáneos donde se revela, por ejemplo, la naciente rivalidad entre el criollo de viejo arraigo y el peninsular recién llegado, germen del anhelo de independencia.

Desde luego, y sin ir más lejos, nadie duda de que la sensibilidad mexicana sea el resultado de una nueva formación social y de un nuevo medio natural cuyas condiciones eran muy acentuadas. Y esto es verdad a tal grado que aun la flora y fauna de las Antillas, aquí a las puertas del Golfo y no al otro extremo del océano, transplantadas a nuestro suelo, muestran, desde la primera generación, una modificación apreciable, en sus virtudes químicas por lo que a las plantas respecta, y en su modo general de vida para los animales. Por supuesto, no abusemos de estas recetas más o menos científicas, que acaban por anular el valor del genio individual, a que todo se reduce en último análisis.

El sentimiento mexicano, oh Hipócrates, se bebe en el agua y se respira en el aire. Todo extranjero instalado en México sabe cuán de prisa la familia, los hijos, se le van volviendo mexicanos. Si se queda aquí algún tiempo, él mismo se siente cambiado (*gone native,* dicen los ingleses); si vuelve a su tierra de origen, como los indianos de Asturias, no puede ya con la nostalgia. Ha «contraído» el ser mexicano como se «contrae» una afección de por vida.

A pocos años de consumada la conquista ibérica —bajo la influencia del medio físico e indígena— los mismos peninsulares establecidos ya en México revelan un matiz mexicano. Para los sabios españoles que visitaron la Nueva España (Cárdenas, por ejemplo, en sus *Problemas y secretos maravillosos de las Indias,* 1591), es ya un

lugar común el hablar de las diferencias entre el español de México y el de España. En los manuscritos literarios de entonces, por todas partes nos salta a la vista cierto diálogo en sonetos satíricos donde el español recién desembarcado en México y el español colonial se insultan y ridiculizan mutuamente.

Pero abramos aquí un paréntesis para decir quién era y cómo era este Alarcón de quien venimos tratando, y para que mejor se entienda la historia.

Don Juan Ruiz de Alarcón y, poco después, Juana de Asbaje (sor Juana Inés de la Cruz) son los dos famosos Juanes de México. Alarcón nació a fines del siglo XVI de familia ilustre, pero no rica. Pasó su vida de estudiante entre México, España, y otra vez en México, donde al cabo se graduó en leyes. Regresó definitivamente a España, fue «pretendiente en Corte» y tuvo que esperar poco más de diez años para lograr el cargo de Relator en el Consejo de Indias.

Entre tanto —«virtuosos efectos de la necesidad», decía él— se puso a escribir comedias. La suerte y hasta su desgracia física le estorbaban. Lo hemos dicho ya: era corcovado de pecho y espalda, pequeñín y nada apuesto. Con todo, él no se arredraba y, desde la escena, contestaba las mofas de los desenfadados ingenios de Madrid con sentencias de corte clásico, buen terenciano siempre.

Fue amigo de Tirso de Molina —el autor de *El burlador de Sevilla,* este precursor del *Tenorio*—. Con Lope de Vega no acabó nunca de amistarse. Tuvo éxito ante el público y ante la Corte; pero, entre sus compañeros de letras, su jactancia de noble indiano y su figura contrahecha le atrajeron sangrientas burlas. Aun su extremada cortesía de mexicano, de provinciano señorial, parecía dar una nota discordante en aquel bullicioso mundo. No digamos ese su tono mesurado, característico de su teatro. En la casa de la locura, era un revolucionario de la razón. Hace falta mucha bravura para asumir esta actitud. Hay el riesgo de quedarse solo.

Aunque escribió algunos medianos versos de ocasión, no aspiraba al lauro poético. Su obra está en el teatro. Las comedias de Alarcón se adelantan en cierto modo a su tiempo. Salvando fronteras, influirá en Francia. En España, aunque autor muy celebrado y famoso, no puede decirse que haya dejado tradición. De momento, lo imitarán con acierto, dentro de España, Diego y José de Figueroa en *Mentir y mudarse a tiempo;* y, ya en el siglo XIX, lo recordará a su manera don José de Echegaray en *El octavo, no mentir.* Pero su más notable sucesión inmediata se encuentra allende los Pirineos. No sólo inspira a Corneille y, a través de éste, a Molière, como queda dicho, sino que el propio Moliere parece imitarlo directamente —aunque el tema de este pasaje sea de origen latino— en algún lugar de *Don Juan ou Festin de Pierre* (acto IV, esc. VII).

La voz de Alarcón es una voz en tono menor, a veces en sordina. Los demás dramaturgos con quienes convive, del gran Lope abajo, descuellan por la invención abundante y la fuerza lírica, aunque reduzcan a veces el tratamiento psicológico de sus personajes a la mecánica elemental del honor o a las conveniencias de la intriga o «enredo». Pero Alarcón aparece más preocupado por los verdaderos problemas de la

conducta, menos inventivo, mucho menos lírico; y crea la comedia de costumbres. Donde todos eran más o menos improvisadores, él era lento, paciente, de mucha conciencia artística; donde todos salían del paso a fuerza de ingenio y aun dejando todo a medio hacer, Alarcón procuraba ceñirse a las necesidades internas de su asunto, y no daba paz a la mano hasta lograr esa tersura maravillosa que hace de sus versos —aunque no remontados o musicales— un deleite del entendimiento y un ejemplo de cabal estructura. Donde todos escribían comedias a millares, Alarcón apenas escribió dos docenas.

Su diálogo alcanza una perfección no igualada; sus personajes no suelen cantar, no son «héroes» en el sentido romántico, no vuelan nunca. Hablan siempre, son hombres de este mundo, pisan la tierra. (Al menos, en las más alarconianas de sus comedias, pues, por riqueza de oficio, era capaz de hacer otra cosa.) Estos personajes son unos amables vecinos con quienes daría gusto charlar un rato, por la noche, en el interior reposado (en la «cuadra» o sala de respeto) o, a la puesta del sol, desde una galería abierta sobre el Manzanares. Así se ha dicho que Alarcón es el más «moderno» entre los dramáticos del siglo de oro. Su teatro, en efecto, parece anunciar en cierto modo a los «reformadores del gusto» que florecerán en los años del setecientos, un siglo después. En este teatro no hay altas situaciones trágicas, sino casi siempre discusiones apacibles en torno a problemas morales tan discretos y poco ambiciosos que, en ocasiones, son cosas de mera urbanidad.

El talento de observación, la serenidad íntima de ciertas conversaciones, el toque nunca exagerado para definir los caracteres, la prédica de la bondad, la fe en la razón como norma única de la conducta, el respeto a las categorías en todos los órdenes de la vida y del pensamiento: tales son sus cualidades salientes.

Todo esto quiere decir que Alarcón se apartaba un poco —nada más un poco, porque él nunca fue excesivo— de las reglas que Lope había impuesto al teatro de su tiempo.

Analicemos rápidamente la transformación sufrida por *La verdad sospechosa* al cruzar los Pirineos. Corneille consideró esta pieza como la maravilla del teatro.

> No encuentro nada comparable en el género entre los antiguos ni los modernos —escribió—. Es ingeniosa desde el principio al fin, y los incidentes son tan justos y tan graciosos que, a mi ver, sólo estando de muy mal humor censuraríamos el desarrollo de esta comedia o nos negaríamos a verla representar.

Habiéndola, pues, adoptado —seguía explicando— «a modo de hurto o de préstamo», creía haber «igualado a veces, nunca ciertamente superado, a su incomparable modelo». Aunque él, a la manera francesa, le dio cinco actos, la verdad es que la acortó un poco, y no siempre con felicidad —fuerza es declararlo—, de modo que, como lo han reconocido los críticos de Francia, acabó por conformarse «con la abreviatura de un modelo donde nada sobraba»; a tal punto que ciertas escenas del *Menteur* sólo pueden comprenderse refiriéndolas al texto español. Desde luego, Corneille comienza a la altura de lo que viene a ser la escena III del primer acto

en la comedia de Alarcón. Las dos escenas anteriores servían acá de introducción. Pero Corneille pensó en dar a conocer el carácter del embustero directamente, por sus hechos y no por las confidencias de su preceptor, ajustándose así a sus reglas; lo cual, en el caso, por miedo a la prolijidad, lo hace caer en la sequedad.

Cualquiera sea el juicio comparativo entre las dos piezas, Alarcón tuvo la fortuna —como Tirso con su «Don Juan» y Guillén de Castro con el *Cid*— de dotar a las letras universales con una obra maestra. Difícil es imaginar un tipo más completo y más eternamente verídico (con la verdad del arte, entiéndase) que su «D. García». La facilidad con que inventa historias, y aun diré que acaba por creerlas (hijo en esto de *Don Quijote*), su agilidad para multiplicar los rasgos que les den verosimilitud, la rápida guardia que adopta y las paradas con que se defiende cuando teme ser desenmascarado, todo ello lo convierte en vivo compendio de todos los embusteros que en el mundo han sido. Ha hecho de la mentira un arte. Se jacta de ello con su criado «Beltrán» y pone su arte muy por encima de las mismas leyes del honor, de la sociedad y hasta del respeto para su padre —sin ser precisamente un malvado—. Tampoco podía ser más afortunado el retrato del viejo: cegado por el amor a su hijo, pronto a perdonarlo a la primera señal de contrición. Todo lo olvida, y se llena de regocijo ante la esperanza de tener un nieto. Su credulidad, propia de un alma recta, inspira risa y compasión.

El asunto, aunque complicado, se desarrolla sin chasquidos y con una articulación que puede llamarse fluidez. Por una parte, «D. García» se deshonra con sus imposturas; por otra, hasta la hora del desenlace es víctima de un error respecto al nombre y la identidad de la mujer a quien ama. De este error todos lo hacen responsable, revocando a duda su buena fe, porque

> … en la boca
> del que mentir acostumbra,
> es la *verdad sospechosa*.

¡La vieja historia del lobo y el pastor embustero! Y aquí damos con una ironía que, aunque muy de lejos, nos recuerda el caso de Edipo, adivinador de enigmas e incapaz para descifrar el enigma de su propio destino. El castigo de «D. García», más ridículo que no cruel, acontece muy naturalmente y, en suma, satisface a los espectadores.

Pero tenemos ciertas reservas. Nos resulta duro aceptar que la involuntaria confusión de nombres y personas, en que se funda toda la intriga, pueda mantenerse por tanto tiempo. También nos parece poco equitativo que las consecuencias de este error recaigan sobre el protagonista, único error del que es inocente. Aquí no ha sido él quien engaña, es la vida quien lo ha engañado: «Sopa de su propia chocolate», diría nuestra gente. Y, en fin, cabe la justificación del proverbio: «El que a hierro mata, a hierro muere».

Además, cuando «D. García», al final, se ve en la necesidad de aceptar a

«Lucrecia», exclama: «La mano doy, pues es fuerza», y su contrariedad lo hace aparecer poco galante y hasta mal educado, cosa rarísima en Alarcón. Se diría que éste, fatigado ya de tanta patraña, pone término al último acto con un asomo de impaciencia.

Inútil disimularnos que el carácter de «Jacinta» es poco simpático, lo que no es censura contra el autor. Ansiosa de asegurarse un marido, y sin preferir de veras a ninguno de los dos pretendientes, hace que consideremos con lástima al compañero que, al cabo, la casualidad y sólo la casualidad le otorga. ¿Cuál será el destino de estas parejas? Se nos antoja que, al caer el telón, comienza un drama más terrible, comienza el verdadero drama.

Acaso el poeta exageró sus procedimientos, al proponerse pintar, por una parte, la sociedad de su tiempo, con su elegancia puramente superficial, y por otra, a los hombres de todos los tiempos, sin máscara, sin postizos y, salvo en las convenciones del lenguaje, sin las atenuaciones que exigiría la óptica del teatro.

Comparar pasajes de *La verdad sospechosa* y de *Le Menteur,* aunque ofrece curiosidad, no es propio de esta charla. Ya hay lugares suprimidos, como aquella sátira de las mujeres que Corneille prefirió omitir; ya, al transportar la escena, Corneille transporta asimismo los embustes del embustero, de suerte que cuanto «D. García» dice respecto al Perú y a las Indias —donde nunca estuvo— «Dorante» lo dice de las guerras germánicas, a las que pretende haber concurrido.

Pero la mayor diferencia que encontramos entre el modelo y la imitación está en que «D. García» sólo acepta el matrimonio con «Lucrecia» cuando se ve entre la espada y la pared. Y Corneille dice textualmente:

> En cuanto a mí, me pareció algo arduo este desenlace y consideré que un matrimonio menos violento acomodaría mejor a la índole de nuestro auditorio. Por eso, a lo largo del quinto acto, procuro que nazca en el héroe una creciente inclinación por la persona de «Lucrecia», para que, cuando reconozca su error respecto a los nombres de las damas, haga de necesidad virtud, acepte de buena gana el cambio, y la comedia termine al gusto de todos.

En efecto, Alarcón es cruel con «D. García»; pero la verdad es que el «embustero» halla cierta gracia a sus ojos y no lo castiga con tanto rigor como al «maldiciente», al «D. Mendo» de *Las paredes oyen,* el cual se ve rechazado por las dos damas a quienes ha pretendido sucesivamente. Observemos de paso que este desenlace —el galán del todo desairado— es, si cabe, más audaz para los hábitos de la escena española en el siglo de oro que el desenlace de *La verdad sospechosa.* Y, desde luego, la solución corneliana nos parece pobre.

En conclusión: hijo de aquel medio mexicano que, para los días de su formación moral e intelectual, había tenido ya tiempo de adquirir un carácter propio, Ruiz de Alarcón transplanta al solar español los aires un tanto solemnes de la sociedad colonial a que pertenecía y, en el arcoiris hispánico, marca un tinte muy personal. En el jardín exuberante de la comedia española, se reserva algunos rosales escogidos. Y Corneille, como de paso, aunque sin duda llevado de una simpatía que ya da mucho

en qué pensar, corta para sí y planta en el búcaro francés la flor mexicana. Y así —amigos franceses, amigos mexicanos—, así empezaron, hace tres siglos, nuestro entendimiento y nuestra amistad.

México, febrero de 1955
(*Cuadernos Americanos,* México, IX-X-1955.)

NOTA.—Dejo fuera de esta rápida charla algunas otras influencias alarconianas en el teatro francés. Por ejemplo:

Jean Desmarets (1595-1676), *Les Visionnaires* (1637): *Examen de maridos.*

Antoine Jacob Montfleury (1640-1685): *Semblable à soi même* (¿fecha?): *El semejante a sí mismo.*

Ferdinand Denis (1798-1890): *Le Tisserand de Ségovie* (1839): *El tejedor de Segovia.*

Victor Hugo (1802-1885): en el *Hernani* (1830), hay rastros de *El tejedor de Segovia* y de *Ganar amigos.*

Joseph Bouchardy (1810-1870): *L'Armurier de Santiago* (1868): se inspira en *La crueldad por el honor.*

Tránsito de Amado Nervo

(1914-1929)

Prefacio

EL QUE quiera dar a Nervo su sitio en la poesía americana, tendrá que estudiar muy de cerca el Nervo de la «primera manera».

Las notas aquí recogidas se refieren singularmente al Nervo de la «segunda manera» que, por buenas razones, solicita más la exégesis humana que no la puramente literaria.

Entrar en la interpretación de un hombre es cosa que requiere delicadeza y piedad. Si se entra en tal interpretación armado con una filosofía hostil a la que inspiró la vida y la obra de aquel hombre, se incurre en un error crítico evidente y se comete, además, un desacato.

No hace falta comulgar con Nervo para procurar comprenderlo, y más cuando se le ha querido y se le recuerda devotamente. Unos instantes de lealtad al pensamiento del poeta desaparecido, y luego, siga cada cual combatiendo con su propia quimera.

1. La serenidad de Amado Nervo

HACE MUCHOS años, por una metempsicosis que recuerda el *Eso fue todo*, Nervo se imaginaba ser un sátrapa egipcio, un sacerdote de Israel, un druida, un rey merovingio, un trovero, un prior. Hoy, en *Arcanidad*, vuelve sobre el tema de su diversidad interior. No es la suya la diversidad antagónica o paradójica de Verlaine que pudo ser moda de otros tiempos. Nervo no cree ser ya ángel y vestiglo, sino que, como todos los hombres, percibe que en él hay alguien que afirma, alguien que niega, y alguien, quizá, que a ambos los espía. En el fondo, él está de parte del que afirma, aunque no con tanto entusiasmo como lo quisiera su dolor y como acaso lo quisiera su Musa.

Sin pretender conciliar artificialmente sus varios aspectos (y tal vez no requieren más conciliación que su sola coexistencia), Nervo ha formado un libro que recorre múltiples estados de ánimo. En una hora de lectura, da la impresión de los tres años que abarca. En él ha incluido algunas poesías de juventud, no de las más felices, y ha anticipado algunas de *La amada inmóvil*, que son las mejores del volumen *Serenidad.*

He aquí los aspectos diversos de este hombre múltiple. No hay que esforzarse por avenirlos: ellos entre sí se parecen como las resonancias de un mismo arquetipo. Nervo, el hombre mismo, ¿qué es? Un pretexto humano; y, como poeta, una cosa halada y ligera, ya lo sabemos.

La estética sincera: Por cualquiera página que lo abro, el libro me descubre al hombre. Al hombre que se expresa con una espontaneidad desconcertante, turbadora. Cierto que la sinceridad lleva en sí elementos de abandono: nada le es más contrario que la pedantería; pero no siempre sabe avenirse con la destreza. Hay muchas maneras de ser sincero, y aun se puede serlo con artificio; hay buenos y hay malos cómicos de sus propias emociones. Quizá en el mundo, y sobre todo en el arte, hay que ser de aquéllos; y quizá nuestro poeta Nervo alarga la sinceridad más allá de las preocupaciones del gusto.

¡Oh, sí! Ésa es, nada menos, su nueva fuerza, su última manera de florecer. El que ayer supo ser intenso y exquisito poeta literario, se desarrolla hacia la nitidez y la expresión directa. Y toda estética que se hace personal produce, por eso mismo, si no siempre algo inaccesible en cuanto a la forma, sí, por lo menos, algo inesperado en cuanto al fondo. Inesperado, no por extravagante —el poeta de *Serenidad* es y quiere ser el hombre menos extravagante—; inesperado porque nos es ajeno; porque es tan propio del poeta, que nos causa, al descubrírsenos, cierto estremecimiento instintivo; inesperado, tal vez, porque nos es tan frecuente y familiar que casi no lo hemos percibido. Y este matiz de pudor se acentúa ante una poesía de confesiones como la presente. *Serenidad* es un libro dedicado al yo del poeta. La base de su arte

consistiría, pues, en preguntarse cuál es, para el arte, la sinceridad útil, y cual la inútil.

Pero todavía de este discrimen, que pudiera serle peligroso, el libro se salva por la intención humorística. En efecto, ¿quién pondrá ley al humorismo? Para el humorismo no hay Rengifos, no hay Hermosillas. Los tasadores del gusto quiebran a sus pies sus diminutas balanzas. El peor de los miedos de la inteligencia es el miedo al *humour.* También el poeta tiene derecho a juguetear con la lira en los entreactos de la exhibición. Por cierto que algunos no son sino poetas de entreacto, y no de los menos excelentes. Sólo que nunca serán ídolos del teatro, arrebato de multitudes. E ignoro por qué se haya de obligar al poeta a petrificarse en la exaltación de sus notas más agudas y, necesariamente, instantáneas. La vida diaria no tiene contorsiones escultóricas ni escenas de apoteosis. También hay una poesía cotidiana, sobre todo para el poeta que es ya un maestro, y en quien las minúsculas meditaciones al margen de la vida (como cuando propone suprimir las dedicatorias de los libros o se alarga, excesivamente, sobre la imagen del nudo gordiano) cobran, en cuanto nacen, ropaje de canción. Porque si Horacio era víctima del estilo y las tablas y, pensando en ellos, se despertaba sobresaltado en mitad de la noche, Nervo dice: «Consonante, soy tu forzado…».

> Has cortado las alas al águila serena
> de mi idea, por ti cada vez más ignota,
> cada vez más esquiva, cada vez más remota.

Maestría de palabra: Así, pues, el poeta piensa que es víctima de su don verbal. Muy posible es que así suceda, hasta cierto punto. Si una de las notas del libro es la sinceridad, otra es la maestría de palabra. No relumbrantes, no parnasianas. El libro está escrito a cien leguas de la rima rica, y el lector le ha torcido el cuello a la elocuencia. Está demasiado cerca de la realidad para conformarse con ser un pulido estilista. Su maestría de palabra viene de cierta depuración de las ideas, y tiene por caracteres dominantes la brevedad y la transparencia. Mas en este cristal donde apenas parecen refractarse los pensamientos, hay, si se le mira de cerca, no sé qué rasgos o figurillas, un disimulado sello personal. El autor que cuenta con materia tan dócil, como vea que la huella de sus dedos se estampa en ella tan fácilmente, acaba por usarla casi sin darse cuenta: él cree que sólo ha estado pensando (acaso uno de aquellos pensamientos pensados a diario por todos los hombres, pero siempre íntimos y amados) y, cuando vuelve de su divagación, se encuentra con que ha estado escribiendo versos. La mano ha aprendido a escribir sin la voluntad, como una cámara fotográfica que, aun ciega, soñara con anteriores visiones y grabara —en la oscuridad— la placa sensible. La imagen será entonces débil, como vista a través del agua; pero imborrable, porque está hecha con lo más asimilado de las impresiones externas. La poesía *Inmortalidad* no luce un solo verso brillante, una idea nueva, la menor originalidad bruta: no la suprimiríais, sin embargo: en esta lámina transparente

circula algo vivo, cierta idiosincrasia de expresión, sutil y lejana, pero real. El poeta ha usado su sello sin percatarse. Quizá hubiera sido mejor reservarlo para otro momento de inspiración, pero la maestría de palabra ha obrado sola. Y es así como este poeta puede ser, por algunos segundos, víctima de su don verbal. —En todo caso, el tono preferible para el lirismo egoísta (o «yoísta») es ese tono de poesía cotidiana. Los poetas de ayer habían encontrado su fórmula en el romance ligero, por desgracia hoy muy olvidado.

El literato: Mi estética considera que hay tres categorías humanas: el hombre mudo, el hombre de letras y el hombre expresivo. Para llegar a *decirse,* a manifestarse intelectualmente, el hombre común necesita pasar por la difícil etapa del literato, en que es muy fácil encallar. Ayer la poesía de Nervo dejaba ver aún la simulación estética, cosa que no es censurable, que nunca desaparece del todo, porque es condición de la obra humana. Su alegría se pintaba labios y ojeras como cortesana (¡qué hermosos labios, que soñadoras ojeras!); su dolor mostraba un ceño tan exagerado como la máscara de Melpómene. No me toca fijar, ni hay ya para qué repetirlo, el lugar que le corresponde a Nervo como poeta literario. Hoy, en cambio:

> Yo no sé nada de literatura,
> ni de vocales átonas o tónicas,
> ni de ritmos, medidas o cesura,
> ni de escuelas (comadres antagónicas),
> ni de malabarismos de estructura,
> de sístoles o diástoles eufónicas…

Está, pues, irremediablemente condenado al desamor de aquella mayoría absoluta de lectores para quienes cambiar (que es vivir) equivale a degenerar. Pero su obra adquiere innegable valor humano, y se queda al lado de las modas.

¿Su técnica? Para Nervo no es ya la hora de los hallazgos: ya no exhibe ejercicios de taller ni latinidades. Sería un anacronismo estudiar su técnica. Por lo demás, nada más extraño para él —en esta etapa a que ha llegado— que el concepto árabe del arte: el arte como adorno: la *fermosa cobertura*, que decía el Marqués de Santillana.

El prosador: El escritor de prosa que hay en Amado Nervo ha influido al fin en el poeta. Hace años que viene desarrollando en páginas breves ciertas ideas de ensayista curioso. A veces, ha mezclado en los libros prosas y versos. Ese ensayista curioso quiere tomar parte de la obra poética, y así, cuando Nervo el poeta dice, en *Mediumnimidad,* que él no es el dueño de sus rimas, Nervo el prosista observa, en una nota, que gran número de altos poetas, como Musset, Lamartine y nuestro

Gutiérrez Nájera, «han confesado el carácter mediumnímico de su inspiración». Este ensayista curioso siente atracción por las lucubraciones científicas, por los gabinetes de experiencias: hay, en el fondo de su alma, una nostalgia de la Escuela Preparatoria. Os aseguro que le gustaría escribir novelas de ciencia fantástica a la manera de Wells. Entre mis recuerdos, oigo todavía el rumor de cierto *Viaje a la luna* leído en la Sociedad Astronómica de México… Es este prosista el que ha llamado *Ultravioleta* a una poesía; el que se ha interrogado sobre la posibilidad de que el microscopio descubra, en el fondo de la materia, la nada en que palpita la fuerza (véase *Células, protozoarios*). Más adelante, es ése el que habla del imán de las constelaciones, y nombra a Aldebarán, Sirio, Capella, Rigel, Arturo y la Vega de la Lira; ése el que habla de *desdoblar* a simple vista el Alfa del Centauro; ése, en fin, el que diserta sobre el color de la luna.

El humorista: El humorismo tiene derecho a ser considerado como una verdadera filosofía. Paréceme que consiste su secre to en la percepción de las incongruencias del universo, en el sentido antilogístico de la vida, y es como la huella espiritual que nos deja esta paradójica experiencia: la naturalidad del ab surdo. Entonces, el chiste no hace reír, sino meditar; también temblar. Y el humorista, emancipado del prejuicio racional, adquiere mayor energía que el filósofo. Como los aires ridícu los entran en su ejecución, puede decirlo todo y atribuir, poi ejemplo, causas mezquinas a los grandes efectos. Se cuenta con todos los recuerdos y todas las licencias. No queda más gula que el instinto, el valor sustantivo del espíritu. El humorismo es, así, un maridaje afortunado de prudencia y locura.

Pero, a veces, cuando se detiene en sus primeros grados, el humorismo no es más que una resultante de la libertad: libertad para decir cuanto se piensa o se quiere. Todo rasgo muy personal tiene algo de cómico. Y añádase el ánimo de sonrisa, la voluntad burlesca, y se construirá el humorismo de Nervo, un humorismo que se queda en el tono medio de la conversación.

El estoico: Aunque sus esfuerzos de conformidad («Mi voluntad es una con la divina ley») lo hacen declararse a ratos optimista, suele ser amargo. Lucha porque su filosofía no se torne adusta con las angulosidades de la edad.[15] Y, sobre todo, porque nunca llegue a matar el sentimiento del «sacrificio». El día que esto sucediera, Nervo dejaría de cantar. En verdad, del absoluto estoicismo, ¿podrá brotar una canción? ¡Quién sabe qué extraño, qué grotesco remedo de voz humana, pero no una canción! Si el estoico se torna asceta y adelanta en su disciplina interior, dando la razón a Siddharta Gautama y ensayándose para la muerte, el poeta —es irremediable— tendrá que callar. Por momentos me ha parecido que Nervo acabará por preferir el balbuceo a la frase, que se encamina al silencio. Su silencio sería, entonces, la corona

de su obra.

El religioso: No es bastante sabio para negar a Dios, dice él. Cree a la manera vieja: ve a Dios en la rosa y en la espina, y se le siente unido a Dios en un panteísmo franciscano *(Solidaridad).* Su estoicismo se enlaza fácilmente con su religión. La sinceridad de su sentimiento religioso resiste la prueba superior: la de la humillación ante la cólera divina. Mientras no se ha sentido sino el amor de Dios, se es un místico muy confortable.

¡Oh, Señor, no te enojes con la brizna de yerba!
Mi nada no merece la indignación acerba
de un Dios… ¿Es ley que emplees la flamígera espada
de tu resplandeciente Miguel contra mi nada?
Piedad para la oruga, Rey manso de Judas:
Tú, que jamás rompiste la caña ya cascada,
Tú, que nunca apagaste la mecha que aún humea.

Hay un instante en que se desprende de todo sentimiento terreno; se borran el placer y el dolor, y el poeta asciende por «la espiral que conduce a las estrellas», hasta el «Vértice Omnirradiante». Sensación de dinamismo, sugestiones de luminosidad, vértigo… Está a punto de llegar al éxtasis. Mas, como en Plotino, el alma retrocede espantada, en el propio instante en que toca la esfera superior.

El amante: El poeta tierno y cortés que hacía madrigales llenos de magia y rondeles airosos, deja oír todavía su voz, como desde lejos: soplan todavía hálitos de aquella selva de castillos y trovadores trashumantes. Pero todo esto es reminiscencias. El hombre de hoy es, por el vigor y aun las ocasionales torpe zas, un amante verdadero:

Ayer decía:

Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena, Afrodita,
Cuanto he querido fuiste para mi afán avieso…

El amor le era afán avieso. Prefería los nombres sacados de los libros a las emociones personales. Un erotismo desbordado salpicó sus páginas. Hoy dice:

Complacencia de mis ojos,
Lujo de mi corazón…
Tú que te llamas de todos
los modos,
tú que me amas

por la rubia y la morena,
por la fría y por la ardiente…

No encuentro mejor paralelo entre los dos instantes de la obra de Nervo. De entonces acá mucho ha traído y llevado el viento de la vida. Un gran dolor ensombrece hoy el ánimo del poeta: que él mismo lo diga, todo sabe decirlo claro:

¡Cuánto, cuánto la quise! Por diez años fue mía;
¡pero flores tan bellas nunca pueden durar!
Era llena de gracia, como el Ave María,
y a la Fuente de Gracia, de donde procedía,
se volvió… ¡como gota que se vuelve a la mar!

Las poesías consagradas a este recuerdo parecen escritas a gritos: son la misma voz del sentimiento. Recorre Nervo la nota cruel y la lacrimosa, la heroica y la miserable. Asocia al recuerdo de su amor el imperecedero de la madre muerta, bendice a Francia que le dio amor. Se acuerda de Dios:

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
es todo lo que puedo ya ofrecerte…
tú me diste un amor, un solo amor,
un gran amor…
Me lo robó la muerte…

Y tras de recorrer estas hondas galerías de su alma, alcanzamos el pleno sentido de aquella intensa página:

Pasó con su madre. Volvió la cabeza,
¡me clavó muy hondo su mirada azul!
Quedé como en éxtasis…
Con febril premura,
«síguela», gritaron cuerpo y alma al par.
… Pero tuve miedo de amar con locura,
de abrir mis heridas que suelen sangrar,
¡y no obstante toda mi sed de ternura,
cerrando los ojos la dejé pasar!

Nervo no espera, seguramente, que su obra sea juzgada a la fría luz del «estatismo». Aparte de que su colección de versos es irreducible a la unidad: algunas de las actuales poesías valen más que otras, algunas valen menos. Sólo sería deseable que concediera algo a la miopía del vulgo literario, publicando aparte, por ejemplo, las poesías de tono humorístico y curioso, que no son, al cabo, lo mejor de su obra,

aunque la comparten y matizan. —Por lo demás, siga su senda: a nosotros nos tocará asociarnos a las emociones de su viaje, mirándolo por transfloración en las páginas de sus libros. En otros el arte disfraza. En él, desnuda.

París, 1914.

2. El camino de Amado Nervo

I

CUANDO AMADO Nervo murió, era ya completamente feliz. Había renunciado a casi todas las ambiciones que turban la serenidad del pobre y del rico. Como ya no era joven, había dominado esa ansia de perfeccionamiento continuo que es la melancolía secreta de la juventud. Como todavía no era viejo, aún no comenzaba a quedarse atrás, y gustaba de todas las sorpresas de los sucesos y los libros: aún amanecía, cotidianamente, con el sol. Estaba en esa edad usual que ya no se ve ni se distingue, cuando ya no duele el sentimiento del yo. Por eso había logrado también dos grandes conquistas: divertirse mucho con sus propias ideas en las horas de soledad, y divertir mucho a los demás en los ratos de conversación y compañía. Yo nunca lo vi en una reunión (sabed que este santo era también algo mundano); estoy seguro de que nunca se colocaba en el centro; pero allá, en los rincones del diálogo, ¡qué manera de dominar, de hipnotizar y transportar a su interlocutor como envuelto en una nube de espíritu! ¡Qué facilidad para trasladarnos —hablando— de la tierra a los cielos! Y todo con un secreteo de confesor, y con una decente voluptuosidad de hombre que promete milagros. Su mayor afán era descubrir el mejor camino entre la vida y la muerte. Su ángel de la guarda tuvo que combatir y llorar. Hubo que sufrir una adolescencia de misas negras, una primera juventud llena de emociones saturnales. Un largo amor (¡corto!, dice él) vino a redimirlo, aquietándolo. Lo santificó una pérdida irreparable. El bien se abrió paso en su corazón. Un poco de sufrimiento diario —castigo aceptado por su alma católica— era un aviso de paciencia, un ejercicio de virtud. Y cuando al final el poeta se puso en paz con la vida, ¿qué descubrió? Que estaba también en paz con la muerte. Yo quisiera saber decir cómo lo vimos, sus amigos, adelantarse conscientemente al encuentro de la muerte, llevarse de la mano al sepulcro. ¡Y qué sabia, y hasta qué oportuna su muerte! Oportuna, sí, a pesar de nuestras pobres lágrimas. ¿Qué hubiera hecho más sobre la tierra este hombre que tan clara y admirablemente había ya aprendido a morir? Hizo abrir —dicen los testigos— las ventanas. Quiso ver la luz. Sonrió. (Nunca perdía él aquella cortesía suave de indio, aquella cortesía en que ponemos algunos el mejor orgullo de la raza.) Y fue diciendo, explicando —sin sobresalto— cómo se sentía morir poco a poco, entrándole por los pies la muerte. Cuando la ola de sombra le colmó el pecho, él mismo se cuidó de cerrar los ojos, dio las gracias a los que le habían atendido, y murió. Y fue su muerte, por la aceptación, por la sencillez, por lo dulcemente y bien que supo morir, un preciso ejemplo de la santidad de la razón.

II

Nadie como él para renunciar a las exterioridades ociosas. Por eso se fue volviendo interior; y, al paso, se fue volviendo casero. Y de casero, hacendoso. Y luego, de hacendoso, económico. Fue aquello como la transformación de su cara. ¿Qué se hicieron aquellas barbas bohemias que también pudieron servir de barbas diplomáticas? Fue más inconfundible y auténtico cuando se afeitó: el color moreno, los rasgos arqueados, la nariz interrogativa, los ojos entre magnéticos y burlones, la boca tan baja —tan baja que ya era mefistofélica—, un algo de pájaro, un algo de monje, un perfil de sombra chinesca, una gesticulación acentuada —congestionada, nunca—, todo parecía decir: *Amado Nervo.* Su cara, como su nombre, parecía un hallazgo y una invención hecha por él mismo. Y como desnudó su cara, su vida. Y su arte asimismo. ¡Si estuvo a punto de renunciar, a veces, al arte, con ese magisterio negativo de arte que sólo poseen los grandes poetas, y los ignorantes creen alcanzar a fuerza de haraganería literaria! ¡Qué buen oficial de su oficio! Por eso —diríamos— a veces dejó caer la herramienta y forjó los versos con las manos, como el que —seguro de su elegancia— se atreve a comer un día con los dedos. Últimamente —interior: casero: hacendoso: económico— ya no quería saber nada de literatura, ni menos de vida literaria; apenas salía a la hora del paseo elegante, o para acompañar al cine a Margarita: su última flor, esa *florecita* última de su vida: cuidaba sus tiestos y sus pájaros; o tal vez le daba los buenos días, de ventana a ventana, a su vecina Concepción, la muchacha de los brazos lindos; y, finalmente, entre irónico y precavido, se ponía, para escribir sus versos, los manguitos de lustrina. En esto paraba el que pudo soñar, de niño, en Kohinoor, Heliogábalo y Sardanápalo. ¿Decadencia o triunfo? Triunfo, porque todo fue superación del espíritu. Triunfo, porque todo fue conquista de alegrías profundas. Triunfo, porque, de la era de la pedrería y de los joyales —era en que su poesía vino al mundo—, todos habíamos pasado a la sed de la sencillez y la íntima sinceridad; y he aquí que Amado, allá desde su casita, sin quererlo ni proponérselo, iba reflejando el ritmo de su tiempo y se ponía a compás con la vida (y con la muerte).

III

Pero renunciar es ir a Dios, aun cuando no se tenga el intento. Y más cuando hay, como para Nervo, una llama de religión comunicada en la infancia. (¡Su infancia del Nayarit! Sé de ella muy poco. Todo soy conjeturas y acaso adivinaciones. Creo verlo descubriendo su pequeña parte divina, entre las creencias familiares y las supersticiones del pueblo que se le metían, naturalmente, hasta su casa. Pero de eso trataré después. Aquí sólo noto la curvatura esencial que el peso de la religión produjo en su mente, como el lastre de latín eclesiástico que se le quedó en el lenguaje.) En el retoñar de los veinte años, el mundo se vuelve alegorías y ornamentos. Y hasta las verdades más severas se visten de oropeles, y a veces se

salpican con la espuma roja de la locura. Las joyas de la iglesia le interesarían más al joven poeta que los mandamientos de la Iglesia, y pensaría tanto en la palidez de María de los Dolores como en la blancura coqueta de la monja. No importa, no importa. Jesucristo hace su guerra. Y, por entre zarzas ardientes de pasiones, al cabo se deja oír la voz sagrada. ¿Qué pedía a su amante ese niño pecador, sino —mezcladas con sangre sacrílega— todas las caricias de Safo, de Crisis, de Aspasia, de Magdalena y de Afrodita? Dejemos pasar algunos años. Ya la pasión irritable de los sentidos se ha vuelto verdadero amor. Una hija de Francia ha sabido cultivar al poeta. Y éste se acerca a aquella zona dorada de la vida en que la mujer es cuerpo y es alma, como lámpara con fuego interior. Entonces atrae sobre sí la cabeza que ha coronado de besos (la llama: «Ufanía de mi hombro»; la llama: «Lujo de mi corazón»), y ¿qué le pide? «Ámame —le dice— ámame tú por la rubia y la morena.» Ya va dejando caer los oropeles. La rubia, la morena: estas realidades intensas de todos los días existen ya más, para él, que Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena y Afrodita juntas. Es un mismo verso en dos temperaturas, en dos afinaciones distintas. El verso, afinándose cada vez más, corre por toda su obra hasta el libro postumo. Pocos años después, el poeta, viudo, no quiere ya nada de los amores humanos: «Ni el amor de la rubia ni el de la morena», asegura. Y en fin —con uno de esos titubeos voluntarios del gusto que, en sus últimas páginas, eran como su última voluptuosidad (una voluptuosidad maliciosa)— se enfrenta sencillamente con Dios y exclama: «Es más hermoso que la rubia y que la morena».

Convengo en que hay aquí más de «flirteo» religioso que de verdadero misticismo. Pero eso es culpa del ejemplo escogido. La tentación de seguir las evoluciones de un tema lírico me ha llevado a este pasaje, y tengo que darle, provisionalmente, un valor mayor del que tiene. Por lo demás, harto sabido que la preocupación religiosa era todo el tema de las últimas inspiraciones de Nervo: todos saben que el fuego en que se consumía el amante fue haciendo brotar en él, lentamente, el fénix de los amores divinos.

IV

Y, sin embargo, su Dios aún tenía resabios de demiurgo. De divinidad mediadora entre cielo y tierra, y no puramente celeste. El amor de Dios era para él una cosa tan tramada en la vida, que no acertó nunca a desentrañarlo de la materia. Poseía el poeta una espiritualidad ardorosa y transparente como la llama azul del alcohol; pero chisporroteaban en la llama, aunque exhaladas hacia arriba, algunas partículas de materia incandescente. No se conformó con el espíritu puro. No le bastaba creer en la inmortalidad del alma: quería, también, jugar a la inmortalidad del alma. Era religioso, pero era supersticioso. He dicho, tratando de su infancia: «Creo verlo, descubriendo su pequeña parte divina, entre las creencias familiares y las supersticiones del pueblo que se le metían, naturalmente, hasta su casa». A su

testimonio me atengo: él vivía, de niño, en un viejo caserón desgarbado. En el patio crecían algunos árboles del trópico. Al rincón, el pozo de brocal agrietado y rechinante carril, donde vivía —cual un dios asiático— una tortuga. Los padres, los hermanos, la abuelita materna y una tía soltera, bella, apacible, retraída y mística que murió a poco, en flor, y a quien tendieron en la gran sala, en un lecho blanco, «nevado de azahares». «Ésta mi tía muy amada soñó una noche que se le aparecía cierto caballero, de fines del siglo XVIII. Llevaba medias de seda blanca, calzón y casaca bordados, espumosa corbata de encaje cayendo sobre la camisa de batista, y empolvada peluca.» El caballero le dijo que en un rincón de la sala estaba escondido un tesoro: un gran cofre de peluconas. La tía, «que soñaba poco en las cosas del mundo porque le faltaba tiempo para soñar en las del cielo», refirió el caso, muy preocupada, a la abuelita. La abuelita, como toda la gente de su tiempo, creía en los tesoros enterrados.

«Había nacido en la época febril de las luchas por nuestra independencia, en La Barca, donde su tío era alcalde. Más tarde, asistió a la jura del emperador Iturbide, y recordaba las luchas del pueblo por recoger las buenas onzas de oro y de plata que, para solemnizar el acontecimiento, se le arrojaban en grandes bandejas.»

En aquel tiempo los «entierros» eran cosa corriente. «Los españoles, perseguidos o no, reputaban como el mejor escondite la tierra silenciosa que sabe guardar todos los secretos. No pasaba año sin que se cuchicheara de ésta o de aquella familia que había encontrado un herrumbroso cofre repleto de onzas.» Los detalles del hallazgo eran siempre iguales: a poco de remover la tierra con la barreta, se oye un estruendo. Esto quiere decir que en aquel sitio «hay relación», hay tesoro oculto. Si tenéis ánimo para seguir cavando, dais con «el» esqueleto. (El esqueleto —se entiende— del desdichado cavador, a quien se daba muerte para que no revelara el lugar del escondite. Según la magnitud del hoyo y del cofre, podía haber más de un esqueleto.) Finalmente, dais con el cofre. Abrirlo «cuesta un trabajo endemoniado». «Pesa horriblemente.» Siempre, donde había un tesoro, había un alma en pena. El fantasma se aparecía por la noche, rondando el sitio. Se le hablaba siempre en estos términos: «De parte de Dios te pido que me digas si eres de esta vida o de la otra». «Soy de la otra» —respondía siempre el fantasma—. Y ya se podía entrar con él en explicaciones. La abuela —sabia de estas noticias— hizo traer unas varitas mágicas (varitas de acebo, con regatón de hierro, cortadas la noche del Viernes Santo), y las varitas señalaron el mismo sitio que el caballero del sueño. La abuela quiso mandar tumbar la pared y abrir un hoyo. El padre de Amado Nervo se opuso. «Hemos perdido un tesoro» —suspiraba la abuelita—. Y Amado nervo creyó siempre que su abuelita tenía razón. ¡Conque de tan antiguo aprendió Nervo a confundir las cosas «de esta vida y de la otra»! ¡Desde tan temprano, junto a la idea del alma inmortal, se prendió a su espíritu la idea de que el alma es algo terreno, asible para los sentidos del hombre!

V

Esta religión impura declina fácilmente hacia el espiritismo y la magia. La ciencia misma —esa parte liminar de la ciencia que ronda las fronteras de lo conocido— se mezcla entonces a la religión. A veces, la ciencia pretende sustituir al mediador del cielo y la tierra. Como aquel que pierde la costumbre de beber agua y destila el agua de los otros alimentos que absorbe, así Nervo busca la emoción religiosa a través del espiritismo y la magia. Asiste a las sesiones en que se hace hablar a los muertos por boca del médium, y medita largamente en ello —como Maeterlinck—. De la filosofía escoge, para su rumia personal, las teorías pitagóricas sobre la trasmigración y las múltiples vidas: todo lo que sirva para jugar a la inmortalidad del alma. De Nietzsche le atrae el «retorno eterno». De Bergson, las demostraciones, *coram populo,* sobre la perennidad de nuestro ser. También se dedica a la astronomía. —Yo sé bien —¡oh Pascal!— que la emoción de lo interplanetario, del espacio infinito, de las magnitudes estelares, de lo colosal remoto, de la danza de gravitaciones, el fuego inextinguible y la música de las esferas es un equivalente de la emoción religiosa elemental. En cierta Sociedad Astronómica Mexicana (la misma que Nervo frecuentaba), recuerdo haber escuchado de labios de un honrado vecino del Cuadrante de San Sebastián —astrónomo él—, tras de haber hecho desfilar ante el telescopio a un grupo de gente del pueblo, esta deliciosa pregunta: «Y ahora que ya sabéis que todos esos mundos se mantienen entre sí por la gravitación universal, ¿qué falta os hace la idea de Dios?» Lo que éste tomaba por lo ateo, otros lo toman a lo piadoso. Ya se han burlado la crítica propia y la extraña de cierto poeta nuestro —Manuel Carpio— para quien la grandeza de Dios consiste en acumular mundos y mundos («globos», solía él decir) en la inmensidad del espacio. Pues bien: Nervo, de una manera mucho más delicada —como que nunca le faltaba su recóndito dulzor de humorismo—, pedía también a la contemplación de los astros cierta sensación de grandiosidad y absoluto. Desde su ventana, que daba al Palacio Real, apostaba todas las noches el anteojo astronómico. Y, en general, le gustaba cultivar la ciencia curiosa, prosaica afición que ha dejado muchos resabios en sus libros de prosa y verso. Y es porque la ciencia curiosa —o magia moderna— también trata de evocar a los muertos. Es porque la ciencia curiosa está, como Nervo, por la varita de virtud de la abuela. «Las varitas mágicas —escribe — eran simplemente varitas *imantadas*, que ahora están en pleno favor en Europa. Los ingenieros las usan para descubrir manantiales, corrientes subterráneas y, con especialidad, *yacimientos metálicos*.» Tales eran los juguetes de Nervo, tan parecidos a sus preocupaciones profundas. Y entre todas sus curiosidades domésticas, encontramos un librito negro, pequeño, que era, en parte, un breviario, y en parte, un relicario de *snob: La imitación de Cristo.*

VI

Comoquiera, este vivir en continuo trato con espíritus y reencarnaciones, con el más allá, con lo invisible, con el infrarrojo y el ultravioleta, aligera el alma y comunica a los hombres un aire de misterio. Nervo andaba por esas calles de Madrid como un testimonio vivido de lo inefable, de lo conocido. A fuerza de buscar lo sobrenatural sin hallarlo nunca, se resignó —como suelen los apóstoles del milagro— a reconocer que todo es sobrenatural. Hay, entre sus recuerdos dispersos, una página reveladora:

> El Desierto de los Leones es uno de los sitios más hermosos de la República Mexicana. Imaginaos, limitando el admirable Valle de México, un monte ensilvecido a maravilla de pinos y cedros, arado por profundos barrancos, en cuyo fondo se retuercen diáfanas linfas, oliente todo a virginidad, a frescura, a gomas; y en una de sus eminencias, que forman amplia meseta, las ruinas de un convento de franciscanos, de los primeros que se alzaron después de la Conquista.

Es un lugar de excursiones para los habitantes de la ciudad de México. ¿Quién de nosotros no recuerda —en los días de la Escuela Preparatoria— algún paseo a pie, a caballo o en burro al Desierto de los Leones? Se toma el tranvía de Tacubaya, y luego aquel encantador caminito de Santa Fe, donde el tranvía de mulitas serpentea entre colinas y parece que no llega nunca a su término: un tranvía inacabable como la jugarreta folklórica que todos sabemos:

> Salí de México un día,
> camino de Santa Fe,
> y en el camino encontré
> un letrero que decía:
> «Salí de México un día,
> camino de Santa Fe,
> y en el camino encontré
> un letrero que decía:»…
> *(Da capo, eternamente da capo.)*

El conductor y los pasajeros paran el tranvía de tiempo en tiempo para perseguir conejos a pedradas.

Y ya, de Santa Fe arriba, todo es andar por el bosque maravilloso.[16] Un día, en un ocio de Semana Santa, Amado Nervo fue de excursión al Desierto de los Leones. Esta excursión es todo un momento de la literatura mexicana. Iban con él Justo Sierra, maestro de tres generaciones; el escultor Contreras; Jesús Urueta, nuestro incomparable prosista, a quien con cierta sal de humanismo, los mexicanos acostumbraban llamar «el divino Urueta»; Luis Urbina, poeta de romanticismo sereno; Valenzuela, gran corazón y poeta, más que en los versos, en la vida. En cuanto al héroe de esta historia, Nervo ha preferido no nombrarlo, y lo alude así: «El

más culto quizá, el de percepción más aristocrática y fina entre los poetas nuevos de México». Cayó la tarde y hacía frío. Mientras los peones preparaban la cena, todos se agruparon en torno al fuego. Con la complicidad del silencio y de la luna, se contaron, naturalmente, historias de aparecidos. Saltaba la llama; había como un deleitoso vaho de miedo… Y alguien, de pronto, dirigiéndose a Justo Sierra:

—¡Señor: allá abajo, entre los árboles, hay una sombra!

A la luna, en una explanada, entre pinos, pasaba, casi flotaba, un fraile resucitado, la capucha calada y hundidas las manos en las mangas.

Entonces, aquel poeta aristocrático y fino a quien Nervo no ha querido nombrar echó a correr en persecución del fantasma; lo acostó, le cortó el paso, lo cogió por los hábitos… El espectro resultó ser Urueta, que, de acuerdo con Contreras —esta vez escultor de espectros— había querido dar una broma a sus amigos.

—¡Suéltame ya, me haces daño! —gritaba Urueta. Pero el otro lo tenía cogido por el brazo, le hundía las uñas en la carne rabiosamente, lo sacudía con furia. Al fin, cuando fue posible desasirlo exclamó:

—¡Haber corrido locamente, toda mi vida, en pos de lo sobrenatural, y ahora que ¡por fin! creía tocarlo con mis propias manos, encontrarme con este «divino embaucador!».[17]

VIII

Y renunció. Se resignó a lo sobrenatural cotidiano y a lo cotidiano poético. Por aquí logró una sinceridad tan rara, que ya sus amigos no acertábamos a juzgar sus últimos libros como cosa de literatura, como obra aparte del autor. Para otra vez quiero dejar los análisis minuciosos; pero me parece, así de pronto, que esta evolución se percibe entre 1905 y 1909, entre *Los jardines interiores* y *En voz baja*. Cinco años después *(Serenidad)* el poeta es otro. Guiado por las confesiones de sus versos, creo que la simplificación de su arte coincide con su amor de Francia:

> … un amor tiránico, fatal, exclusivo, imperioso
> que ya para siempre
> con timbre de acero mi vida selló!

Diez años lo acompañó este amor por la vida. Cuando se quedó solo, ya sólo sabía pensar en Dios.

Pero la simplificación tenía algo de apagamiento. Y la sinceridad, en el sentido moral de la palabra, no es necesariamente una condición positiva del arte. Me atreví a opinar que Nervo iba caminando hacia el mutismo. «Tiene usted razón —me escribió él—. Voy hacia el silencio.»[18]

Y ¡qué injusto cuando juzgaba su obra pasada! Copio esta página de su *Juana de Asbaje*, donde está realmente como escondida, y me dispenso de todo comentario:

Cuando en mis mocedades solía tomar suavemente el pelo a algunos de mis lectores, escribiendo *mallarmeísmos* que nadie entendía, sobró quien me llamara maestro; y tuve cenáculo, y diz que fui jefe de escuela y llevé halcón en el puño y lises en el escudo… Mas ahora que, según Rubén Darío, he llegado «a uno de los puntos más difíciles y más elevados del alpinismo poético: a la planicie de la sencillez, que se encuentra entre picos muy altos y abismos muy profundos»; ahora que no pongo «toda la tienda sobre el mostrador» en cada uno de mis artículos; ahora que me espanta el estilo gerundiano, que me asusta el rastacuerismo de los adjetivos vistosos, de la logomaquia de cacatúa, de la palabrería inútil; ahora que busco el tono discreto, el matiz medio, el colorido que no denota; ahora que sé decir lo que quiero y como lo quiero; que no me empujan las palabras, sino que me enseñoreo de ellas; ahora, en fin, que dejo *escuro el borrador y el verso claro,* y llamo al pan pan, y me entiende todo el mundo, seguro estoy de que alguno ha de llamarme chabacano… francamente, estoy fatigado del alpinismo; y ya que, según el amable Darío, llegué a la deseada altiplanicie, aquí me planto, exclamando como el francés famoso: *J'y suis, j'y reste.*

VIII

Por todo el camino me fue escribiendo: «Yo no me despido de usted —me decía—, usted y yo estamos siempre en comunicación mental». Y recordaba nuestras charlas de París, andando por las calles nubladas; nuestras tardes plácidas de Madrid, en el café de la «Call'Calá» como él decía. Y, en el límite de los recuerdos comunes, las primeras palabras que nos cruzamos por los corredores de la Escuela Preparatoria —él profesor, yo discípulo—, seguros ya ambos de la sólida amistad que había de unirnos.

De pronto, dejó de escribirme… tenía esperanzas de volver a Madrid. Había conservado, calle de Bailén, su casa puesta. La mañana aquella, los porteros se presentaron, llorando, en la Legación de México.

Y yo no me resigno a pensar que aquella fábrica delicada se ha deshecho. Y con un vago temor que parece inspirado en los miedecillos sobrenaturales que él gustaba de padecer, me pregunto si, mientras escribo, está acechándome, inclinado sobre mi hombro, el pobre poeta. Ahora lo veo: ¡también yo trato de evocar a los muertos!

¡Hijo exquisito de tu raza, amigo querido! Querías ungir de suavidad, de dulzura el mundo… —En una carta me propone toda una doctrina de la cortesía trascendental, que él asociaba al recuerdo de la patria: «¿No ve usted —me dice— que hasta nuestra propia tierra es cortés en la abundancia y variedad de sus dones? Yo conozco raíces como la *charauesca* michoacana, y flores como una especie de floripondios, exclusivamente destinadas por aquella naturaleza a dar de beber al caminante sediento…».

Madrid, 1919

3. Carta a Juana de Ibarbourou

Buenos Aires, 5 de mayo de *1929.*[19]
Señora Da. Juana de Ibarbourou,
Montevideo.

ADMIRADA Y querida Juana: pronto se cumplirán diez años de la muerte de Amado Nervo, acaecida en Montevideo, en el Parque Hotel, el 24 de mayo de 1919. Por marzo del siguiente año, encontrándome yo en Madrid, se comenzó la publicación de las *Obras completas* de Amado Nervo, cuya dirección literaria me confió el editor José Ruiz Castillo. Procedí al trabajo con ayuda de la familia y los amigos del poeta, y singularmente del escritor mexicano Genaro Estrada. El 24 de abril de 1920, dirigí una carta a mis amigos de *Nosotros,* Bianchi y Giusti, para que éstos la publicaran en su revista: «Gran parte de la obra dispersa de Amado —decía yo— se publicó en periódicos y en revistas de Sudamérica, y de Buenos Aires sobre todo. ¡Imposible reunir todo eso desde Madrid, si ustedes no me auxilian!». Ellos anduvieron un poco perezosos, y sospecho que todavía quedan por las revistas del Plata muchas cosas que han escapado, y hago votos para que vaya con fortuna el joven investigador Gervasio Espinosa, que se ha lanzado ya a buscarlas.

Quise proceder con todo el rigor que se pone en la edición de los clásicos, y dejé constancia de las variantes y correcciones sucesivas. Una vez la edición en marcha, acaso incurría yo —por la misma abundancia de materiales— en errores que procuraba después ir corrigiendo en los apéndices de los tomos ulteriores (véanse, por ejemplo, los tomos XVII y XXVIII). Puedo asegurar que la tarea era difícil. Ya he contado, en cierta inocente y calumniada carta que va al final del *Reloj de sol,* cómo tuve que sacar un índice de los primeros versos de cada poesía, para no enredarme con las barajas que Nervo hacía de libro a libro; cómo tuve que precaverme contra su costumbre de cambiar títulos, comienzos y finales a los cuentos o artículos que enviaba a distintos periódicos, cómo casi me ponía yo a evocar la sombra de mi llorado amigo —tratando de meterme en sus hábitos mentales, en sus formas de pensamiento— para dar con la correcta distribución y repartición en libros del inmenso montón de prosa que dejó sin recoger en volumen.

Yo hubiera preferido que las *Obras* de Nervo aparecieran en cinco o seis tomos compactos y empastados, de papel fino, en formato de cuarto mayor, y sin ilustraciones, pero eso no era ya asunto mío sino de mi amigo Ruiz Castillo. Éste tampoco dejaba de tener su disculpa, y yo mismo me encargué de explicarlo así a los directores de *Nosotros;* «… Tales son las dificultades del papel en estos días, que no somos dueños de la elección, y tenemos que conformarnos con ese papel pluma que tendrá muchas ventajas, pero no la de permitir tomos como los que yo había soñado.

Así pues, ha habido que limitarse, más o menos, a la reproducción de los tomos originales, casi libro a libro».

Y así, dando tumbos, llegamos hasta el tomo veintiocho. Ahora veo que el editor ha acertado a juntar todo un tomo número XXIX, bien nutrido y documentado; y con singular complacencia y agradecimiento he advertido que su mano benévola se resistió a borrar mi nombre de la portada, por más que yo sea del todo ajeno a la elaboración de este tomo suplementario.[20]

Todavía nos queda a los amigos de Nervo la tarea de ir coleccionando sus cartas, entre las cuales hay algunas de profundo valor humano. Cuando esto sea dable, se apreciará mejor la personalidad moral de Amado Nervo que, como sabemos, ejerció para muchos y para muchas un ministerio casi religioso de confidencia y de consejo. Yo, aunque he escrito ya un par de estudios («La serenidad de Amado Nervo» y «El camino de Amado Nervo») y aunque ahora me propongo publicar otro sobre «El viaje de amor de Amado Nervo», creo que se me queda mucho en el tintero, sólo en lo que se refiere al trazo completo de la vasta personalidad sentimental del poeta; ¡no digamos ya lo que sería el verdadero estudio técnico de su obra, y la pintura del cuadro de época literaria y política en que se produce! En este sentido, van a ayudarnos muchos libros como la *Historia de la literatura mexicana* que acaba de publicar Carlos González Peña y que no me canso de recomendar a todos, y la insustituible *Antología* de Genaro Estrada, que tan bien se completa, para la época posterior, con la de Jorge Cuesta, de los «Contemporáneos».[21]

Entre tanto, quiero comunicarle unas cuantas notas que he ido tomando al margen, relativas a la infancia de Amado, tal como se refleja en su obra.

I

Nací en Tepic, pequeña ciudad de la costa del Pacífico, el 27 de agosto de 1870.[22] Mi apellido es Ruiz de Nervo; mi padre lo modificó, encogiéndolo. Se llamaba Amado, y me dio su nombre. Resulté, pues, Amado Nervo; y esto, que parecía seudónimo —así lo creyeron muchos en América— y que, en todo caso, era raro, me valió quizá no poco de mi fortuna literaria. ¡Quién sabe cuál habría sido mi suerte con el Ruiz de Nervo ancestral, o si me hubiese llamado Pérez y Pérez![23]

Empecé a escribir siendo muy niño; y, en cierta ocasión, una hermana mía encontró mis versos, hechos a hurtadillas, y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. Yo escapé a un rincón. Mi padre frunció el ceño. *Y eso fue todo.* Un poco más de rigidez, y escapo para siempre. Hoy sería quizá un hombre práctico. Habría amasado una fortuna con el dinero de los demás, y mi honorabilidad y seriedad me abrirían todos los caminos. Pero mi padre sólo frunció el ceño. Por lo demás, mi madre escribía también versos, y también a hurtadillas…

(«Habla el poeta», *Renacimiento,* Madrid,
octubre de 1917, p. 467.)

II

Cuando niño, vivía yo en un caserón desgarbado, sólido y viejo, que era como la casa solariega de la familia.

¡Oh, mi caserón desgarbado, sólido y viejo, vendido después a vil precio, a no sé qué advenedizos que fueron a turbar el silencioso ir y venir de los queridos fantasmas!

En su patio lamoso crecían bellos árboles del trópico, y en un rincón, el viejo pozo de brocal agrietado y rechinante carril servía de guarida a una tortuga, que desde el fondo y a través del tranquilo cristal del agua nos miraba, estirando, cuando nos asomábamos, su cabeza de serpiente, como un dios asiático.

Como se ve, Darío, empujado por las meras asociaciones verbales del nombre, llega fácilmente a la teoría psicológica que los modernistas tenían de sí mismos y de su moral, y que se reduce al «paralelamente», de Paul Verlaine: Dios y Satán, oración y pecado. Nervo, que así lo creía en su primera juventud, dice «a la católica majestad» de Paul Verlaine:

Flota como el tuyo mi afán entre dos aguijones:
alma y carne, y brega con doble corriente simpática
por hallar la ubicua beldad en nefandas uniones,
y después expía y gime con lira hierática.

Moraban en esa casa, con mis padres y mis hermanos, mi abuelita materna, y una tía soltera, bella, apacible, retraída y mística, que murió a poco, en flor, y a quien tendieron en la gran sala, en un lecho blanco, nevado de azahares.[24]

La abuela «había nacido en la época febril de las luchas por nuestra independencia, en La Barca, donde su tío era alcalde».[25]

Cuando el Padre Hidalgo entró a la ciudad solemnemente, ella lo contemplaba, según nos contó muchas veces, pegada a la capa de su tío el Alcalde.

Más tarde, mucho más tarde, asistió a la jura del Emperador Iturbide, y recordaba las luchas del pueblo por recoger las buenas onzas de oro y de plata que, para solemnizar el acontecimiento, se le arrojaban en grandes y cinceladas bandejas.

(Las varitas de virtud.)

Por los rincones de la «desgarbada casona», revoloteaba la superstición popular. La tía mística tenía sueños fatídicos, y la abuelita hablaba de tesoros enterrados, ya lo he

contado más despacio en «El camino de Amado Nervo».

La familia era numerosa, y constaba, además del padre y la madre, de cuatro hermanos (Amado, Juan Francisco, Luis Enrique y Rodolfo Arturo) y cinco hermanas: Virginia, Catalina —estas dos, primas carnales, hijas adoptivas de los señores Ruiz de Nervo—, María de los Ángeles, Elvira y Concepción. Como se ve, una verdadera familia patriarcal, una pequeña tribu. Trece, contando a la abuelita y a la tía. Es todavía la tradición de la antigua «clientela» romana.

III

En la poesía «Vieja llave» *(En voz baja)*, poesía por lo demás muy conocida y que he oído ya recitar en las escuelas, encontramos otra vez a la abuelita, con la vieja llave cincelada pendiente de la cintura, yendo y viniendo del estrado a la cancela, de la despensa a los graneros, por los corredores de la casa, como yo mismo vi a mi madre en la infancia.

La llave, dice, ya no cierra ni abre nada: en verdad, abre para él un mundo de recuerdos. Vuelven a aparecer ante sus ojos la casa paterna, el gran ropero de antaño, el arca que se vendió, el baúl de cuero,

> el mantón de seda fina
> que nos trajo de la China
> la gallarda, la ligera
> española nao fiera.

Porque la zona en que el poeta nació, dominada por las corrientes del Pacífico, todavía está llena de semejantes objetos, y me aseguran que hay muchas chinerías por todo el camino de diligencia que va de Acapulco hasta México. Si por Veracruz, y a través del Atlántico, llegan a México las cosas de Europa, por la banda del Pacífico llegan los juguetes del lujo asiático, que tan bien casan con algunos productos indígenas.

Nervo habla de las porcelanas llenas de pájaros y flores, de marfiles, lacas y perfumes antiguos, de la canela,

> el cacao, la vainilla
> la suave mantequilla,
> los grandes quesos frescales,
> y la miel de los panales,
> tentación del paladar.

Y en ese ambiente, en ese aroma, hay que representarse la infancia y la vieja casa de Nervo, con no sé qué relente, también, de pelo de muchacha recién bañada (¡toda

nuestra niñez!), que he encontrado no sé en qué página perdida. «Tu torcida arquitectura» —dice de la llave,

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa oscura
(que en un día de premura
fue preciso vender mal);

es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés, mi prima, y yo,
nos dijimos tantas cosas,
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó.

De esta casa sacó Nervo la vaga afición a recordar lo que no ha existido, y cierto apetito por los colores, los olores y los sabores. Es decir: misterio y voluptuosidad.

IV

También tuvo un maestro de música. Pero todo, para Nervo, había de traer cierto aviso divino, cierto mensaje extraterrestre:

> Tuve, en mi niñez, un maestro de música ciego. Su sutileza era tal que, cuando entraba en una habitación, sabía inmediatamente si en ella había alguien, y dirigíase sin vacilar a la persona aquella, enfadándose si no se le respondía, y preguntando irritado:
>
> —¿Es usted sordo?
>
> Al trasponer el umbral de una puerta, el ambiente de la pieza hacíale adivinar si era reducida o espaciosa.
>
> *(La alegría de los ciegos.)*

V

Después vino el seminario de Jacona, donde Nervo aprendió, amén de parábolas y sentencias latinas (era un poco exégeta), a cultivar sus ansias celosamente, en lo más sigiloso de su alma. Su sonrisa, hasta entonces solamente amable, comenzó a afinarse, como la del que trae un secreto bajo el manto; y con los años, acabó por hacerse magnética. En los olvidos absortos de la capilla, ante el ensueño de las lucecitas temblonas, aquella naturaleza febril iba concentrando su osmazomo.

En cierta carta íntima escrita en Montevideo en vísperas de su muerte (17 de mayo), acabo de encontrar este recuerdo:

Los Padres Jesuitas me decían cuando era pequeño: *no discutas con el Diablo, porque es más fuerte que tú y te convencerá.* Yo le digo: no discuta con la duda. Arrójela sencillamente. Todo es verdad en Dios y en los corazones puros.

Pero las influencias del seminario sobre aquel misticismo en ascensión, que antes de llegar a la pureza tuvo que pasar por la selva oscura de los gustos sacrilegos y por las puerilidades del arrobamiento ante los meros oropeles del culto, exigiría un estudio aparte.

Nada más por hoy, amiga mía; una simple recordación para el grande hijo de mi pueblo que tenía, como lo dijo él mismo, perfil de águila y entrañas de paloma. Su extra-humana faz trigueña y seca, hecha ya una mascarilla mortuoria (la cara que le conocieron en Montevideo, y de que nos han quedado esas últimas fotografías tan trágicas), arde a veces en mi conciencia con toda la fuerza de una verdadera aparición. Estoy por creer que me anda rondando, como aquellos fantasmas de su abuelita que venían a denunciar el sitio de los tesoros enterrados…

Besa sus manos devotamente.

A. R.

4. El viaje de amor de Amado Nervo

I

HOY, A los diez años, es de creer que la constelación que había de brotar de su alma esté ya encendida. Todo él será ya puro espíritu: regalo de todos, como una fuente de una plaza. Ceñido al estilo del recuerdo, ya se despojó de los aditamentos y estorbos de todo aquello que se mueve. Ya está hecho como el cielo. Se fue del todo, y comienza, por eso, a ser todo nuestro. Su misma intimidad es parte de nosotros mismos. Enfrentado con lo absoluto, ya no es aquel afable señor que conocimos. Ya su casa es nuestra, y está edificada en la otra dimensión del tiempo. Hasta podemos empujar la puerta sin permiso, entrar en los misterios. No hay mayor respeto que el afán —castigado y pudoroso, eso sí— de conocer bien al poeta; de entender su amor y su dolor, de captar en nuestras penumbrosas redes de atisbos unos cuantos de sus pececillos de oro. Dice Paul Valéry:

—Apenas muertos, nos vamos, con la velocidad de la luz, a juntar con los centauros y con los ángeles.

II

A lo mejor hemos entendido con excesiva simplicidad el proceso, el camino de Amado Nervo. Su mayor crisis poética, reflejo sin duda de una crisis moral, se sitúa entre los años de 1905 y 1909, entre los *Jardines interiores* y *En voz baja.* Yo he dicho: «Cinco años después *(Serenidad)* el poeta es otro. Guiado por las confesiones de sus versos, creo que la simplificación de su arte coincide con su amor de Francia… Diez años lo acompañó este amor por la vida. Cuando se quedó solo, ya sólo sabía pensar en Dios». En Dios, sí, porque Dios viene a ser la síntesis del amor y la muerte. Pero ahora sé mejor que antes que Nervo no abandonó nunca la esperanza de la felicidad terrena. Ahora me parece más bien —a la luz de otros descubrimientos — que el amor lo acompañó siempre a lo largo de su viaje. Más aún: ¿quién dice que el amor no lo llevó en peso, a la hora de volar sobre el tránsito desconocido? Podemos entrar, empujar la puerta: esa voz secreta que nos detiene cuando violamos un derecho sagrado no se deja oír esta vez. Hay permiso. Somos convidados.

Entramos, y ya no creemos que Nervo se haya resignado nunca a apearse de la esperanza. Su instinto era demasiado seguro. Sólo el amor nos lleva a Dios. No importa que, en el vacío que dejó la Amada Inmóvil, haya aparecido la idea de la Divinidad un poco descarnada y abstracta. «El amor de Dios —he escrito también— era para él una cosa tan tramada en la vida, que no acertó nunca a desentrañarlo de la materia.» Pronto comienza a convertir sus oraciones en galanteos; ya dice de Dios

que «es más hermoso que la rubia y que la morena». Ya va, otra vez, a sembrar en suelo bien terreno el árbol, provisionalmente descuajado, de sus místicas aspiraciones. ¡A lo mejor habíamos entendido con excesiva simplicidad su proceso! ¿No veis que muy pronto vuelve a deshojar la margarita? (Permitidme la frase hecha, a cambio de la alusión que van a entender muy bien sus amigos viejos.) ¿No veis que ya sus versos comienzan de nuevo a revelar una expectación ansiosa de amor, y al fin expresan el torturante afán por dar caza a aquella mariposa que cada vez se le deshacía entre las manos —como ese reflejo tembloroso que suelta el agua al sol?—. No: no reniego de mi anterior dibujo. Propongo otra perspectiva, otro escorzo. Acaso aquél, más esquemático, me sirvió para abordar el asunto. Acaso éste sea más real. Y yo me figuro que ambos son verdaderos.

III

Consideremos esta historia de amor. No hagamos caso del tono meramente galante, que se mantendrá —entre cortesía y donosura— por toda su obra. Veamos la responsabilidad que incumbe a la mujer en la modelación del poeta, punto que ninguna crítica debiera olvidar.

Primero, entre sus ardores de niño pecador, gusta de sentir en la caricia ciertos resabios de sacrilegio. Hay locura en aquellos primeros verso febriles, donde el aparato de los oropeles litúrgicos encubre, más de una vez, otros afanes. Hay también cierta afectación satánica, muy de su momento. Todo esto pasaba entre el siglo XIX y el XX. Aún se hablaba de Misa Negra. ¡Y decir que, aun para caer en tales desvíos de lujuria (porque, más que amor, aquello era todavía lujuria), hacía falta llevar adentro la lumbre de la inquietud religiosa!

Pero el fénix nace del fuego. Pronto *(Lira heroica)* traslada ya el sentimiento del amor a más alta esfera:

Amar: eso es todo; querer: todo es eso.
Los mundos brotaron al eco de un beso.

Es la hora del vasto romanticismo juvenil, del «amor de amor» que lo mismo hallamos en san Agustín que en Espronceda.

IV

La segunda época de amor comienza exactamente, en París, el 31 de agosto de 1901, y acaba, en Madrid, el 7 de enero de 1912. Ana, la Amada Inmóvil, es ya, en el reino de nuestra poesía, aquella mujer que trae el encargo de consumir en el joven las últimas llamaradas de la adolescencia, de ir acendrando y posando el vino de sus

apetitos, de hacer subir al poeta desde la aventura callejera hasta el sentimiento maduro, donde la amante es poseída en cuerpo y en alma: fuego profundo y lento, que da al barro humano su última y definitiva cocción.

Él había salido en busca de una amiguita por el Barrio Latino. La muchacha no acudió a la cita. El azar lo puso frente a Ana. «Yo no soy una mujer para un día», le dijo ella. Y le duró diez años, los mismos que le duró a ella la vida. «París, Londres, Nueva York, México, Bruselas, Roma, Venecia, Florencia… Medio mundo nos vio juntos.» Esto, durante las alegrías raudas de los viajes, en que «nos desquitábamos ampliamente». Pero ¿los vio el mundo cuando realmente se detenían en alguna parte a vivir, y a disfrutar de su amor y buena compañía? «Como aquel nuestro cariño inmenso no estaba sancionado por ninguna ley… —confiesa— no teníamos el derecho de amarnos a la luz del día, y nos habíamos amado en la penumbra de un siglo y de una intimidad tales, que casi nadie en el mundo sabía nuestro secreto.»

No preguntemos nada; aquel sigilo era necesario por entonces al corazón de Amado Nervo, y por eso lo prolongó sin duda. Él necesitaba querer así. Su amor era una fabricación secreta, como la que se obra en la crisálida. De allí brotarán sus versos más nobles, hasta llegar a *Serenidad*. Ella, después de muerta, continúa radiando fulgores. *La amada inmóvil* nos da el dolor del arrancamiento, y el comienzo de la resignación. Porque, aunque Nervo contempló el suicidio, «¡tuve miedo! —dice— miedo de que, según tantas lecturas pretenden, mi voluntaria destrucción me apartase para siempre del objeto adorado, en cuya busca justamente quería ir. Me asustó, no la aprensión vulgar de la muerte, sino el horror de una ausencia todavía más terrible, infligida por castigo…». Ya, en *Elevación*, parece que el poeta sólo sabe orar. ¿Y el pecado? Oídlo:

En la armonía eterna, pecar es disonancia.

V

Sin embargo, en su alma hay un hueco, y su poesía baja un poco el vuelo y se hace prosaica por instantes. Algo le falta. Cuando se da cuenta, el tono sube, se depura. Confiesa que lo habita todo una honda exceptación:

Oh, vida: ¿me reservas por ventura algún don?
…
¿Será un amor muy grande tu regalo mejor?

Es inútil disimularlo: ha quedado un hueco. Y él mismo, en *Plenitud*, va a decirlo: «Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor».

¿Qué nuevo amor podrá ser éste, que el poeta siente aletear, ya doblado el

tormentoso cabo de los cuarenta? La transición se resuelve al fin en una certeza dolorosa: está enamorado, a pesar de aquel «miedo de volver a abrir sus heridas» de que habla en un poemita que todos recordamos.

VI

Helo otra vez enamorado. Tras de la experiencia —verdaderamente matrimonial— de la Amada Inmóvil, su amor va a ser ya todo de espíritu. ¡E imaginad un cetrero sin halcones, empeñado en cazar un pájaro con un pensamiento! Porque ahora la pugna amorosa no va a entablarse entre un hombre y una mujer, de igual a igual y sobre el lecho leal de los humanos deseos. No: esta vez es una quimera, casi una anticipada dolencia de senilidad; esta vez es una punzante y tierna aberración, que hace recordar a los tritones de Góngora, enamorados de Calatea, la ninfa terrestre:

> … ¡Oh, cuánto yerra
> delfín que sigue en agua corza en tierra!

Todo un elemento los separa: todo un medio biológico. Y ese medio —invisible pero irreducible— es el tiempo. Él hubiera preferido callar: no pudo. Dice así, en *El estanque de los lotos:*

> No quería decirlo. Su espíritu altanero
> Puso a los impacientes labios timbre de acero.
> No quería decirlo: moriría inconfeso…
> Hubiera dado toda su vida por el beso
> de aquella boca virgen…
> Pero un día, el simún pasional, rudo y bronco,
> sacudió más las ramas, agitó más el tronco.

Y el pobre empezó a decirlo todo:

> —¡Imposible, Miguel, ha puesto usted el colmo
> a su audacia! ¡Eso fuera pedir peras al olmo!
> ¿Yo con mis dieciocho años esposa de usted? ¡Ca!
> ¿Cómo decir «te quiero» sin añadir «Papá»?

No se engañaba respecto a su situación equívoca, pero no podía evitarlo. Hasta es cruel consigo mismo:

> El pobre hombre acabó por hundirse en los lodos
> de las indignidades y las humillaciones.
> Habló de *conveniencias,* prometió muchos dones…

Pero, dichosamente para tales menguados,
dieciocho años suelen ser desinteresados…

«Véncete primero a ti mismo, si después quieres vencer a otro», le decía su voz interior. Y como el poeta no era, al fin y al cabo, más que un hombre, aquel incómodo luchar va sacando de su corazón un jugo amargo y desconocido. Toda mirada joven que se cruza con la suya parece mirada de rival. Unos celos absolutos, cristalizados y perfectos (en *El diamante de la inquietud* nos ha dado la profundidad abismal de este océano: allí concibe unos celos capaces de matar de angustia al objeto celado y de perseguirlo más allá, pasando el arco de la muerte), unos celos contenidos siempre, pero siempre avizores, comenzaron a hacer irrespirable su vida. Por eso cuando, ya próximo a la muerte, cree encontrar el reposo para su sed de ternura, dice que lo habrá ganado con siete años de sufrimiento: 1912-1919. Entretanto, queda *El arquero divino* como testimonio de este empeño que él mismo llamará «testarudez»:

Mas, cerrando puños y ojos,
Yo te digo: *quiero, quiero.*…

El día que me quieras tendrás más luz que junio…

Destino: dime dónde, cómo, cuándo:
¡considera que un alma está esperando!

Por esa puerta huyó diciendo *¡nunca!*
Por esa puerta ha de volver un día…

No sabemos adónde hubiera llegado esta carrera despeñada, a no ser por esas providenciales intromisiones de lo que, con tanto desdén, solemos llamar el mundo exterior. Nervo, atado a un servicio oficial, tuvo que irse a México, y al fin vino a dar a Buenos Aires. No sabemos cuándo renunció. El espacio se interpuso, y acertó a romper el sortilegio que el tiempo no había podido atajar. Así pues, en tanto que Nervo llegaba al carmen, al jardín final, alargaba tenazmente la mano para alcanzar una humilde margarita… ¡y no la lograba!

VII

De Madrid a México: el sacudimiento de un largo viaje y la fresca ráfaga del retorno a la patria, donde el poeta comprueba que puede entenderse con los jóvenes —la mayor alegría para un poeta que ha comenzado a envejecer—. De México al Plata y a Buenos Aires. Ha colaborado muchos años en los diarios y en las revistas. Aquí lo conoce todo el mundo. Hasta ha mantenido correspondencia con algunas musas del Plata, ejerciendo muchas veces aquella función de confesor laico o de consejero

espiritual que correspondía tan bien a su nobleza ingenua. Las cartas de mujeres, llenas de consultas, de historias vagas o precisas, han quedado cuidadosamente selladas, guardadas por índice alfabético. Hasta sé de alguna niña porteña a quien, desde España, Amado Nervo ayudó, por carta, a bien morir.

Ya él no creía pertenecerse, y tenía razón; ya empezaba a ser de todos: sólo le faltaba la muerte para volcarlo en los demás por completo. Pero ¿quién piensa ahora en la muerte, entre los mimos de una hospitalidad cálida, fraternal, realmente insuperada? Después del silencio, del olvido casi completo en que discurría ya su vida madrileña, Buenos Aires lo recibió como un hogar en fiesta. En tres meses ¡qué rastro largo! ¡Qué recuerdo cierto, y qué corte, en torno, de falsos o supuestos recuerdos! Los que no lo conocieron, ahora, cuando lo evocan, se convencen de que lo conocieron y lo trataron asiduamente. El poeta nicaragüense Salomón de la Selva quería escribir una sátira sobre los que pretenden haber ayudado con dinero a Rubén Darío. Otra, pero mucho más piadosa, podría escribirse sobre los que acompañaron a Amado Nervo, en el Parque Hotel de Montevideo, el día de su muerte. Tal es el espejismo de aquella memoria avasalladora. El hombre, más grande que sus versos, habita hoy, como la pequeña efigie de plata de los latinos, entre los lares de aquellos a quienes acaso no trató en vida.

Él tenía que defenderse: *tournée* diplomática, visitas, banquetes, conferencias y, para colmo, ¡una cancillería trepidante de máquinas de escribir! Con esa travesura que sólo conocen los muy justos, se escondía y se escabullía, ofreciendo a unos la excusa del compromiso con los otros. Hasta para quedarse solo en casa entre los amigos o amigas de su predilección (¡y cuánto le gustaba encerrarse a charlar así, los días de lluvia!), tenía que contar a sus subordinados que estaba ausente. ¡Y qué alivio cuando lo dejaban en libertad para callejear un par de horas! Todo le divertía; pero, sobre todo, lo que no miraban los demás. Si quería ofrecer un presente, no se le ocurría comprar una piedra preciosa, sino que recogía del suelo una piedrecita de color, y corría todo Buenos Aires hasta no dar con un bolso diminuto, adecuado al tamaño de la piedrecita.

Así, me figuro, comenzó a remansarse su alma, al paso que la enfermedad se enseñoreaba cada vez más del cuerpo. No sé en qué momento sobrevino el milagro. Los documentos que hemos encontrado son de abril del año diecinueve, un mes antes de su fallecimiento.

VIII

Su sed de amor no tiene fin. Esta vez será un amor candoroso, agradecido, tímido y tierno; un verdadero noviazgo espiritual al que ni siquiera falta el toquecillo romántico de la oposición por parte de la familia. Pero dos claros ojos de mujer no se engañan: aquel hombre llegó hasta ella, de tan lejos, muy penetrado ya de silencio. Su mirada comenzaba a tener destellos más que humanos. Ya el ángel de la muerte lo

seguía como su sombra. Él se creyó rejuvenecido, y hasta se entregó a ejercicios corporales para deshacer las agujitas de vidrio que la enfermedad y los años le habían metido por los músculos, ejercicios que a veces sólo servían para empeorarlo. Al fin se olvidó de la muerte ¡teniéndola tan cerca! Pero dos claros ojos de mujer ven mucho en lo invisible: ella comprendió que le correspondía ser piadosa, y no hizo más que aceptar su santo destino de enfermera. De cuando en cuando, él parece darse cuenta, y reclama. Luego, se conforma con inspirar piedad. Por momentos siente que ha entrado en un blando sueño, y acepta que lo lleven insensiblemente, sin sobresaltos ni asperezas, hasta la última posada.

El testimonio de esta adoración de Amado Nervo no es ya un testimonio literario; ha quedado en la intimidad, y apenas, como para adornarlo un poco, quiso darle un leve sabor de versos, en un cuadernillo privado que aún no es tiempo de publicar;[26] es un cuadernillo de pastas negras, de unos ocho por cinco centímetros, que, a lo largo de treinta y siete hoja, alterna los rasgos de aquella caligrafía de monje copista con una serie de páginas en blanco cada vez más frecuentes: pausa, jadeo cada vez mayor de aquella respiración ya fatigada, o quién sabe si diálogo entre el amante y la muerte, en que calla a veces el amante para que la muerte vaya estampando la impresa inefable de sus dedos.

El proceso de este amor es sencillo: empieza con

> cierta amistad amorosa
> para mí desconocida,

y acaba con el inevitable dilema:

> O juntos han de ir nuestros destinos
> Por el sendero del amor… ¡o nada!

En vano hemos buscado allí la sospecha de la muerte: ni siquiera viene la palabra cuando el consonante del verso parecía anunciarla o requerirla. ¿Lo creeréis, amigos? ¡Amado Nervo estaba esta vez tan enamorado, que se le había olvidado hasta el pensamiento de la muerte! Si habla de

> tres letras que acaso un día
> me atreva yo a pronunciar,

bien podéis figurarnos que se trata de las tres fatídicas letras: RIP, pero él se refiere a las tres letras de la palabra MÍA.

Hacía siete años que esperaba este amor: ahora podía comprender que la historia de la niña reacia había sido una equivocación de la espera, una pesadilla de la tardanza:

Siete años, como siete centinelas,
miraban el camino
por donde al fin llegaste.

Ya ni la soledad le duele, porque sus risueñas imaginaciones saben poblarla:

Quien no ama, no comprende
toda la inmensa dicha de estar solo.

Y de repente, esta nota típicamente porteña, cuyo sentido entenderán cuantos hayan residido en Buenos Aires por lo menos un mes: «El teléfono, que yo reputaba la más odiosa invención de los hombres, hoy es para mí una música».

El 11 de mayo de 1919, embarcó para Montevideo, donde presentó credenciales y, muy vencido ya por el mal, todavía tuvo fuerzas para resistir no sé cuántos actos públicos, y hasta fue padrino de un matrimonio. Todos los días escribía una, dos y hasta tres cartas. Prometía siempre estar de regreso para el día 24: exactamente el día que murió. No quería morir, mientras no estuvo seguro de la muerte, porque ahora lo retenía un dulce afán. Pero cuando oyó el aviso inapelable, comprendió la inmensa piedad de su destino y, cristianamente resignado, supo agradecer, en nombre ya de su alma eterna, la última visita de su enfermera.

En carta del 17 de mayo, escribe:

> Mi médico, hombre sencillo y afectuoso, vino ayer un poco alarmado por un análisis que hizo hacer, y me dijo que tenía mucha albúmina, y me ordenó que no tomase más que leche y fruta. Me predicó sobre «lo que aún podía yo hacer en el mundo», etc. Yo prometí y cumpliré el régimen, porque *quiero vivir.* ¿Y sabe por qué quiero vivir…?

Y unos renglones más abajo ¡qué sorpresa!: Nervo, el poeta místico, el poeta que había dicho a Kempis:

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

se asusta de sus propias creaciones, y teme que la *Imitación de Cristo* le arrebate su amor: «No lea tanto a Kempis: habla de un desasirse total de todas las cosas: era un monje… No se me aleje por él». El día 20 ya casi no puede tener la pluma, pero todavía escribe: «Ya pronto estaremos juntos. Hasta luego». ¿A quién le escribe? ¿A una mujer, o a la inmensa sombra que lo espera? A una mujer: aquella de quien con razón decía en sus versos íntimos:

Eras mujer nada más,

y de hoy en siempre serás
toda luz y poesía.

¿Os acordáis de Peer Gynt, en la muerte de su madre? Entrando en las alucinaciones de la agonizante, se finge cochero, monta en una silla, arrea el caballo imaginario, y no para hasta que la moribunda cree haber llegado al cielo:

Atravesado ya por la espada, el poeta se iba arrastrando hacia la promesa de la vida. Un ángel lo pasó a los brazos de otro ángel.

Buenos Aires, 1929

Pasado inmediato

EL PROBLEMA, la historia que acaba de pasar es siempre la menos apreciada. Las nuevas generaciones se desenvuelven en pugna contra ella y tienden, por economía mental, a compendiarla en un solo emblema para de una vez liquidarla. ¡El pasado inmediato! ¿Hay nada más impopular? Es, en cierto modo, el enemigo. La diferencia específica es siempre adversaria acérrima del género próximo. Procede de él, luego lo que anhela es arrancársele. Cierta dosis de ingratitud es la ley de todo progreso, de todo proceso. Cierto error o convención óptica es inevitable en la perspectiva. La perspectiva es una interpretación finalista. Se da por supuesto que el primer plano es el término ideal a que venían aspirando, del horizonte acá, todos los planos sucesivos. Las líneas, se supone, caminan todas hacia un fin. El fin somos nosotros, nuestro privativo punto de vista. «Perspectiva» le ha llamado un joven escritor a su reseña de las letras de México. Sumando varias perspectivas, varios sistemas de referencia; reduciendo unos a otros; teniendo en cuenta la relatividad de todos ellos, y su interdependencia desde todos los ángulos a la vez, nos acercaremos al milagro de la comprensión.

El pasado inmediato, tiempo el más modesto del verbo. Los exagerados —los años los desengañarán— le llaman a veces «el pasado absoluto». Tampoco hay para qué exaltarlo como un «pretérito perfecto». Ojalá, entre todos, logremos presentarlo algún día como un «pasado definido».

La etapa. El año de 1910, en que se realiza el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, nos aparece poseído por un sentimiento singular. Los símbolos de la cronología quieren cobrar vida objetiva. La vaga sensación de la etapa se insinúa en los corazones y en las mentes para volverse realidad. El país, al cumplir un siglo de autonomía, se esfuerza por llegar a algunas conclusiones, por provocar un saldo y pasar, si es posible, a un nuevo capítulo de su historia. Por todas partes se siente la germinación de este afán. Cada diferente grupo social —y así los estudiantes desde sus bancos del aula— lo expresa en su lenguaje propio y reclama participación en el fenómeno. Se trata de dar un sentido al tiempo, un valor al signo de la centuria; de probarnos a nosotros mismos que algo nuevo tiene que acontecer, que se ha completado una mayoría de edad. En otros tiempos, se echaba a temblar la ignorancia a la aparición de un cometa (¡aquel cometa fatídico que ya tomó parte, a modo de presagio, o a modo de influencia telúrica, en la conquista de México!). Ahora se derrama por nuestra sociedad una extraña palpitación de presentimientos. Se celebra el Primer Centenario, y cunden los primeros latidos de la Revolución.

El antiguo régimen —o como alguna vez le oí llamar con pintoresca palabra, el Porfiriato— venía dando síntomas de caducidad y había durado más allá de lo que la naturaleza parecía consentir. El dictador había entrado francamente en esa senda de soledad que es la vejez. Entre él y su pueblo se ahondaba un abismo cronológico. La

voz de la calle no llegaba ya hasta sus oídos, tras el telón espeso de prosperidad que tejía para sí una clase privilegiada. El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso. El caudillo de la paz, de la larga paz, había intentado soluciones ofreciendo candidatos al pueblo. Pero no se es dictador en vano. La dictadura, como el tósigo, es recurso desesperado que, de perpetuarse, lo mismo envenena al que la ejerce que a los que la padecen. El dictador tenía celos de sus propias criaturas y las devoraba como Saturno, conforme las iba proponiendo a la aceptación del sentir público. Y entonces acudía a figuras sin relieve, que no merecieron el acatamiento de la nación. Y el pueblo, en el despertar de un sueño prolongado, quería ya escoger por sí mismo, quería ejercitar sus propias manos y saberse dueño de sus músculos.

Pax. Estos gobiernos de longevidad tan característicos del siglo —Victoria, Francisco José, Nicolás— no sé qué virtud dormitiva traían consigo. Bajo el signo de Porfirio Díaz, en aquellos últimos tiempos, la historia se detiene, el advenir hace un alto. Ya en el país no sucedía nada o nada parecía suceder, sobre el plano de deslizamiento de aquella rutina solemne. Los Científicos, dueños de la Escuela, habían derivado hacia la filosofía de Spencer, como otros positivistas, en otras tierras, derivaron hacia John Stuart Mill. A pesar de ser spencerianos, nuestros directores positivistas tenían miedo de la evolución, de la transformación. La historia, es decir, la sucesión de los hechos trascendentes para la vida de los pueblos, parecía una cosa remota, algo ya acabado para siempre; la historia parecía una parte de la prehistoria. México era un país maduro, no pasible de cambio, en equilibrio final, en estado de civilización. México era la paz, entendida como especie de la inmovilidad, la *Pax Augusta*. Al frente de México, casi como delegado divino, Porfirio Díaz, «Don Porfirio», de quien colgaban las cadenas que la fábula atribuía al padre de los dioses. Don Porfirio, que era, para la generación adulta de entonces, una norma del pensamiento sólo comparable a las nociones del tiempo y del espacio, algo como una categoría kantiana. Atlas que sostenía la República, hasta sus antiguos adversarios perdonaban en él al enemigo humano, por lo útil que era, para la paz de todos, su transfiguración mitológica.

¡Ah, pero la historia, la irreversibilidad de las cosas siempre en marcha, con su gruñido de Nilo en creciente que no sufre márgenes ni orillas! Trabajo costó a los muchachos de entonces el admitir otra vez —cuando la vida nacional dio un salto de resorte oprimido— que la tela histórica está tramada con los hilos de cada día; que los héroes nacionales —sólo entrevistos en las estampas alegóricas, a caballo y saltando por entre la orla simbólica de laureles—, podían ser nada menos que este o aquel humilde vecino conocido de todos, el Panchito de quien nadie hacía caso; o el ranchero ignorante y pletórico de razón aunque ayuno de razones que, como el Pero Mudo del *Poema del Cid*, se enredaba cuando quería hablar y sólo sabía explicarse con la espada; y hasta el salteador a lo Roque Guinart, el bandido generoso a quien una injusticia echó fuera del orden jurídico, y un hondo sentimiento ha enderezado por caminos paralelos a los que recorría Don Quijote.

¿La paz? También envejecía la paz. Los caballeros de la paz ya no las tenían todas consigo. Bulnes, un contemporáneo de la crisis, exclama un día: «La paz reina en las calles y en las plazas, pero no en las conciencias». Una cuarteadura invisible, un leve rendijo por donde se coló de repente el aire de afuera, y aquella capitosa cámara, incapaz de la oxigenación, estallo como bomba.

La inteligencia y la historia. Este sacudimiento, este despe rezo, viene naturalmente envuelto en una atmósfera de motivos espirituales. Los hechos bélicos, políticos y económicos han sido narrados ya con varia fortuna, y esperan la criba de la posteridad. Importa recoger también los hechos de cultura que, si no fueron determinantes, fueron por lo menos concomitantes. Porque es cierto que la Revolución mexicana brotó de un impulso mucho más que de una idea. No fue planeada. No es la aplicación de un cuadro de principios, sino un crecimiento natural. Los programas previos quedan ahogados en su torrente y nunca pudieron gobernarla. Se fue esclareciendo sola conforme andaba; y conforme andaba, iba descubriendo sus razones cada vez más profundas y extensas y definiendo su metas cada vez más precisas. No fue preparada por enciclopedistas o filósofos, más o menos conscientes de las consecuencias de su doctrina, como la Revolución francesa. No fue organizada por los dialécticos de la guerra social, como la Revolución rusa, en torno a las mesas de «La Rotonde», ese café de París que era encrucijada de las naciones. Ni siquiera había sido esbozada con la lucidez de nuestra Reforma liberal, ni, como aquélla, traía su código defendido por una cohorte de plumas y de espadas. No: imperaba en ella la circunstancia y no se columbraban los fines últimos. Su gran empeño inmediato, derrocar a Porfirio Díaz, que parecía a los comienzos todo su propósito, sólo fue su breve prefacio. Aun las escaramuzas del norte tuvieron más bien el valor de hechos demostrativos. Después, sus luchas de caudillos la enturbian, y la humareda de las disidencias personales tiene que disiparse un poco para que su trayectoria pueda reanudarse. Nació casi ciega como los niños y, como los niños, después fue despegando los párpados. La inteligencia la acompaña, no la produce; a veces tan sólo la padece, mientras llega el día en que la ilumine. Pero presentar sólo algunos de sus aspectos parciales es mutilar la realidad. Consiste la dignidad de la historia en llegar al paralelismo de las ideas con los hechos, rigiendo aquí para los pueblos la misma sentencia de oro que a los individuos propone la *Epístola moral:* «Iguala con la vida el pensamiento». Cuando la Revolución va a nacer ¿qué sucede en la inteligencia, en la educación y en la cultura, en las masas universitarias, en el mundo de nuestras letras? Para trazar algún día este cuadro conviene recoger desde ahora algunos documentos. El Congreso Nacional de Estudiantes fue una de tantas pruebas del tiempo, sin duda de las más elocuentes, por cuanto revela que la inquietud invadía ya hasta los gérmenes de nuestro ser cultural. Su crónica particular queda confiada a quienes participaron más íntimamente en sus trabajos.

Entre la vida universitaria y la vida libre de las letras hubo entonces una trabazón que indica ya, por parte de la llamada Generación del Centenario, una preocupación

educativa y social. Este solo rasgo la distingue de la literatura anterior, la brillante generación del Modernismo, que —ésa sí— soñó todavía en la torre de marfil. Este rasgo, al mismo tiempo, la relaciona con los anhelos de los estudiantes que, en 1910, resolvieron examinar por su cuenta aquellos extremos que les parecían de urgente consideración.

Comencemos por decir algo sobre el ambiente estudiantil. Si no definirse, que sería intrincado, y ni siquiera describirse, que sería fatigoso, aquel ambiente puede recordarse con dos ejemplos escogidos. Uno, la Escuela Nacional Preparatoria, que tenía más o menos su parangón por los estados, sirve de común denominador en la base de todas las carreras liberales y es la única que abarca la doctrina educacional de la época; otro, la Escuela Nacional de Jurisprudencia, es la punta aguda que se orientaba preferentemente a la vida pública. De la primera hay que tratar *in-extenso*; de la segunda sólo hay que mostrar una saliente, acaso una saliente viciosa.

Grandeza y decadencia de la Escuela Preparatoria. La Escue la Nacional Preparatoria tiene su grandeza y su decadencia Al comenzar la segunda mitad del siglo XIX, tierna todavía la República, resentida de su nerviosa infancia, han madurado ya los dos grandes partidos: el liberal, que se inclina hacia una nueva concepción del Estado, en que se mezclan la filosofía de los Derechos del Hombre con el presidencialismo y el federalismo americanos, y el conservador, a quien el apego a las normas hereditarias y el anhelo de conservar el cuadro ya creado de intereses arrastra hasta el despeñadero de una aberración antinacional. Adelanta la invasión francesa sus manos rojas, y llega con sus manos lavadas aquel heredero sobrante de las Casas de Europa. Bajo la marejada imperial, la República queda reducida a las proporciones de la carroza en que emigraba Benito Juárez. Pero, revertida la onda, triunfa para siempre la República. El país había quedado en ruinas, era menester rehacerlo todo. Las medidas políticas ofrecían alivios inmediatos. Sólo la cultura, sólo la Escuela, pueden vincular alivios a larga duración. Benito Juárez procura la reorganización de la enseñanza pública, con criterio laico y liberal, y confía la ardua tarea al filósofo mexicano Gabino Barreda.

Discípulo de Augusto Comte, imbuido de positivismo francés, fuerte en su concepción matemática del universo —de un universo saneado de toda niebla metafísica y de toda preocupación sobre el más allá—, congruente y limitado, contento con los datos de los sentidos, seguro —como todos los de su sistema— de haber matado al dragón de las inquietudes espirituales, acorazado y contundente, Barreda, el maestro de la enseñanza laica, congregó a los hombres de ciencia y creó, como prototipo de su vivero para ciudadanos, la Escuela Nacional Preparatoria, *alma mater* de tantas generaciones, que dio una fisonomía nueva al país; puesta después de la enseñanza primaria y antes de la profesional o especial, semejante en parte al bachillerato francés, y con un programa enciclopédico que recorría, peldaño a peldaño, la escala comtiana, desde la matemática abstracta y pura hasta las complejas lucubraciones sociales.

A través de incontables vicisitudes, la Escuela Preparatoria se ha venido manteniendo hasta nuestros días, aceptando a regañadientes los vaivenes del tiempo, y al fin sometida a una verdadera locura de transformaciones que algún día se equilibrarán para bien de todos. No tenía por destino el conducir a la carrera y a los títulos, aunque fuera puente indispensable para los estudios de abogados, ingenieros y médicos; sino el preparar ciudadanos —de ahí su nombre; gente apta para servir a la sociedad en los órdenes no profesionales—. Sustituía a las humanidades eclesiásticas; llegaba a punto para incorporar en la educación las conquistas del liberalismo político. La Revolución no ha logrado todavía hacer otro tanto en la medida en que lo logró Gabino Barreda para la revolución de su tiempo. *Alma mater* siempre y a pesar de todo loada, por su disciplina despojada y sobria y por sus firmes enseñamientos, parecía convertir así el lema de la antigua Academia: «No salga de aquí quien antes no sepa geometría».

Lo que Barreda quería —explica Justo Sierra—

> era abrir en el interior de cada uno un puerto seguro, el puerto de lo comprobado, de la verdad positiva, para que sirviera de refugio y fondeadero a los que no quisieran afrontar las tormentas intelectuales, bastante más angustiosas que las del Océano, o a los que volvieran desarbolados y maltrechos de las trágicas aventuras de la ciencia, pero con el incoercible empeño de tentar nuevas empresas, nuevos viajes de Colón en pos de constelaciones nuevas.

La ciencia organizada metódicamente —nos decía también Justo Sierra— «ha puesto la razón y el buen sentido en el fondo de nuestro ser hispanolatino, medulado de imaginación febril y de sentimentalismo extremo». Tierra firme tras el terremoto general, reducto invulnerable en el trastorno de la conciencia pública, cuartel de verdad y coherencia entre los campos de matanza de todas las pedagogías manidas: que se diga si alguna vez se ha creado otra institución más sabia y más adecuada para las necesidades a que respondía.

El alumno de la Preparatoria, al colgar la toga pretexta, desembocaba en la vida adulta capaz de escoger su vocación, dentro o fuera de las carreras profesionales; educado ya en el compendio y dueño de un microcosmo que, en pequeño, reflejaba el mundo; apto para anotar día por día, en su cuadrante, la hora que marcara la ciencia, y para escoger por sí mismo aquella colección de los libros que, al decir de Carlyle, son la verdadera universidad de nuestros días. Para él los distintos rumbos del conocimiento —grave peligro de la sociedad contemporánea— no errarían ya sueltos del nexo que es la profesión general de hombre; no serían ya las ciencias y las artes como las hermanas enemigas del *Rey Lear,* sino como las milicias de Datis el medo, que avanzaban dándose la mano. Y el alumno de la Preparatoria entraba en las bregas del conocimiento y de la acción provisto del instrumental mínimo e indispensable, con la dotación completa de la mochila.

Pero todas las instituciones resbalan por su más fácil declive. La herencia de Barreda se fue secando en los mecanismos del método. Hicieron de la matemática la Suma del saber humano. Al lenguaje de los algoritmos sacrificaron poco a poco la

historia natural y cuanto Rickert llamaría la ciencia cultural, y en fin las verdaderas humanidades. No hay nada más pobre que la historia natural, la historia humana o la literatura que se estudiaban en aquella Escuela por los días del Centenario. No alcanzamos ya la vieja guardia, los maestros eminentes de que todavía disfrutó la generación inmediata, o sólo los alcanzamos en sus postrimerías seniles, fatigados y algo automáticos. El curioso Sánchez, mucho más que a la verdadera zoología, se daba a juntar anécdotas sobre el folklore indígena relativo a la fauna mexicana, anécdotas que, aunque divertidas en sí mismas —y es lástima que se hayan perdido— no pasaban de ser una prolongación del *Roman de Renart* o las fábulas del coyote. Se oxidaba el instrumental científico. A nuestro anteojo ecuatorial le faltaban nada menos que el mecanismo de relojería y las lentes, de suerte que valía lo que vale un tubo de hojalata; y no valía más la cosmografía —tremendo nombre— que por entonces nos enseñaban, bien caricaturizada en aquella travesura escolar que envuelve a los dos profesores de la asignatura:

> Quiroga le dijo al «Chante»
> que si era queso la luna,
> y el «Chante» le respondió:
> —Sí es queso, pero de tuna.
> ¿No ha quedado duda alguna?
> ¿Entendimos? ¡Adelante!

Aunque los laboratorios no seguían desarrollándose en grado suficiente, mejor libradas salían la física y la química —ésta bajo la buena doctrina de Almaraz—; pero tendían ya a convertirse en ciencias de encerado, sin la constante corroboración experimental que las mentes jóvenes necesitan, fuera de lo que nos mostraba en su casa Luis León, amable aficionado, o de los ensayos de sales en que aprendíamos nuestro poco de reactivo y soplete. Porfirio Parra, discípulo directo de Barreda, memoria respetable en muchos sentidos, ya no era más que un repetidor de su tratado de lógica, donde por desgracia se demuestra que, con excepción de los positivistas, todos los filósofos llevan en la frente el estigma oscuro del sofisma; y por nada quería enterarse de las novedades, ni dejarse convencer siquiera por la hamiltoniana «cuantificación del predicado», atisbo de la futura logística. El incomparable Justo Sierra, el mejor y mayor de todos, se había retirado ya de la cátedra para consagrarse a la dirección de la enseñanza. Lo acompañaba en esta labor don Ezequiel A. Chávez, a quien por aquellos días no tuve la suerte de encontrar en el aula de psicología, que antes y después ha honrado con su ciencia y su consagración ejemplar. Miguel Schultz, geógrafo generoso, comenzaba a pagar tributo a los años, aunque aún conservaba su amenidad. Ya la tierra reclamaba los huesos de Rafael Ángel de la Peña —paladín del relativo «que»— sobre cuya tumba pronto recitaría Manuel José Othón aquellos tercetos ardientes que son nuestros *Funerales del gramático.* El latín

y el griego, por exigencias del programa, desaparecían entre un cubileteo de raíces elementales, en las cátedras de Díaz de León y de aquel cordialísimo Francisco Rivas —de su verdadero nombre, Manuel Puigcerver— especie de rabino florido cuya sala era, porque así lo deseaba él mismo, el recinto de todos los juegos y alegres ruidos de la muchachada. Cuando el severo director José Terrés lo llamó al orden por su exceso de lenidad, bastó una breve y algo melancólica indicación de Rivas para que se oyera, en la clase, el vuelo de la mosca. Y el maestro Rivas, que llenaba el pizarrón con sus alfas y sus omegas en medio del mayor silencio, se volvió de pronto con las lágrimas en los ojos: «¡Éstos no son mis muchachos! —exclamó—. ¡Sigan alborotando como siempre, aunque a mí me echen de la Escuela!». En su encantadora decadencia, el viejo y amado maestro Sánchez Mármol —prosista que pasa la antorcha de Ignacio Ramírez a Justo Sierra— era la comprensión y la tolerancia mismas, pero no creía ya en la enseñanza y había alcanzado aquella cima de la última sabiduría cuyos secretos, como los de la mística, son incomunicables. La literatura iba en descenso, porque la retórica y la poética, entendidas a la manera tradicional, no soportaban ya el aire de la vida, y porque no se concebía aún el aprendizaje histórico —otros hasta dicen «científico»— de las literaturas, lo que vino a ser precisamente una de las campañas de los jóvenes del Centenario. Un día inventaron, para sustituir los cursos de literatura, no sé qué casta de animal quimérico llamado «Lecturas comentadas de producciones literarias selectas»; y puedo aseguraros que los encargados de semejantes tareas, por ilustres que fueran en su obra personal de escritores, no tenían la menor noticia de lo que pudiera ser un texto comentado: unas veces se entregaban a vaguedades sentimentales, y otras iban frescamente a acabar en clase el libro que, para su deleite propio, habían comenzado a leer en su casa. La excepción de Manuel Revilla (perdonémosle que casi me expulsa de la clase porque me atreví a citar a Schopenhauer), quien profesó en serio estos cursos elementales, deslizando en ellos un adarme de preceptiva, fue demasiado rauda para dejar verdadera huella. Quien quisiera alcanzar algo de humanidades tenía que conquistarlas a solas, sin ninguna ayuda efectiva de la Escuela.

En tanto, por los insospechados rincones del antiguo Colegio de San Ildefonso, sorprendíamos a veces la figura fantasmal del gran matemático «Chicho» Prado, alejado de las labores docentes y que vivía allí por caridad del gobierno; hombre enloquecido de logaritmos, a quien, del mucho velar y poco dormir, las diferenciales y las integrales le habían secado el cerebro, llevándole hasta una mansa enajenación; algo fugitivo y asustadizo, con su poco de agorafobia; pobre ratoncillo pitagórico que andaba royendo por los sótanos sus funciones, sus cosenos y sus raíces. No podíamos menos de preguntarnos si el continuo trato con tales abstracciones sería realmente lo más práctico para la preparación del ciudadano.

Y, sin embargo, no era todavía el derrumbe de la Escuela Preparatoria. Los ponderosos y vetustos muros parecían todavía rezumar la antigua grandeza. El derrumbe vino después; sobrevino singularmente con la exótica importación de eso

que se llama High School, ¡tan por debajo de lo nuestro!

Los antiguos positivistas, ahora reunidos en colegio político bajo el nombre de «Los Científicos», eran dueños de la enseñanza superior. Lo extraño es que estos consejeros de banco, estos abogados de empresas, no hayan discurrido siquiera el organizar una facultad de estudios económicos, una escuela de finanzas. ¿Qué pudo faltarles para ello? Ni el poder, ni el conocimiento, ni los talentos, ni el interés para estas materias a las que consagraron su vida. Acaso, siguiendo el error de régimen paternal, pensaron que los educandos eran demasiado jóvenes para cosas tan graves, propias de varones sesudos. Acaso, sin saberlo ellos mismos, los inspiraba un sentimiento de casta, como el que llevó a esconder sus secretos a los sacerdotes egipcios. Porque no hubieran bastado a suplir estas deficiencias ni las lecciones inteligentes y rápidas de Martínez Sobral, ni las contadas lecciones del competentísimo Joaquín Casasús, personalidad eminente de múltiples y elegantes actividades. Lo extraño es que aquellos creadores de grandes negocios nacionales (como en Europa lo eran los sansimonianos Pereira, o el Barón de Mauá en el Brasil) no se hayan esforzado por llenar materialmente el país de escuelas industriales y técnicas para el pueblo, ni tampoco de centros abundantes donde difundir la moderna agricultura. Nuestro pueblo estaba condenado a trabajar empíricamente y con los más atrasados procedimientos; a ser siempre discípulo, empleado o siervo del maestro, del patrón o del capataz extranjeros, que venían de afuera a ordenarle, sin enseñarle, lo que había que hacer en el país. No olvidamos, no, la antigua Escuela de Artes y Oficios y la antigua Escuela de Agricultura. Pero ¿pueden aquellos intentos aislados compararse con lo que se ha hecho después y con lo que pudo hacerse desde entonces? En suma, que no se cargaba el acento donde, según la misma profesión de fe de los Científicos, debió haberse cargado. Se prescindía de las humanidades, y aún no se llegaba a la enseñanza técnica para el pueblo: ni estábamos en el Olimpo, ni estábamos en la tierra, sino colgados en la cesta, como el Sócrates de Aristófanes.

Ayuna de humanidades, la juventud perdía el sabor de las tradiciones, y sin quererlo se iba descastando insensiblemente. La imitación europea parecía más elegante que la investigación de las realidades más cercanas. Sólo algunos conservadores, desterrados de la enseñanza oficial, se comunicaban celosamente, de padres a hijos, la reseña secreta de la cultura mexicana; y así, paradójicamente, estos vástagos de imperialistas que escondían entre sus reliquias familiares alguna librea de la efímera y suspirada Corte, hacían de pronto figura de depositarios y guardianes de los tesoros patrios.

Un síntoma, sólo en apariencia pequeño, de aquella descomposición de la cultura: se puso de moda, precisamente entre la clase media para quien aquel sistema escolar fue concebido, el considerar que había un cisma entre lo teórico y lo práctico. La teoría era la mentira, la falsedad, y pertenecía a la era metafísica, si es que no a la teológica. La práctica era la realidad, la verdadera verdad. Expresión, todo ello, de una reacción contra la cultura, de un amor a la más baja ignorancia, aquella que se

ignora a sí misma y en sí misma se acaricia y complace. Cuando la sociedad pierde su confianza en la cultura, retrocede hacia la barbarie con la velocidad de la luz. ¿Dónde quedaba entonces el estupendo precepto comtiano? En vano los vitrales de la Escuela Preparatoria dejaban ver al trasluz con grandes letras: «Saber para prever, prever para obrar».

Antes de seguir adelante, un franco tributo a la memoria del gran ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra. Nada de lo dicho va contra este magno organizador de la educación primaria. Dondequiera que intervino, hizo el bien. Ni podía estar en todas partes; ni era posible que a los centros universitarios llegara otra cosa que su correcta gestión administrativa; ni menos habría que exigirle el detener por sí solo los efectos de complejísimos acarreos sociales. Sabía que la Preparatoria reclutaba a la clase media, pero no podía absorber al pueblo; y por eso, para ir al pueblo, quiso completarla por abajo en las escuelas primarias, donde sembró el bien a manos llenas. De suerte que dio un paso más sobre Barreda: el que le tocaba dar en su tiempo. Finalmente, también completaría la obra por arriba, en la investigación superior, poniendo como corona a su nueva Universidad —con plena conciencia de que ya la Preparatoria y las Profesionales eran insuficientes— aquella Escuela de Altos Estudios llamada precisamente a ser baluarte de nuestras campañas juveniles: la Escuela contra la cual se agitaron —como es natural— la ignorancia de legisladores improvisados y el sectarismo de los menos que positivistas; la Escuela que abrió al fin las puertas a las letras y a la filosofía, de la que procede la actual Facultad, cuyo solo nombre hubiera sido incomprensible en aquella edad venturosa. Por si su pluma no bastara para su gloria, es Justo Sierra, en la administración porfiriana, la inteligencia más noble y la voluntad más pura. A la distancia de las jerarquías y los años, se sintió amigo de los jóvenes, nos vio nacer a la vida espiritual, nos saludó con públicas manifestaciones de confianza y de simpatía, comprendió nuestras rebeldías y acaso las bendijo. En el Gabinete, era el ministro de lujo de quien se hace caso hasta cierto punto porque —«cave canem»— es poeta, y a quien el omnipotente ministro de Hacienda escatima todo lo que puede el dinero y la autoridad. Era el mejor: es casi el santo.

La escuela de los tribunos. A la Escuela Nacional de Jurisprudencia —el otro ejemplo que hemos escogido como recuerdo de la época— sólo habrá que referirse rápidamente para señalar algunos vicios. Sus problemas particulares no se reflejan sobre el ambiente del Centenario; y aun puede decirse que los estudiantes de 1910 aplican contra aquellos vicios un primer correctivo.

Aunque los maestros daban a entender que al país no le convenía la plétora de profesionales y que la patria esperaba ansiosa a las puertas de la Preparatoria, los jóvenes preferían las mayores preeminencias sociales. Al final de cursos, los preparatorianos, en su mayoría, cruzaban rápidamente la calle y se inscribían para las carreras. No pocos optaban por la de abogado, la más ostensible entonces, asiento de preferencia para el espectáculo de la inminente transformación social, asiento que

permitía fácilmente saltar al escenario. La opinión lo esperaba todo de los abogados. Pero ya cuando el Congreso Nacional de Estudiantes —y éste es otro de los sentidos que tuvo aquel congreso— los alumnos de todas las profesiones manifestaban por primera vez de un modo evidente que todos se sentían llamados a entenderse con los deberes públicos.

Había otras razones para que la carrera de las leyes atrajera un contingente subido: las leyes parecían una aproximación a las letras, que no tenían refugio académico. El muchacho que acertaba a concordar cuatro consonantes por los corredores de la Preparatoria, había descubierto su vocación de abogado. Con ayuda de la suerte y también de buenos valedores, era fácil que, en alcanzando el título, no tuviera que ejercerlo realmente sino que, en méritos a su «facilidad de palabra» (fórmula de la época), Don Porfirio lo mandara elegir diputado por cualquier región inverosímil. Aquel mundo, poco diferenciado, ofrecía la disyuntiva de instalarse en la plena luz o de refugiarse en la sombra completa. Para lo primero, hacerse profesional, o como aquí decimos, «profesionista». Más allá de la Preparatoria ¿para qué otra cosa podía valer el estudio? ¿Quién se ocupaba de ciencia pura? Sólo algunos beneméritos a quienes se tenía por chiflados. Creían los hombres de entonces ser prácticos: pretendían que la historia y la literatura sólo sirven para adornar con metáforas o reminiscencias los alegatos jurídicos. Afirmaban que la poesía era una forma atenuada y deglutible de la locura, útil sólo en la juventud a título de ejercicio y entrenamiento, silabario de segundo grado o juego auxiliar de la mente como los acertijos. Y las aulas de derecho se iban llenando de jóvenes que podían repetir las palabras de Rubén Darío:

¡Y pensar que no soy lo que yo hubiera sido!
¡La pérdida del reino que estaba para mí!

¡Felices los que ya de suyo nacían orientados hacia los únicos caminos por aquel entonces practicables! Algunos bogaban en las carreras autorizadas como pescadores en aguas ajenas. Y la verdad es que mal podía haber sonado para entonces la hora del laboratorio o de las Musas. Antes de eso, era imprescindible que las escobas de Hércules acabaran su misericordia en los establos de Augias. Y todavía falta decir que, aunque entre los verdaderos poetas (la radiante pléyade del Modernismo, de que todavía lucían los astros mayores) no sucedía así, los estudiantes inclinados a escribir versos propendían a confundir la materia poética con la oratoria. Y la facultad oratoria llevaba como de la mano a la Facultad de Derecho donde, en tiempos anteriores al Centenario, había hasta cursos de oratoria forense.

Desde la Consitución de 1857, el culto a la oratoria había sido muy vivo en México. La gran falange liberal quedaba en el recuerdo de todos, y era la corte de honor de la Democracia Mexicana: Ramírez, Prieto, Lerdo, tantos otros. Uno de los últimos supervivientes de aquella etapa, Miguel Zamacona, había sido un grande

orador, y los estudiantes de comienzos del siglo (es decir, todavía impregnados de siglo XIX), lo saludaban por la calle con íntimo respeto y con noble envidia. A Bulnes se le perdonaba más de un desmán histórico porque era un buen orador. Jesús Urueta, mimo y recitador incomparable de piezas oratorias que, muchas veces, más eran poemas que discursos, tenía engolosinado al público, y exigente en cuanto a la perfección musical de cada párrafo.

Pero quien seguramente puso cátedra de oratoria en la Escuela de Derecho fue el maestro Jacinto Pallares, sólo vivo ya por el recuerdo en los días del Centenario. Jurisconsulto de primera, conocedor minucioso de los percances de cada ley y de la historia de cada noción jurídica en México, algo casuista, muy familiarizado con Renan y muy teólogo hereje, paradójico, ingenioso, epigramático, rápido en la saeta y emponzoñado en la pelea, ni siquiera le faltaba el gran recurso de los oradores románticos: la heroica y desaliñada fealdad.

Sin duda Pallares dejó buena simiente en algunas naturalezas sanas, al punto que cuesta trabajo hacer de justiciero con su memoria. Pero es de sospechar que, en su cátedra, a juzgar por los testimonios que de ella quedaban, se preocupó más de deslumbrar que de enseñar. Hacía gala de su talento, aun a costa del discípulo si ello le venía bien, y suscitaba en los oyentes un entusiasmo pasajero, una irritación estéril, que a lo más sólo les servía para sacar esta conclusión de dudosa moral: hay que ser orador, orador a toda costa y por sobre todo; es lo único que vale en la tierra. La Escuela de Derecho fue entonces la Escuela de los Tribunos. Venteando de lejos la Revolución, los juristas oratorios que nos precedieron soñaban con discursos en las barricadas. No les tocaría esa suerte. La Revolución dejó atrás, con celeridad de cataclismo, las audacias de los letrados. Muy pronto prescindió de ellos. Empujada por fuerzas reales y no verbales, fue tallando a golpes su ideología, bien lejana de lo que habían imaginado sus primeros profetas.

Aislamiento. El loable empeño de salvar a la juventud de toda contaminación con las turbulencias que precedieron a la paz porfiriana, y el propósito decidido —una vez lograda la higienización positivista— de no volver a la andadas en materia de educación, tuvieron un singular efecto: crearon una atmósfera de invernadero y hasta una raridad de campana neumática. Habíamos superado las revoluciones y habíamos superado la era metafísica. El nuevo México revolucionario ha sido considerado con recelo por más de un gobierno hispanoamericano, temeroso de algún contagio. Con igual recelo consideraban entonces a los inquietos países del continente los hombres de la Pax Augusta. Además, no se había descubierto aún el medio de informarse sobre el verdadero estado cultural de tales países, obra ésta de las nuevas literaturas mucho más que de los políticos. ¿Habían superado aquellas repúblicas la era teológica y la metafísica? ¿No se conocía acaso el desarrollo del positivismo en la Argentina y en el Brasil, para sólo citar dos casos ilustres? Las relaciones internacionales en el sur, en que las rápidas y eficaces embajadas de Vasconcelos y de Caso inaugurarían la etapa contemporánea, se mantenían en aquella situación

embrionaria e intermitente que permitía enviar un representante al Atlántico y un representante al Pacífico. Las relaciones comerciales, indispensable vehículo, no habían llegado siquiera a la modesta situación que hoy ofrecen. Lo mejor era no meterse en honduras, con y sin mayúscula. Y como también se ignoraba a España olímpicamente —otro aspecto de nuestra reacción consistió en rectificar este punto— resulta que, alejados de lo que más se nos parecía, privados de todo elemento lógico de comparación, carecíamos de instrumentos para investigarnos a nosotros mismos. En su destierro de Madrid, el perspicaz Pablo Macedo, científico representativo, me confesó un día: «¡Qué engañados vivíamos sobre el verdadero valor de España!».

En cierta carta de 1917 a los amigos cubanos, se ha procurado describir este carácter de la época:

> Hubo un día —se dice ahí— en que mi México pareció, para las conciencias de los jóvenes, un don inmediato que los cielos le habían hecho a la tierra, un país brotado de súbito entre dos mares y dos ríos, sin deudas con el ayer ni compromisos con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las experiencias del pasado, y no se nos dejaba aprender el provechoso temor del porvenir. Toda noticia de nuestra verdadera posición ante el mundo se consideraba como indiscreta. Por miedo al contagio, se nos alejaba de ciertas pequeñas Repúblicas revolucionarias. Y teníamos un concepto estático de la patria, e ignorábamos las tormentas que nos amenazaban. Y creíamos, o se nos quería hace creer, que hay hombre inmortales, en cuyas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo.[27]

En esa carta se explica también cómo la lectura de Rodó contribuyó entonces a darnos un sentimiento de solidaridad, de fraternidad con nuestra América.

La generación del Centenario. Permitidme ahora que cite otro documento de la época, que puede servirnos de síntesis:

> ¿Cómo explicarlo? Los muchachos de mi generación éramos —digamos— desdeñosos. No creíamos en la mayoría de las cosas en que creían nuestros mayores. Cierto que no teníamos ninguna simpatía por Bulnes y su libro *El verdadero Juárez.* Cierto que no penetrábamos bien los esbozos de revaloración que algún crítico de nuestra historia ensayaba en su cátedra oficial, hasta donde se lo consentía aquella atmósfera de Pax Augusta. Pero comenzábamos a sospechar que se nos había educado —inconscientemente— en una impostura. A veces, abríamos la *Historia* de Justo Sierra, y nos asombrábamos de leer, entre líneas, atisbos y sugestiones audaces, audacísimos para aquellos tiempos, y más en la pluma de un ministro. El Positivismo mexicano se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos. Nuevos vientos nos llegaban de Europa. Sabíamos que la matemática clásica vacilaba, y la física ya no se guardaba muy bien de la metafísica. Lamentábamos la paulatina decadencia de las humanidades en nuestros programas de estudio. Dudábamos de la ciencia de los maestros demasiado brillantes y oratorios que habían educado a la inmediata generación anterior. Sorprendíamos los constantes flaqueos de cultura en los escritores Modernistas que nos habían precedido, y los académicos, más viejos, no podían ya contentarnos. Nietzsche nos aconsejaba la vida heroica, pero nos cerraba las fuentes de la caridad. ¡Y nuestros charlatanes habían abusado tanto del tópico de la regeneración del indio! Sabíamos que los autores de nuestra política —acaso con la mejor intención— nos habían descastado un poco, temerosos de que el tacto de codos con el resto de la América Española nos permitiera adivinar que nuestro pequeño mundo, de hecho aristocrático y monárquico, apenas se mantenía en un equilibrio inestable. O acaso temían que la absorción repentina de nuestro pasado —torvo de problemas provisionalmente eludidos— nos arrojara de golpe al camino a que pronto habíamos de llegar: el de la vida a sobresaltos, el de las conquistas por la improvisación y hasta la violencia, el de la discontinuidad en suma —única manera de vida que nos reservaba el porvenir, contra lo que hubieran querido nuestros profesores evolucionistas y spencerianos.[28]

Entre tanto, un nuevo plantel de escritores había crecido. Conviene fijar su actitud.

Cuando se habla de la moderna literatura mexicana —no de la exclusivamente contemporánea— se alude por lo común a los prosadores que van de Justo Sierra a Jesús Urueta, y a los poetas mayores, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Othón, Icaza, Urbina, Nervo, la primera época de Tablada, englobándolos más o menos bajo la enseña del Modernismo. Es la segunda época porfiriana. En la última mitad de aquel régimen, que abarca dos literaturas, apareció entre nosotros esa fiebre que se apodera de la mente americana por los años de ochenta, y vino a confluir al fin (mensajero, Rubén Darío) con la embestida de los escritores españoles del noventa y ocho. Es el periodo posromántico. Justo Sierra llama a Gutiérrez Nájera: «Flor de otoño del romanticismo mexicano». Los escritores de este periodo eran, hasta antes de la Revolución, los únicos escritores mexicanos conocidos en el extranjero.

Lo que se ha dicho sobre la moderna literatura francesa es aplicable en mayor o menor grado a todas las literaturas modernas: sus fuentes han de buscarse en las pequeñas revistas. Cuando en España se levante el índice de las revistas del noventa y ocho, se tendrá el material indispensable para apreciar la fuerza de arranque de la España nueva. Veamos lo que entre nosotros acontece, revolviendo otra vez algunas páginas que ya andan en libros, y acaso retocándolas para mejor comprensión:[29]

Con Gutiérrez Nájera quedaban abiertos los nuevos rumbos; su órgano era la *Revista Azul*. Heredera de sus timbres, la *Revista Moderna* popularizó entre nosotros los modos de la poesía posromántica. Los escritores que despuntan en la primera revista florecen ya en la segunda. Pero la hora de la *Revista Moderna* había pasado. Sus poetas tuvieron como cualidades comunes cierto sentimiento agudo de la técnica —técnica valiente, innovadora— y, exceptuando a Urbina que perpetuó a su manera la tradición romántica, a Díaz Mirón que vivía en su torre, y a Icaza cuya poesía se explica más bien como un ciclo aparte, cierto aire familiar de diabolismo poético que acusa una reciprocidad de influencias entre ellos y su dibujante Julio Ruelas.

Agrupábanse materialmente hablando en redor del lecho donde Jesús Valenzuela, siempre mal avenido con las modas, las escuelas y las costumbres, iba derrochando, después del otro, el caudal de su generosa vida. Tablada doraba sus esmaltes; Nervo soñaba, entregado a su misticismo lírico; Urueta cantaba como una sirena. A veces llegaba de la provincia Manuel José Othón, con el dulce fardo de sus bucólicas a cuestas, lejano, distraído, extático. Othón espera el día de su consagración definitiva. Es el clásico. En la historia de la poesía española es, al mismo tiempo, una voz conocida y nueva. Su verso tiene, junto a las reminiscencias de fray Luis, ecos de Baudelaire. Aprendió en los maestros definitivos, no en los vanos dioses de la hora. Hizo, como quería Chénier, versos antiguos con pensamientos nuevos. Nervo —que no era todavía el sabio varón de los últimos años— incurrió en el pecadillo de censurar el uso de los «metros viejos» en Othón. Era el duelo entre el alejandrino modernista y el endecasílabo de abolengo. Othón se defendía oponiendo, a su vez, que el alejandrino castellano es tan viejo como Berceo. Nervo, en suave ascención durante los últimos años, nos hace pensar que su final era merecido como un premio.

Pocos realizaron al igual de él la máxima estoica: que el tránsito mortal es cosa tan grave, que hay que meditarlo toda la vida para aceptarlo una sola vez con todo decoro. Urueta, que murió también a orillas del Plata, llegó allá en tal estado de postración que nuestros amigos argentinos no pudieron ya disfrutar en él uno de los más perfectos espectáculos del hombre parlante. Aquel poeta de los sentidos era un convidado al banquete de la locura. Educaba con aladas palabras el gusto estético de la juventud, haciéndole amar las cosas bellas y la Grecia francesa. Su influencia en la prosa mexicana sólo ha reconocido por límites la imposibilidad de seguirlo al mar armonioso en que navega. En cuanto a don «Chucho» Valenzuela, su recuerdo perdurará más que su poesía, cuya más amable cualidad era carecer de nombre en la poética. A los otros los ha dispersado la vida, mientras los iba recogiendo la muerte.

Díaz Mirón siempre estuvo solo, y siempre descontentadizo y febril, castigaba el estro, confesándose inferior a su ideal, pero superior a los demás. Góngora mexicano a quien la crítica apenas comienza a acercarse, nos deja un ejemplo de fuerte arranque, nos deja una lección de oficio, un consejo de frenar a Pegaso, una dolorosa tortura de perfección y una exacerbación de solitario.

Tablada enmudecía temporalmente, aunque sus excelentes dones literarios no estaban agotados por suerte. Después de un largo silencio, había de resurgir remozado, puesto a compás de la última poesía sintética y del epigrama japonés (tan madrigal como epigrama), inventando por su cuenta fórmulas semejantes a las de Apollinaire, para impresionar visiblemente a los grupos literarios más nuevos.

A principios de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una revista juvenil. Le pusieron un nombre absurdo: *Savia Moderna.* No sólo en el nombre, en el material mismo prolongaba a la *Revista Moderna.* Duró poco —era de rigor— pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña entre la pléyade que discretamente se iba desprendiendo de sus mayores. «La redacción —escribe Rafael López— era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar.» A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana el joven Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura cayó la palabra sobre la ciudad.

En el cuerpo literario de *Savia Moderna* había los dos géneros de escritores: los que escriben, los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Acevedo. Decía, con Goethe, que escribir es un abuso de la palabra. Más tarde haincurrido en la letra escrita. Conservador incomparable, conferenciante nítido y justo. El nombre de Jesús Acevedo anda en nuestros libros, pero su obra, que fue sobre todo de precusor, obra de charlas, de atisbos, de promesas, no podrá recogerse. El tomo de sus disertaciones por así decirlo oficiales, que la piedad amistosa ha coleccionado, no da idea de lo que fue Acevedo; arquitecto que casi no llegó a poner piedra sobre piedra, pero que despertó el interés por lo colonial mexicano y encauzó

en este estudio a los que habían de propagarlo y hacerlo renacer en nuestros estilos actuales. El volumen de artículos que de él ha podido juntarse, hijo de los obligados ocios de Madrid —donde este lector de los simbolistas franceses quiso cambiar unos días el grafio por la pluma— es un documento curioso que descubre perspectivas sobre aquel escritor posible. Cierto sarcasmo, cierta manera desdeñosa, mientras vivió en México. En la ausencia, se destempló el resorte, se rindió el carácter. Acevedo sufría entonces hasta las lágrimas, echando de menos, como perro callejero, el paisaje de piedra de su capital mexicana. No quiso luchar; se dejó morir nuestro pobre amigo, demasiado fino para defenderse.[30]

Entre los prosistas doblados de poetas estaba Ricardo Gómez Robelo, que era propa imagen del mirlo de Rostand.

Cette âme!… On est plus las d'avoir couru sur elle,
Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.

La misma agilidad de su pensamiento lo hacía cruel; y además —grave ofensa para el género humano— estaba enamorado del genio. Como a todo aquel que ha probado las desigualdades de la suerte, le tentaban las solicitaciones de la fantasía. Ignoraba cuántos volúmenes llevan publicados Monsieur Chose y Perico el de los Palotes, pero leía y releía constantemente los veinte o treinta libros definitivos. Más tarde nos lo arrebató la guerra civil y nos lo trajo un día disfrazado de guerrillero. Los noticieros lo encontraban, en los campamentos, traduciendo a Elisabeth Barrett Browning. Luego volvió a sus inquietudes artísticas, siempre un poco estéril. Anduvo con la imaginación paseando de Egipto a Grecia, y entró al fin en la vieja Aztlán. Esotérico, mago. No he visto fealdad más patética que la suya, ni una voluptuosidad mayor para el misterio. Cuando lo enterramos, no había hecho nada. ¿Nada? ¡Amar el genio! Su vida había sido siempre trágica, y lo más trágico o lo más feliz es que él nunca pareció percatarse.

Alfonso Cravioto era el representante del sentido literario: su prosa, fluida, musical, colorida. Su vida estaba consagrada a la expectación literaria. Había coleccionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de todos sus compañeros. Hacía creer que poseía en casa tesoros de documentación. Nadie sabía si era o no rico, si escribía o no en secreto.

Cuentan que escribe, y no escribe;
dicen que tiene, y no gasta,

se decía él a sí mismo en unas coplas que quiso hacer pasar por anónimas, y en que desfilan, clavados con la flechita del epigrama, todos los del grupo. De cuando en cuando, asomaba para celebrar en una prosa de ditirambo algún triunfo del arte o del pensamiento. Cegado por un falso ideal de perfección, nunca empezaba a imprimir sus libros. Después intervino en la vida pública. Orador elegante y persuasivo,

fácilmente salía victorioso de sus causas. De mil modos ha contribuido al desarrollo de la pintura en México, y al fin nos ha dado unos versos de un «parnasismo» mexicano muy suyo, hechos de curiosidad y cultura.

Entre los poetas estaba Rafael López, poeta de apoteosis, fiesta plástica, sol y mármol, que después buscó emociones más universales, tras de haber embriagado su adolescencia en los últimos haxix del decadentismo. Estaba Manuel de la Parra, musa diáfana, de nube y de luna; alma monástica, borracha de medievalismos imposibles, «ciega de ensueño y loca de armonía». Estaba Eduardo Colín, entregado a una gestación laboriosa en que se combatirían el poeta seco y el prosador jugoso, más tarde desembarazado y suelto. Estaba Roberto Argüelles Bringas, tan austero, áspero a la vez que hondo, en quien la fuerza ahogaba a la fuerza, y el canto sin poder fluir brotaba a pulsaciones. Aún no venía de su provincia el poeta mayor, González Martínez, todo él ejemplo de probidad. Y apenas salía de su infancia Julio Torri, graciosamente diablesco, duende que apagaba las luces, íncubo en huelga, humorista heiniano que nos ha dejado algunas de las más bellas páginas de prosa que se escribieron entonces; y luego, terso y fino, tallado en diamante con las rozaduras del trato, no admite más reparo que su decidido apego al silencio: acaso no le den tregua para escribir cuanto debiera las «cosas de la vida», como suele decirse, la tiranía de aquel «amo furioso y brutal» que tanto nos hace padecer.

Y de propósito dejo para el fin a Caso, a Vasconcelos, a Pedro Henríquez Ureña. La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso, quien difundiría por las aulas nuevas verdades. No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera un instante, para penetrarlas con aquel íntimo conocimiento que es el amor intelectual. La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las organiza, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, lo convertirían en el director público de la juventud.

En lo privado, era muy honda la influencia socrática de Henríquez Ureña. Enseñaba a oír, a ver, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó. El peruano Francisco García Calderón escribía de él: «Alma evangélica de protestante liberal, inquietada por grandes problemas; profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas». Díaz Mirón, que lo admiraba, le llamaba «el dorio».

José Vasconcelos era el representante de la filosofía antioccidental, que alguien ha llamado «la filosofía molesta». La mezclaba ingeniosamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y en los instantes que la cólera civil le dejaba libres, esbozaba ensayos de una rara musicalidad ideológica (no verbal).

Hace veinticinco años se dijo de él:

> Mucho esperamos de sus dones de creación estética y filosófica, si las implacables Furias Políticas nos lo dejan ileso. Es dogmático: Oaxaca, su estado natal, ha sido cuna de las tiranías ilustradas (Juárez, Díaz). Es asiático: tenemos en nuestro país dos océanos a elección; algunos están por el Atlántico; él, por el Pacífico.[31]

Entre tanto, la exacerbación crítica que padecíamos corroía los moldes literarios; los géneros se mezclaban un tanto y la invención pura padecía. Apenas la novela tradicional tenía un campeón en Carlos González Peña, trabajador infatigable. Teatro no había. El cuento, en manos de Torri, se hacía crítico y extravagante. (Nunca ha publicado él sus páginas de entonces: el embustero que privaba de existencia a los que nombraba, el que se embriagaba con sangre de gallo, el descabezado que traía la cabeza pegada y no podía acercarse al fuego para que no se le derritiera el pegamento.) Era aquélla, sobre todo, una generación de ensayistas, filósofos y humanistas autodidactos. Quién sabe si algún poeta del grupo no se haya empobrecido un poco, por la necesidad de movilizar todas sus fuerzas hacia la reconstrucción crítica en que estábamos empeñados.

Tuvimos dos hermanos mayores: Enrique González Martínez, tránsito entre la generación pasada y la venidera, que tenía de la pasada, de los Modernistas o «decadentes», los secretos técnicos; de los jóvenes, la seriedad artística; y de suyo, aquella manera de castidad espiritual que hace de él un alto poeta. Y el otro hermano mayor fue Luis Urbina que, en su rara penetración, nos adivinó, vino hacia nosotros y se mezcló en nuestras filas, nos enseñó a tutearnos con él, reconoció que podía adquirir algo en nuestra frecuentación, y no tuvo empacho en abrir de nuevo los libros para estudiar, modesto y sencillo, en nuestra compañía.

Tales eran, al iniciar el ataque, los caballeros del «Sturm-und-Drang» mexicano.

Uno de los nuestros, Pedro Henríquez Ureña, ha escrito:

> Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte *pompier:* nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en actitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.[32]

He aquí, brevemente reseñadas, las principales fases de aquel movimiento que, como lo explica Henríquez Ureña, no se inspiró en el afán de asaltar los puestos educativos, sino de renovar las ideas.

La primera campaña. 1°. En 1906, la revista *Savia Moderna.*

2°. El propio año, la exposición de pintura de *Savia Moderna*, donde por primera

vez se exhiben las obras de Ponce de León, Francisco de la Torre y Diego Rivera. Acababa de llegar de Europa un hombre inquieto a quien deben mucho las artes mexicanas, las cultas como las populares: Gerardo Murillo, el «Doctor Atl», fue el animador. En pocos meses, y con unos cuantos documentos, provocó la efervescencia del impresionismo y la muerte súbita del estilo *pompier.* La pintura académica se atajó de repente. La transformación artística se operó en un abrir y cerrar de ojos. Esta exposición recordada sólo por Daniel Cosío Villegas, si no me engaño, tiene una trascendencia en que todavía no se ha insistido lo bastante.

3°. La manifestación en memoria de Gutiérrez Nájera. Por 1907, un oscuro aficionado quiso resucitar la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos. Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas desde el kiosco público. Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza, y dispuesta a defenderlos hasta con los puños. Ridiculizamos al mentecato que quería combatirnos, y enterramos con él a varias momias que andaban por ahí haciendo figura de hombres. Por la noche, en una velada, Urueta nos prestó sus mejores dardos y nos llamó «buenos hijos de Grecia». La *Revista Azul* pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos arrebatar la enseña, y la gente aprendió a respetarnos.

4°. La Sociedad de Conferencias. El viaje a Europa de Alfonso Cravioto dio fin a la *Savia Moderna.* Acevedo nos congregó en su taller, y fundamos la Sociedad de Conferencias para tener trato directo con los públicos, para hablar con ellos. El primer ciclo se dio en el Casino de Santa María. En cada sesión había un conferencista y un poeta. Así fue extendiéndose nuestra acción por los barrios burgueses. Hubo de todo: metafísica y educación, pintura y poesía. El éxito fue franco.

5°. La afición de Grecia era común, si no a todo el grupo, a sus directores. Poco después, alentados por el éxito, proyectábamos un ciclo de conferencias sobre temas helénicos. Fue entonces cuando, en el taller de Acevedo, sucedió cierta memorable lectura del *Banquete* de Platón en que cada uno llevaba un personaje del diálogo, lectura cuyo recuerdo es para nosotros todo un símbolo. El proyecto de estas conferencias no pasó de proyecto, pero la preparación tuvo influencia cierta en la tendencia humanística del grupo.

6°. Manifestación en memoria de Barreda. En 1908, decidimos honrar la memoria de Gabino Barreda, ante los ataques emprendidos contra la Escuela Preparatoria por los conservadores del periódico *El País.* Hubo una sesión en la Preparatoria; se organizó un acto teatral, una serie de discursos, y los discursos resultaron —aun sin habérnoslo propuesto—, algo como la expresión de un nuevo sentimiento político. Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen. Los

maestros positivistas, que esperaban una fiesta en su honor, quedaron tan atónitos como la gallina que crió los patos, y decidimos devolverles el dinero con que habían contribuido al alquiler de la sala. El periódico del régimen no pudo ocultar su sorpresa ante aquellos nietos descarriados del positivismo que, sin embargo, confesaban su solidaridad con la obra liberal de Barreda. Los oradores de aquel verdadero mitin filosófico —entre los cuales se contaban hombres de generaciones anteriores como Diódoro Batalla y Rodolfo Reyes— se percataron de que habían contraído ante la opinión un serio compromiso. En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución. Algún historiador político, Luis Manuel Rojas, lo reconoce así. De entonces parte lo que Vicente Lombardo Toledano ha llamado: «El sentimiento humanista de la Revolución mexicana».[33]

7°. Segundo ciclo de la Sociedad de Conferencias, esta vez en el Conservatorio Nacional, porque nuestras actividades se atreven ya a los teatros de Estado.

8°.En 1909, Antonio Caso da en la Escuela Preparatoria un curso de conferencias sobre la filosofía positivista, que acaba de definir la actitud de la gente joven frente a las doctrinas oficiales.

9°. A fines de ese año, fundación del Ateneo de la Juventud, cuya vida queda incorporada a la historia de nuestra literatura. Las sesiones públicas del Ateneo, en el salón de actos de la Escuela de Derecho, se suceden quincenalmente por varios años y dejan un surco duradero.

10°. 1910, el año del Centenario. En la misma Escuela de Derecho, abrimos una serie de conferencias, todas sobre asuntos americanos. Caso habla sobre el educador antillano Eugenio María de Hostos; Vasconcelos, de Gabino Barreda; Henríquez Ureña, de Rodó; González Peña, de Fernández Lizardi, «El Pensador Mexicano»; el español José Escofet —después director de *La Vanguardia*, de Barcelona— sobre Sor Juana Inés de la Cruz; yo traté sobre Manuel José Othón.

La nueva Universidad. Ese mismo año, Justo Sierra crea la Escuela de Altos Estudios y, agrupándola a las Profesionales, forma un cuadro semiautonómico que otra vez se atreve a llamarse Universidad, y que nada tiene de común con la antigua, la cual había entrado en agonía desde las reformas de Gabino Barreda.

La fundación de la nueva Universidad Nacional —apremia da por las fiestas del Centenario— acaso no fue preparada suficientemente en el orden administrativo. En rigor, lo que se fundó fue una junta coordinadora entre las diversas facultades ya existentes. Y la nueva Escuela, la de Altos Estudios, aunque contaba con dirección y local, comenzó a vivir en el papel. No ofrecía programa definido; no contaba con profesorado propio.

> La Escuela de Altos Estudios no reveló al público los fines que iba a llevar. No presentó planes de enseñanza; no organizó carreras. Sólo actuaron en ella tres profesores extranjeros, dos de ellos (Baldwin y Boas) ilustres en la ciencia contemporánea, benemérito el otro (Reiche) en los anales de la botánica americana; se habló de la próxima llegada de otros no menos famosos… Sobrevino a poco la caída del antiguo régimen, y la Escuela, desdeñada por los gobiernos, huérfana de programa definido, comenzó a vivir vida azarosa y a ser víctima escogida de los ataques *del que no comprende.* En torno a ella se formaron leyendas: las enseñanzas eran

abstrusas; la concurrencia, mínima; las retribuciones, fabulosas; no se hablaba en castellano, sino en inglés, en latín, en hebreo.

Las anteriores palabras no acaban de ser escritas con fin intencionado. Fueron pronunciadas por Henríquez Ureña hace veinticinco años, en su discurso sobre *La cultura de las humanidades.*

La Escuela de Altos Estudios debía servir asimismo de centro a los diversos institutos de investigación científica ya existentes. Los institutos nunca acudieron de buena gana al director de Altos Estudios. Los diputados, sin conocer la Escuela, decían que hablar de Altos Estudios en México (¡como si nunca antes los hubiera, sólo porque ellos los ignoraban!) era vestir de frac a un pueblo descalzo. Los fanáticos del antiguo positivismo, para quienes la sola palabra «universidad» parecía una ofensa, explotaron esta irritabilidad demagógica y comenzaron a clamar contra una institución destinada a otorgar doctorados, porque esto crearía una casta de mandarines. ¡Como si no fueran títulos igualmente destinados a conferir una categoría de cultura los antiguos títulos de las carreras!

Solitario en medio de este torbellino de absurdo, el primer director, D. Porfirio Parra, no lograba, aun contando con el cariño y el respeto de la juventud, reunir en torno suyo esfuerzos ni entusiasmos. Representante de la tradición *comtista,* heredero principal de Barreda, le tocó morir aislado entre la bulliciosa actividad de la nueva generación enemiga del positivismo (P. H. U., *loc. cit.*).

Han comenzado los motines, los estallidos dispersos, los primeros pasos de la Revolución. En tanto, la campaña de cultura comienza a tener resultados. Insistamos, resumamos nuevamente sus conclusiones. La pasión literaria se templaba en el cultivo de Grecia, redescubría a España —nunca antes considerada con más amor ni conocimiento—; descubría a Inglaterra, se asomaba a Alemania, sin alejarse de la siempre amable y amada Francia. Se quería volver un poco a las lenguas clásicas y un mucho al castellano; se buscaban las tradiciones formativas, constructivas de nuestra civilización y de nuestro ser nacional. Rota la fortaleza del positivismo, las legiones de la filosofía —precedidas por la caballería ligera del llamado antiintelectualismo— avanzaban resueltamente. Se había dado una primer sacudida en la atmósfera cultural. En regiones muy diferentes y en profundidades muy otras, pronto se dejaría sentir en todas partes el sacudimiento político.

Aquella generación de jóvenes se educaba, como en Plutarco, entre diálogos filosóficos que el trueno de las revoluciones había de sofocar. Lo que aconteció en México el año del Centenario fue como un disparo en el engañoso silencio de un paisaje polar: todo el circo de glaciales montañas se desplomó y todas fueron cayendo una tras otra. Cada cual, asido a su tabla, ha sobrenadado como ha podido; y poco después los amigos dispersos, en Cuba o Nueva York, Madrid o París, Lima o Buenos Aires —y otros desde la misma México— renovaban las aventuras de Eneas, salvando en el seno los dioses de la patria—. ¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable, o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas! Preside las conversaciones un busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convirtiéndolo en un convidado grotesco. Y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere; y cuando importuna demasiado, se le hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato salvaje,* no corre el tiempo. Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor; y cuando a las tres de la madrugada, Vasconcelos

acaba de leernos las meditaciones del Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque —alega— la conversación apenas comienza a ponerse interesante.[34]

Conviene saber que, para esa fecha, nuestras reuniones nocturnas del barrio de Santa María comenzaban a inquietar al gendarme. Lo que nos llenaba de orgullo, recordándonos a los poetas «lakistas», que salían al campo para charlar a sus anchas, que se hacían por eso sospechosos, y de quienes dicen los testimonios policiales que sin duda se sabían vigilados, porque con frecuencia se les oía nombrar al «espía narigudo» (Spinoza, pronunciado a la inglesa). Los cuatro amigos pasábamos las noches de claro en claro, entregados a estudios y discusiones. Vasconcelos estaba francamente comprometido con los conspiradores. Entre burlas y veras, pedí a Vasconcelos que, cuando partiera a la revolución, me dejara en prenda su magnífica *Encyclopædia Británica* para, en su ausencia, disfrutarla. Una mañana, al abrir los ojos, me encontré con los volúmenes alineados sobre mi mesa: Vasconcelos había partido. E hice pasar la contraseña convenida entre los compañeros: «Mambrú se fue a la guerra».

La segunda campaña. Y aquí se abre la segunda campaña, en cuatro batallas principales:

1°. La ocupación de la Universidad. —Poco antes de la muerte del maestro Parra, Antonio Caso había presentado, en la nueva Escuela, con éxito ruidoso y lleno de augurios, su curso libre y gratuito sobre filosofía. Justo Sierra, que con tanta lucidez comprendió la sed de nuestra mente, aludía, al inaugurar la Universidad, a la filosofía: «Aquella vaga figura de implorante —dice— que ronda en vano los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial». A Antonio Caso, que ya había iniciado la obra desde su curso de sociología en la Escuela de Derecho, corresponde la honra de haber conducido otra vez a la filosofía hasta la cátedra. Con él se inaugura también la costumbre de los cursos libres y gratuitos que nos permitiría posesionarnos de la Escuela de Altos Estudios, merced a la comprensiva acogida de los sucesivos directores, Pruneda y Chávez. En adelante, Caso domina el panorama intelectual de México, hasta el regreso de José Vasconcelos. El diálogo entre ambos, borradas ya las diferencias que nunca debieron existir y que tanto daño causaron a la generación que nos sigue, será, con el tiempo, uno de los más hermosos capítulos de la cultura mexicana.

2°. La Universidad Popular. —Entre tanto que ponemos sitio a la Universidad desde la escuela de mayor jerarquía, no abandonamos nuestras libres labores. Con el tiempo, el Ateneo fue siendo menos exclusivamente literario, y su misma latitud le quitaba necesidad. De paso, la falange se había engrosado con elementos de otras esferas. El doctor Pruneda —después rector de la Universidad Nacional— está con nosotros; y nuestro aliado más eminente en el gobierno fue entonces Alberto Pani. De los Estados Unidos, ha regresado Martín Luis Guzmán —mente clara, pluma de primera—, que luego figurará en la política y en las letras, en México y en España, y cuyos relatos y memorias son un punto de partida, una base para la historia de los

últimos lustros. Un secreto instinto nos dice que pasó la hora del Ateneo. El cambio operado a la caída del régimen nos permitía la acción en otros medios. El 13 de diciembre de 1912, fundamos la Universidad Popular, escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias. Los periódicos nos ayudaron. Varias empresas nos ofrecieron auxilios. Nos obligamos a no recibir subsidios del gobierno. Aprovechando en lo posible los descansos del obrero o robando horas a la jornada, donde lo consentían los patrones, la Universidad Popular continuó su obra por diez años: hazaña de que pueden enorgullecerse quienes la llevaron a término. El escudo de la Universidad Popular tenía por lema una frase de justo Sierra: «La Ciencia protege a la Patria».

3°. La primera Facultad de Humanidades. —Entre tanto, a pesar de que Pani ocupaba la Subsecretaría de Instrucción Pública, Caso la Secretaría de la Universidad Nacional y Pruneda la Dirección de la Escuela de Altos Estudios, esta escuela sólo acertaba a vivir disimulándose, y sólo se mantenía por el desprendimiento de los jóvenes. Al curso honorario de Caso, sigue el del matemático Sotero Prieto. Y aunque de repente acontece el golpe de Victoriano Huerta, la obra continúa. Accede a la dirección de Altos Estudios don Ezequiel Chávez, congrega valientemente a los jóvenes, y se crea una facultad de humanidades enteramente gratuita para el público y para el Estado, donde por primera vez se oyen los nombres de estas asignaturas: estética, por Caso; ciencia de la educación, por Chávez; literatura francesa, por González Martínez; literatura inglesa, por Henríquez Ureña; lengua y literatura españolas, por Reyes. Otros maestros de autoridad y experiencia nos acompañan: el matemático don Valentín Gama, el filólogo Jesús Díaz de León, y también los arquitectos y críticos de arte Lazo y Mariscal. Otro joven, Mariano Silva, se encargó del latín. Todavía era, como diría Vasconcelos en sus conferencias de Lima, «el latinista que por culto a la perfección apenas osa escribir». Venía Silva de la provincia michoacana, cuna de tradiciones y de buena repostería: traía unos bigotes largos y rubios y una cara de galo dulcificado por el cristianismo. Traducía a Prudencio. Poco a poco empezó sus escarceos personales con cierto *Entremés de las esquilas*, en que dialogan figuradamente los bronces de la Catedral; y al fin se abrió un sitio en el cuento, el cuento nacional (¡inolvidable su interpretación de Juan Diego, el del mito guadalupano!), donde el nombre mismo de México adquiere singular elegancia. Conmovía el ver concurrir juntos a aquellas cátedras a ancianos como Laura Méndez de Cuenca, delegada de otra edad poética, y a adolescentes de los últimos barcos, entre quienes se reclutaría años después la pléyade conocida por el nombre de los Siete Sabios. Allí aparecieron Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint, Alberto Vázquez del Mercado y Xavier Icaza. Pronto vendrían Lombardo Toledano y Gómez Morín, hoy en opuestos polos.

4°. Conferencias en la Librería de Gamoneda. —Se acerca el periodo más

violento de nuestras luchas. La actividad literaria comienza a ser una heroicidad. Los incansables amigos organizan todavía conferencias públicas. Acevedo diserta sobre arquitectura virreinal y abre derroteros a los colonialistas; Ponce, sobre música popular mexicana, que estaba esperando su crítico; Gamboa —hombre de otros tiempos, hombre ya sin tiempo— sobre la novela nacional; Urbina, el aliado de los jóvenes, sobre aspectos de nuestras letras, en que pone a contribución su reconcentrada índole mexicana; Pedro Henríquez Ureña establece entonces el mexicanismo de Ruiz de Alarcón, tesis llamada a larga fortuna; Caso trata de Bergson y la filosofía intuicionista. ¡Y esto, en qué momentos de desorientación y de luto! «Es un testimonio —me decía Bergson asombrado— no poco consolador sobre las posibilidades del espíritu ante las fuerzas oscuras del desorden.» Parece increíble, en efecto, que en aquellos días aciagos, Castro Leal escribiera revistas teatrales en pro de la *Cándida*, de Bernard Shaw, y que hubiera representaciones de Wilde; que el Marqués de San Francisco tuviera la calma de continuar sus investigaciones sobre la miniatura en México; o Torri aprovechara el fuego mismo del incendio para armar sus transcendentales castillos de artificio.

Vuelve la Revolución con Carranza, para vivir de convulsiones hasta el año de 1920. La generación sacrificada aún tiene fuerzas para sacar la revista *Nosotros*. González Martínez reúne los miembros dispersos en su revista *Pegaso*. Pablo Martínez del Río, en el número único de *La Nave*. La literatura continúa como puede en medio de las luchas civiles. En los peores años, de 1914 a 1916, la labor editorial de México es abrumadora y superior a cuanto habíamos conocido hasta entonces. Después vendrán la formidable obra educacional de Vasconcelos, la excelente tarea organizadora de Genaro Estrada. Aparecerán nuevos nombres: Ramón López Velarde, estrella fugaz en nuestro cielo poético. De Europa vuelve Diego Rivera, que es toda una época por sí solo. El país cobra conciencia de su carácter propio. Ya el año del Centenario está muy lejos. Ya se lo recuerda con trabajo. Tal vez se lo quisiera olvidar. Será imposible: entre sus vagidos y titubeos, abrió la salida al porvenir, puso en marcha el pensamiento, propuso interrogaciones y emprendió promesas que, atajadas por la discordia, habrá que reatar otra vez al carro del tiempo. A la hora del examen de conciencia —esa media noche del espíritu en que quisiéramos comenzarlo todo de nuevo— el faro de la etapa simbólica todavía puede iluminarnos.[35]

México, septiembre de 1939

Nuestra lengua

1. Generalidades

1. EL *HABLA* es el don de hablar, característica del hombre, que los animales sólo manifiestan en rudimentos, aunque a ellos les bastan para entenderse entre sí.

2. Por una parte, el hombre ha hecho el habla; por otra, el habla ha hecho al hombre: dos agentes que se modelan el uno al otro. El que deseaba labrar una estatua hizo un cincel: el cincel lo hizo poco a poco escultor.

3. El habla es una especialización oral de las señales que hace nuestro cuerpo para expresar lo que desea. Aunque esta especialización oral venció, por cómoda y económica, a las otras señales, éstas quedan aún junto al habla, sea que la refuercen o simplemente la acompañen, en los ademanes y en los gestos.

4. La *escritura* vino muchos siglos después para enviar a distancia, con la mayor exactitud posible, las señales del habla —concepto de fijación en el *espacio*—, y también para guardar las expresiones y el contenido del habla de modo que «no se lo lleve el viento» o no se olvide —concepto de fijación en el *tiempo*—. A la escritura propiamente tal precedieron varios sistemas aproximados, como esos signos que aún se usan en las carreteras, etc. Y para los mensajes a distancia, se usaron y aún se usan varios recursos auxiliares: los tambores y leños huecos o las fogatas del primitivo, las marcas del cuchillo en los árabes, los «telégrafos» de banderines y luces en los barcos, el verdadero telégrafo eléctrico, el teléfono, la radioemisión, etcétera.

5. El *lenguaje* es el cuerpo de expresiones orales en que se

manifiesta el don del habla. Merced a la facultad del habla, el hombre posee un *lenguaje.* La *lengua* —o también el idioma— es el *lenguaje* que habla determinada comunidad: español, inglés, francés, nahua. Se dice «el *lenguaje*», en general; se dice «los idiomas», «las lenguas», conjunto de particularidades; o, concretamente, «esta lengua», «aquel idioma».

6. Habla, lenguaje, lengua, idioma son términos que se usan con cierta indiferencia unos por otros. La frontera no está trazada. El objeto de haberlos distinguido aquí ha sido tan sólo el explicar algunas nociones principales, de la más abstracta a la más concreta. Por *habla* suele entenderse también la selección personal que cada uno hace habitualmente dentro de su lenguaje: «En el *habla* de Fulano no está el llamar *ebrio* al *borracho*».

7. El habla, y por consecuencia el lenguaje, los idiomas o lenguas, *no se han ajustado absoluta y totalmente a un sistema mental inflexible.* Aunque la inteligencia y la razón los han tutoreado en mucha parte, también en mucha parte han crecido espontáneamente como los árboles.

8. La *gramática* da las reglas de los usos que se consideran preferibles, pero ni

puede abolir los demás usos, ni es siempre indispensable que lo haga (fuera del trato de buena educación o las funciones de la cultura), ni ella misma logra defenderse del empleo inveterado de forma ajenas a toda lógica. Por ejemplo: saltar la comba —que aquí decimos «la cuerda»— «a pie juntillas», frase que se considera correcta, aunque lógicamente debiera ser: «a pies juntillos».

9. En nuestro lenguaje se descubren fácilmente *residuos del pensar primitivo,* que no corresponden al estado actual del conocimiento o la ciencia, y bien mirado hasta pueden ser antropomorfismos risibles, como el atribuir sexo a los objetos mediante los llamados «géneros», declarándolos convencionalmente masculinos o femeninos: *El* banco; *la* silla, *el* sol, *la* luna. Para estas últimas palabras la convención es inversa en alemán, donde *Sonne* es femenino, y *Mond* masculino. Por aquí se ve lo arbitrario y casual de estas atribuciones.

10. El lenguaje, y por consecuencia los idiomas o lenguas, no ofrecen *formas fijas* y nacidas de una vez para siempre en el estado que nos es habitual, en el que usamos. Se han modificado con el *tiempo* y se modifican en el *espacio.* El español que hoy hablamos no es igual al español del *Poema de Mío Cid* (siglo XII). Y, dentro de una sola época, la nuestra, el lenguaje del norte de Francia difiere un poco del lenguaje del mediodía. No se habla español exactamente lo mismo en las Provincias Vascongadas que en Aragón o en Andalucía. Hay diferencias entre el lenguaje del norte de México (digamos, Monterrey) y el del sur (digamos, Mérida); entre el del este (digamos, Veracruz); y el del oeste (digamos, Guadalajara). En general, no se habla el español lo mismo en España que en Hispanoamérica o en Salónica.

11. Esta variabilidad del lenguaje no es consecuencia única de la variabilidad del tiempo y del espacio; sino que el lenguaje, corriendo como un río por distintos cauces (distintos ambientes naturales, comarcas donde quedan residuos de distintas lenguas anteriores, o que sufrieron distintas invasiones de otros pueblos de diverso idioma, o simplemente contactos y vecindades con distintos grupos extranjeros), acarrea al paso variados sabores y matices; ya en la construcción de frases, ya en la forma de las palabras, ya en las pronunciaciones, acentos, «tonadas» y maneras de hablar.

12. Un idioma varía con el tiempo, con el espacio, con las circunstancias de su desarrollo. Nunca está completo en parte alguna. Nunca acabado de hacer en ningún momento. Por eso resulta una falsedad ese criterio que atribuye al idioma una entidad final y absoluta. Por ejemplo, se dice y repite: «En aquella época la lengua no estaba aún madura». ¿Madura con respecto a qué modelo ideal? La lengua de cada época está prácticamente madura para tal época. Si resucitara un hombre de la Edad Media, nuestra lengua no le parecería cosa madura, sino una incómoda corrupción.

2. Latín y romances

1. Así pues, la vida de las lenguas se reduce a la evolución o cambio en el espacio y en el tiempo. Y esto aconteció con la antigua *lengua latina,* una de las más

importantes del importantísimo grupo o conjunto de lenguas emparentadas llamado *indoeuropeo*. Los cambios se fueron acentuando, y al fin sucedió como si el latín anterior hubiera tenido un puñado de hijas: nuevos estados, nuevas apariencias de la madre. Ayer se consideró que estas transformaciones eran decadencias. Un secreto instinto policiaco de perseguir y delatar culpas presidía a estos juicios. Hoy se entiende y admite que las transformaciones son legítimas, por responder a las nuevas condiciones y necesidades de distintos lugares y tiempos.

2. La lengua latina, conforme se deshacía la unidad del antiguo Imperio Romano, fue dando origen, por toda la antigua Romania o sea en los distintos territorios de su dominio, a las llamadas *lenguas románicas* o romances: el italiano, el francés, el provenzal, el catalán, el *español*, el portugués, el indeciso reto-romano (valles alpinos al nordeste de Italia y al sudeste de Suiza), y finalmente el rumano, en la antigua Dacia romana, hoy muy mezclado de vocabulario eslávico y otros elementos.

3. Había en la Antigüedad *dos latines*. Uno es el latín literario en que escribieron Horacio y Cicerón; suerte de lengua artificial e instrumento de la cultura. Otro era el latín de la conversación y el uso diario, el latín vulgar, que se siguió hablando en los lugares conquistados por Roma aun después del año 476, caída del Imperio Romano. Aunque en estos lugares había funcionarios y oficiales que escribían la lengua literaria y hablaban el latín vulgar de la gente educada, los dominaba numéricamente la inmensa población de soldados, colonos y campesinos que hablaban todavía más a lo plebeyo el latín vulgar, y que además se dejaban influir por los contactos con los pueblos nativos, de hablas diferentes. Y todos estos factores, obrando de consuno, fueron dando origen a las mescolanzas de que han nacido los romances. Singularmente cuando las invasiones bárbaras dejaron a cada antigua colonia entregada a sus propias fuerzas.

Así acontece por toda la antigua Romania. En la alta Edad Media, hasta hubo Padres de la Iglesia que recomendaban a los predicadores usar en sus homilías y sermones ese latín ya adulterado y plebeyo, para que mejor los entendiera la gente humilde, las ovejas predilectas del cristianismo.

4. Van configurándose los *romances*, que todavía se deshacen por las orillas, y dan, como brotes, unas seudolenguas ya de tercera instancia o *dialectos*. Dejaremos a los pobres dialectos, aunque sean también brotes legítimos, en su mala opinión y su fama equívoca (¡otra vez el prejuicio policiaco que tanto ha enturbiado los estudios lingüísticos!), para sólo hablar ya del español, nuestra lengua.

3. El español

1. Nuestra lengua, el *castellano* que se llamará *español*, cuando domine prácticamente al país, entra desde el norte de España como una cuña o cuchilla, y luego se expande hacia los litorales que, en sus peculiaridades propias, ofrecen ciertas semejanzas. El castellano nunca pudo nivelar esas disidencias. Entre el castellano y

las zonas que no llegó a invadir del todo hay, naturalmente, zonas intermedias. Y hoy casi podemos decir que el español defiende su dominios actuales con un sonido gutural y tajante, que le es bien característico: reina plenamente el español, hoy por hoy, dondequiera que se escucha la *j*, dondequiera que se esgrime al hablar el machete de la *j*.

2. Al correr del tiempo y según las vicisitudes históricas, la lengua española ha recibido, sobre la masa original del latín vulgar vuelto romance, ciertos elementos de otras lenguas peninsulares prerrománicas: elementos ligures, turdetanos, vascos, fenicios, cartagineses, griegos; y luego, aportaciones de lenguas no peninsulares, como los términos guerreros y otros tomados a las hablas germánicas, las palabras árabes —más bien para la administración y la cultura—, etcétera.

3. Entre todas estas lenguas peninsulares ajenas al romance, el caso más singular es el caso del vasco, vascuence o vascongado, «sagrado chorro de piedras» que decía un poeta. Esta extraña lengua quedó enquistada en la península como una supervivencia de remotas edades. Ha dado lugar a muy detenidas investigaciones y también a las fantasías más desorbitadas. Tiempo hubo en que se la declaró la lengua del Paraíso. La ciencia ofrece hoy, sobre su origen, tres hipótesis principales: *a)* que es lengua camitica, africana, afín del bereber, el copto, el cusita y el sudanés; *b)* que es lengua fundamentalmente caucásica; *c)* que es una mezcla de ambas corrientes.

4. Los varios romances, hijos del latín, palpitan ya a principios del siglo VIII. Cuando los árabes invadieron a España, ésta conservaba la unidad lingüística, el latín de su tiempo, abuelo del castellano.

Los hispanorromanos que se refugiaron en el norte fueron ensanchando su dominio a partir del siglo XI. A esto se llama la «Reconquista». Para esos días, en España hay ya un mosaico de lenguas: además del castellano, hay el catalán, el gallego-portugués, el leonés y el mozárabe llamado a desaparecer.

5. La lengua castellana o romance vulgar comienza a configurarse de modo titubeante desde el siglo IX hasta el siglo X. Los diplomas y documentos notariales de la época, que pretenden redactarse en latín, se van dejando penetrar cada vez más por el nuevo modo de hablar como por una humedad del subsuelo. En las *Glosas emilianenses* y en las *Glosas silenses* (monasterios de San Millán y de Silos), ambas del siglo X, estas nuevas formas se usan ya de modo consciente.

6. Entre tanto, por influencia de los inmigrantes «francos», aparecen los primeros galicismos, cuya introducción no ha de cesar ya a lo largo de la Edad Media. Naturalmente, esos galicismos han dejado de serlo, han sido ya absorbidos por el castellano y pertenecen a su auténtico patrimonio: *homenaje, mensaje, palafrén, deleite, vergel, manjares, viandas,* etc. Así ha sucedido ya en nuestros días con los anglicismos «mitin», «líder», «club». Estas absorciones de vocablos extranjeros forman parte del desarrollo normal de los idiomas. Hoy estamos plenamente seguros de que estamos hablando español cuando usamos palabras de diverso origen, como «arroyo» (voz de sustrato prerromano), «pájaro» (derivada del latín), o «alcázar»

(procedente del árabe) (ver I, 12 y IV, 5).

7. La épica naciente canta ya a los Condes de Castilla, llora a los Infantes de Lara y a Sancho II, caído en el sitio de Zamora. Pronto ocurre en toda la Romania algo como un desperezo que hoy llamaríamos «nacionalista», manifiesto anhelo de poner en valor, y en la lengua que de veras se habla, las realidades actuales y circundantes. Ello determina el triunfo del romance. El latín queda relegado a la función de lengua auxiliar. Las hijas se emanciparon de la madre, y la confinaron en los menesteres humildes propios de la vejez. Antes de mediar el siglo XII, con el cantar de *Mío Cid*, la lengua entra ya por el camino real de la literatura. En el siglo XIII, la adopción del romance es definitiva.

8. Pero no nacen a un tiempo todos los géneros. Don Alfonso X el Sabio, gran organizador de la prosa histórica y didáctica, se pasa de buena gana al gallego-portugués cuando quiere ejercitarse en la poesía lírica y cantar a la Virgen María, como si todavía la adusta lengua castellana no se acostumbrara a estos primores y encantos métricos.

Sin embargo, de tiempo atrás las intenciones líricas del castellano venían ensayando salidas aventureras. Había canciones en árabe o en hebreo (las *muwachahas*) que admitían, hacia el final, y a modo de lujo, palabras y aun frases enteras en romance (las *jarchas*). Se asegura que esta singularidad comenzó a principios del siglo X, pero la mayoría de estas canciones data de los siglos XI y XII, hay unas tres en el siglo XIII, es decir, en tiempos de Alfonso el Sabio, y aún aparece alguna en pleno siglo XIV, sin duda manifestación artificial de arcaísmo.

9. Echa a andar la lengua española. A la etapa arcaica sucede la prosa de Alfonso el Sabio. El español medieval se acerca al humanismo (siglo XV), y aparece el español llamado por los filólogos «preclásico». De 1525 en adelante, entramos en el Siglo de Oro, y la gran expansión imperial de España se refleja en la nueva musculatura de la lengua. El español ha llegado a ser lengua universal, y se permite las audacias barrocas (gongorismo, conceptismo). Y nos asomamos a América.

10. Como resultado de emigraciones y conquistas, la lengua española —además de hablarse en la península— se habla hoy en nuestras Américas continentales e insulares, en las Filipinas y en las Canarias, en regiones de África, Turquía y Grecia, y en el sudoeste de los Estados Unidos, que antes fue región hispanomexicana.

4. América y México

1. Acercándonos a lo nuestro, y acéptese o no la hipótesis del «andalucismo americano», conviene recordar estos hechos: *1)* la proporción de andaluces, extremeños y murcianos que pasaron a la conquista de América parece haber sido de un 50 por ciento; *2)* Sevilla y Cádiz monopolizaron durante los dos primeros siglos el trato y comercio con América o, como se decía entonces, con las Indias; *3)* en el siglo

XVI acontece una intensa transformación fonética en la lengua peninsular. El español que se hablaba entonces es más o menos el que llevaron a Oriente los sefarditas expulsados de España. Pero esta lengua se estancó entre los judeo-españoles, y allá conserva hasta nuestros días abundantes formas anticuadas. En América, al contrario, la transformación se acentuó de la manera que todos conocemos.

2. En el grupo hispanoamericano, se dibujan con mayor o menor aproximación cinco zonas lingüísticas: *1)* una zona de Estados Unidos, la meseta mexicana y parte de Centroamérica; *2)* costa mexicana del Golfo, parte de Centroamérica, las Antillas, Venezuela y una faja del litoral colombiano; *3)* el resto de Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia; *4)* la zona rioplatense, con el Paraguay por centro, y *5)* Argentina y Chile. Téngase en cuenta que este trazo es todavía muy indeciso. El verdadero mapa lingüístico de nuestras Américas está todavía por hacer.

3. El principio de economía de Fermat es tan válida en física como en fisiología y en psicología. Desde luego, este principio tampoco puede ser ajeno a las evoluciones lingüísticas. Tal principio pemite asegurar desde ahora que el español del futuro evolucionará hacia el ahorro de esfuerzo. Acaso acabe por imponerse el modo de hablar hispanoamericano. Este modo de hablar se considera sumariamente como el «andalucismo de América». Pero procede más bien de los vulgarismos y plebeyismos comunes a la soldadesca peninsular reclutada para la conquista. Desde luego, hay vastas regiones de España que confunden, como América, la *z* o la *c* suave con la *s*, y donde espontáneamente se pronuncia la *y* en vez de la *ll* castiza, la cual se aprende artificialmente a pronunciar en las escuelas. Si en efecto la evolución se encaminase por la línea de la economía o comodidad, el término extremo pudiera llegar a ser el «antillano», que, por huir los tropiezos de las consonantes, se deshace a veces en un verdadero flujo de vocales. (Recuérdese el juego verbal llamado precisamente «fuga de consonantes».) Si así fuere, acontecería algo semejante a lo que aconteció cuando aparecieron las lenguas romances, que poco a poco tomaron el sitio de la lengua madre latina. Las hijas americanas estarían entonces llamadas a recoger la deslumbrante y honrosa herencia peninsular, pues hay un paralelismo entre la latinización de España y la hispanización de América. En estos casos, no es indiferente en manera alguna la situación que ocupan los pueblos en el mundo. La decadencia o el florecimiento políticos determinan decadencias o florecimientos lingüísticos. No sabemos lo que el porvenir nos depara.

Por supuesto, esta evolución, si llega a acontecer, todavía requerirá algunos siglos, y más de los que requirió la transformación del latín en romance, pues los elementos de comunicación son hoy mil veces más activos y eficaces que entonces, así como los recursos de fijación por medio de la cultura lingüística. Además España e Hispanoamérica hablan por suerte la misma lengua, y la evolución posible abarcaría a ambas, no habrá una verdadera separación como entre el latín y los romances.

4. En México hay cuatro zonas lingüísticas que se distinguen fácilmente: *1)* el norte de la República, no tan uniforme como parece; *2)* la altiplanicie central,

dominada por la ciudad de México que le imprime su carácter, como Castilla lo imprime a España; *3)* las «tierras calientes» de la costa oriental, sobre todo Veracruz y Tabasco; *4)* la península de Yucatán, cuyas características comienzan en el estado de Chiapas y se alargan hacia Centroamérica.

5. Sin pretender en modo alguno agotar el tema, que requiere estudios especiales, sean a título de ejemplo unas cuantas peculiaridades mexicanas.

De una manera general, se advierten en nuestra pronunciación las tendencias a suavizar la *j,* haciéndola más delantera o acercándola un poco a la *h* inglesa; a prolongar un poco la *s,* no encorvando la lengua hacia arriba como en España, sino manteniéndola plana, al modo de la *s* francesa; singularidad de la ciudad de México sobre todo, que ha hecho decir a un dominicano: «Esto es un mar de *eses,* del cual emerge uno que otro sonido»; lo que recuerda un poco la pronunciación guipuzcoana, donde al «cocido» le llaman «loss cossidoss», plural que aumenta la extrañeza. También se advierte la inclinación a convertir la *ll* y la *y* en *g* sonora francesa, por las regiones de Puebla y Orizaba y quizá otras, como se hace en la Argentina, apretando las consonantes, al revés de lo que pasa en Veracruz o en las Antillas, de modo que aquí se da una «fuga de vocales». Nuestro gran poeta Luis G. Urbina solía saludar a sus amigos con esta frase: *«¿Cóm t' va viejcit?».* También se tiende a articular con exceso las pronunciaciones difíciles: *exactitud* en lugar de *esatitú* que generalmente se permite el pueblo español. A veces este escrúpulo llega a excesos que hacen sonreír un poco a los españoles ante los turistas de nuestro país. (Esta exageración del cultismo puede relacionarse con cierto alambicamiento en las expresiones: «No pude *localizar* a Fulano»: en vez de *encontrarlo* o *dar con él.)* En cuanto al vocabulario, naturalmente influyen los estratos de las distintas lenguas indígenas. Y quedan, en el habla culta, formas anticuadas como «fierro» por «hierro», sin contar las que se conservan en el campo y entre la gente humilde, como «truje» por «traje», «priesa» por «prisa» o «mesmo» por «mismo»: todo ello, supervivencias del siglo XVI en que por primera vez nos visitó la lengua española.

La influencia predominante de la cultura francesa en cierta época trae una contribución de galicismos, no sólo a México, sino a toda Hispanoamérica («capitoso», por «embriagador» en ciertos poetas del Modernismo): y hoy se deslizan numerosos anglicismos en México por la vecindad con los Estados Unidos y las mutuas relaciones cada día más estrechas de la economía, la industria, los deportes. Nótese que la misma Intervención Francesa dejó residuos entre nosotros («mariachi» —música para la boda o *mariage*— y, hasta hace varios lustros, «el versa», como se llamaba en los restaurantes capitalinos de lujo al que servía el café). Y adviértase que aun las cartas o minutas de los restaurantes contribuyen a la introducción de extranjerismos.

En cuanto a las construcciones, la variedad es mucha, pero, en suma, el mexicano no tiene que vencer demasiadas resistencias para conformarse con el ideal general de la lengua. No tenemos *voseo,* sino que somos región de *tuteo.* Y ya en Chiapas, por

ejemplo, se encuentran algunas formas verbales típicas de la América del Sur, como «sentate», por «siéntate», etcétera.

Algunos verbos transitivos y algunos neutros se usan impropiamente con el pronombre *se* (ya haciéndolos dativos éticos, o ya reflexivos, como les llama la gramática): «se raptó a una mujer», «el ganado *se* abreva», en vez de «raptó» y «abreva», sin el *se*.

Los falsos cultismos, los alambicamientos de expresión y los barbarismos se perciben ahora más que antes entre la gente muy diversa y de muy distintas clases y niveles que recluta la radio.

Hay ciertas tendencias estilísticas propias, como en todas partes, y una muy peculiar es el empleo cariñoso de los apodos que designan defectos o mutilaciones de la persona: «¿Qué me cuentas, *cojito*?» «¿Qué pasa, *tuertito*?»

El uso y abuso del diminutivo es característico: un «ratito», un «ratitito», «tantito», «merito», «lejitos».

Se abusa mucho de *qué* en las preguntas «¿Qué mañana estarás en tu casa?» en vez de: «¿Estarás mañana en tu casa?». Se usa con frecuencia el *hasta* al réves: «Estaré en casa *hasta* las once», cuando se ha querido decir: «*No* estaré en casa *hasta* las once, pues antes andaré en negocios por la calle». Hay torpeza en algunos empleos del *en:* «Te veré *en* la tarde». En vez de «por la tarde», o «a la tarde», etcétera.

Así como en España, algunos tienen el abominable vicio de salpicar las frases con vaciedades como «¿me entiende Ud.?», «¿verdad?» y otras al mismo tenor («Anoche ¿verdad?, estaba yo cenando, ¿me entiende Ud.?, cuando se oyó un tiro»), así en México padecemos el abominable vicio de meter por dondequiera en las frases el estribillo «este», sin duda para cubrir momentáneos oscurecimientos mentales. El resultado es una suerte de insoportable tartamudeo psicológico: «Anoche, *este,* a la hora de cenar, *este,* se me ocurrió, *este*, que hoy podríamos tratar nuestro asunto».

Y una condición ya más social que lingüística está en el deseo predominante de hablar en medio tono y sin levantar mucho la voz. El español peninsular habla generalmente en voz más alta y, comparada con la nuestra, algo imperiosa en apariencia, lo que desconcierta un poco a los mexicanos cuando van por primera vez a España.

Ya se ve que la observación anterior no es una censura, pero aun las censuras que arriba quedan mencionadas no significan que todo sea error en la manera de hablar de los mexicanos, la cual, por lo contrario, ofrece manifiestos encantos y atractivos como lo reconocen propios y extraños: así la conservación de ciertos términos castizos y legítimos que en España van cayendo en desuso («angosto» por «estrecho», como allá dicen casi siempre); la conservación de ciertos sentidos propios que en España se han pervertido (allá dicen «hábil» para decir «bribón»); la tendencia natural a la rotundidad de las frases y su construcción coherente, en vez de las frases que empiezan por dondequiera y acaban de cualquier modo, vicios que en otras partes

se advierten con alguna frecuencia; la manifiesta pulcritud de algunos usos en labios plebeyos (aquí nadie dice «*me se olvidó*»); y un *no sé qué* de la antigua cortesía nacional que ha logrado salvarse a despecho de las violentas transformaciones, etc. A esto pudiéramos fácilmente añadir otras condiciones recomendables en la lengua de los mexicanos, pero ello nos llevaría muy lejos.

Dejamos fuera de este rápido análisis muchísimas otras peculiaridades secundarias o regionales que han sido objeto de abundantes monografías. Se ha dicho que la conquista lingüística de México no ha terminado aún.

6. Por toda España y desde el Bravo hasta Patagonia —las zonas por excelencia de la lengua española— se da naturalmente, como sucede en otras lenguas, el duelo entre el «academismo» por una parte, o tendencia a seleccionar, sobre la masa común de la lengua, lo que parece más recomendable y propio de la gente educada, y por otra parte, el «popularismo» o deseo de aceptar cuanto se dice, sin calificarlo ni someterlo a censura. Este duelo se da en mayor o menor grado y aparece cruzado de ciertas corrientes transversales. Así, se creería al pronto que en España predomina el academismo en la lengua común, cuando lo cierto es que, en algunas clases sociales de Hispanoamérica, muchos modos peninsulares parecen plebeyos, y que estas clases hispanoamericanas exageran su esfuerzo por hablar con decencia hasta el alambicamiento (ya lo observamos antes de paso), así como también se resisten más al neologismo que el público y el lector españoles. ¿Acaso, como se ha afirmado, se siente América menos dueña de la lengua que España? Esta afirmación es algo ligera y apresurada, algo sumaria aunque seductora a primera vista.

La Academia Española, a través de su órgano que es el Diccionario, procede con justa cautela ante neologismos, regionalismos y americanismos, y en cambio, como el Diccionario es obra acumulada de varias generaciones, en él se conservan inconscientemente términos ya incomprensibles o muy anticuados. Ante esta actitud, se alza la de muchas autoridades que ya no soportan un Diccionario *antológico*, sino que desean un Diccionario con las puertas abiertas de par en par a cuanto se dice y se habla. Y lo que se aplica al léxico en los diccionarios, puede aplicarse a las morfologías, la pronunciación, la sintaxis.

Entre uno y otro extremo hay que buscar un cuerdo equilibrio, con miras siempre a respetar la unidad, la base idiomática de la lengua. Así lo reconoce la Academia Española, que ya en su Diccionario Manual da un paso prudente hacia la transacción. La nueva edición de su Diccionario oficial muestra en tal sentido un notable progreso, y útilmente ha emprendido trabajos lexicográficos de suma importancia que poco a poco han de publicarse.

Este género de problemas que el físico llama «problemas del equilibrio dinámico o equilibrio en movimiento», más que asunto de teoría y doctrina son asunto de instinto, sentido práctico, tacto y buen gusto.

Aquí sucede lo que con las Constituciones democráticas: que el pueblo soberano siempre tiene derecho a modificarlas o a cambiarlas por otras, pero si lo hace todos

los días nunca vivirá conforme a una política civilizada.

Palinodia del polvo

¿ES ÉSTA la región más transparente del aire? ¿Qué habéis hecho, entonces, de mi alto valle metafísico? ¿Por qué se empaña, por qué se amarillece? Corren sobre él como fuegos fatuos los remolinillos de tierra. Caen sobre él los mantos de sepia, que roban profundidad al paisaje y precipitan en un solo plano espectral lejanías y cercanías, dando a sus rasgos y colores la irrealidad de una calcomanía grotesca, de una estampa vieja artificial, de una hoja prematuramente marchita.

Mordemos con asco las arenillas. Y el polvo se agarra en la garganta, nos tapa la respiración con las manos. Quiere asfixiarnos y quiere estrangularnos. Subterráneos alaridos llegan solapados en la polvareda, que debajo de su manta al rey mata. Llegan descargas invisibles, ataque artero y sin defensa; lenta dinamita microbiana; átomos en sublevación y en despecho contra toda forma organizada; la energía supernumeraria de la creación resentida de saberse inútil; venganza y venganza del polvo, lo más viejo del mundo. Último estado de la materia, que nació entre la bendición de las aguas y —a través de la viscosidad de la vida— se reduce primero a la estaturaria mineral, para estallar finalmente en esta disgregación diminuta de todo lo que existe. Microscopía de las cosas, camino de la nada; aniquilamiento sin gloria; desmoronamiento de inercias, «entropía»; venganza y venganza del polvo, los más bajo del mundo.

¡Oh desecadores de lagos, taladores de bosques! ¡Cercenadores de pulmones, rompedores de espejos mágicos! Y cuando las montañas de andesita se vengan abajo, en el derrumbe paulatino del circo que nos guarece y ampara, veréis cómo, sorbido en el negro embudo giratorio, tromba de basura, nuestro valle mismo desaparece. Cansado el desierto de la injuria de las ciudades; cansado de la planta humana, que urbaniza por donde pasa, apretado el polvo contra el suelo; cansado de esperar por siglos de siglos, he aquí: arroja contra las graciosas flores de piedra, contra las moradas y las calles, contra los jardines y las torres, las nefastas caballerías de Atila, la ligera tropa salvaje de grises y amarillas pezuñas. Venganza y venganza del polvo. Planeta condenado al desierto, la onda musulmana de la tolvanera se apercibe a barrer tus rastros.

Y cuando ya seamos hormigas —el estado perfecto— discurriremos por las avenidas de conos hechos de briznas y de tamo, orgullosos de acumular los tristes residuos y pelusas; incapaces de la unidad, sumandos huérfanos de la suma; incapaces del individuo, incapaces de arte y de espíritu —que sólo se dieron entre las repúblicas más insolentes, cuya voz ya apenas se escucha, que la gloria es una fatiga tejida de polvo y de sol.

¡Porvenir menguado! ¡Polvo y sopor! No te engañes, gente que funda en subsuelo blando, donde las casas se hunden, se cuartean los muros y se descascan las fachadas. Ríndense uno a uno tus monumentos. Tu vate, hecho polvo, no podrá sonar su clarín.

Tus iglesias, barcos en resaca, la plomada perdida, enseñan ladeadas las cruces. ¡Oh valle, eres mar de parsimonioso vaivén! La medida de tu onda escapa a las generaciones. ¡Oh figura de los castigos bíblicos, te hundes y le barres! «Cien pueblos apedrearon este valle», dice tu poeta.[36]

Pasen y compren: todo está cuidadosamente envuelto en polvo. La catástrofe geológica se espera jugando: origen del arte, que es un hacer burlas con la muerte. Nápoles y México suciedad y canción, decía Caruso. Tierras de disgregación volcánica, hijas del fuego, madres de la ceniza. La pipa de lava es el compendio. Un Odiseo terreno, surcado de cicatrices, fuma en ella su filosofía disolvente. Stevenson se confiesa un día, horrorizado, que toda materia produce contaminación pulverulenta, que todo se liga por suciedad. ¿Cuál sería, oh Ruskin, la verdadera «ética del polvo»? En el polvo se nace, en él se muere. El polvo es el alfa y el omega. ¿Y si fuera el verdadero dios? Acaso el polvo sea el tiempo mismo, sustentáculo de la conciencia. Acaso el corpúsculo material se confunda con el instante. De aquí las aporías de Zenón, que acaba negando el movimiento, engaño del móvil montado en una trayectoria, Aquiles de alígeras plantas que jadea en pos de la tortuga. De aquí la exasperación de Fausto, entre cuyos dedos se escurre el latido de felicidad: «Detente. ¡*Eras* tan bello!». Polvo de instantáneas que la mente teje en una ilusión de continuidad, como la que urde el cinematógrafo. Por la ley del menor esfuerzo —el ahorro de energía, de Fermat— el ser percibe por unidades, creándose para sí aquella «aritmética biológica» de que habla Charles Henry, aquella noción de los números cardinales en que reposa la misma teología de santo Tomás. El borrón de puntos estáticos sucesivos deposita, en los posos del alma, la ilusión del fluir bergsoniano. Las mónadas irreducibles de Leibniz se traban como átomos ganchudos. La filosofía natural se debate en el conflicto de lo continuo y lo discontinuo, de la física ondulatoria, enamorada de su éter-caballo, y la física corpuscular o radiante, sólo atenta al átomo-jinete. El polvo ¿cabalga en la onda o es la onda? El cálculo infinitesimal mide el chorro del tiempo, el cálculo de los cuantos clava sus tachuelas inmóviles. ¿La síntesis? La continuidad, dice Einstein, es una estructura del espacio, es un «campo» a lo Faraday. La unidad es foco energético, fenómeno, átomo, grano tal vez de polvo. Heráclito, maestro del flujo, se deja medir a palmos por Demócrito, el captador de arenas. El río, diría Góngora, se resuelve en un rosario de cuentas.

¿Por qué no imaginar a Demócrito, en aquella hora de la mañana, cuando hablan las Musas según pretendían los poetas, reclinado sobre sus estudios, la frente en la mano, pasajeramente absorto, en uno de aquellos bostezos de la atención que el estro aprovecha para alancear la conciencia con partículas de la realidad circundante, metralla del polvo del mundo, herida cósmica que acaso alimenta las ideas? Un rayo de sol, tibio todavía de amanecer, cruza la estancia como una bandera de luz, como una vela fantasmal de navio. Red vibratoria que capta, en su curso, la vida invisible

del espacio, deja ver, a los ojos del filósofo atónito, todo ese enjambre de polvillo que llena el aire. Una zarabanda de puntos luminosos va y viene, como cardumen azorado que en vano pretende escapar a la redada de luz. El filósofo hunde la mano en el sol, la agita levemente y organiza torbellinos de polvo. La intuición estalla: nace en su mente la figura del átomo material, que no existiría sin el polvo. El átomo es el último término de la divisibilidad en la materia. En la intención al menos, porque cada vez admite divisores más íntimos. Sin el átomo, la materia sería destrozable y no divisible. Todo conjunto es una suma, un acuerdo de unidades. Por donde unidad y átomo y polvo vuelven a ser la misma cosa.

En sus cuadros provisionales, la ciencia no ha concedido aún la dignidad que le corresponde al estado pulverulento, junto al gaseoso, al líquido y al sólido. Tiene, sin duda, propiedades características, como su aptitud para los sistemas dispersos o coloidales —donde acaso nace la vida—, y como también —tal vez por despliegue de superficie— su disposición para la catálisis, esta misteriosa influencia de la materia que tanto se parece ya a la guardia vigilante de un espíritu ordenador. ¿Será que el polvo pretende, además, ser espíritu? ¿Y si fuera el verdadero dios?

Notas

[1] Se dice ahora, según entiendo, que la *Crónica del Conquistador Anónimo* es una invención de Alonso de Ulloa, fundada en Cortés y adaptada por el Ramusio. Ello no afecta a esta descripción.—1955. <<

[2] Sobre estos extremos, prefiero hoy remitirme a la introducción de mi libro *Letras de la Nueva España*, 1948, y a la erudición posterior. <<

[3] Arreglo castellano de J. M. Vigil, sobre la versión inglesa de Brinton. <<

[4] Tloque-in-Nahuaque: cabe quien está el ser de todas las cosas, conservándolas y sustentándolas.—MOLINA. <<

[5] Ver *Obras completas*, tomo IV: «Dos obras reaparecidas de fray Servando» (*Reloj de sol*) y, en las páginas adicionales, B, I y II. <<

[6] *Revista de Filología Española*, Madrid, VI, octubre-diciembre de 1919, cuaderno 40, pp. 389-391. <<

[7] Ver en *Obras completas,* «Algo más sobre Valle-Inclán», pp. 405-406. <<

[8] Con anterioridad a estos apuntes, he publicado algunas notas sobre Valle-Inclán: «Valle-Inclán, teólogo» en los *Cartones de Madrid;* «La parodia trágica» (a propósito de *Divinas palabras*), y «Bradomín y Aviraneta», en la 2a. serie de *Simpatías y diferencias.* Ver, en *Obras completas,* pp. 100-106 y 122-124; y «Un libro juvenil de Valle-Inclán», *Marginalia,* 2a. serie, México, 1954, pp. 34-36. También «Algo más sobre Valle-Inclán», pp. 405-406. <<

[9] Este artículo apareció por primera vez en la revista *Nuestro Tiempo,* Madrid, junio de 1916. La primera parte: «El ambiente literario», es reducción del artículo «Nosotros» que di, dos años antes, a la *Revista de América* publicada en París por los hermanos García Calderón, 1913, pp. 108-112. Esta página ha tenido suerte muy varia. Parece que no contentó, personalmente, a ninguno de mis amigos; pero que cada uno encontraba bien el retrato de los demás. Por eso, y porque sus frases han pasado, trasfundirlas, a las antologías y a las críticas que se han escrito sobre aquel momento literario (y, sobre todo, a la excelente antología de Genaro Estrada, quien adoptó el criterio, sugerido por mí, de clasificar las tres pléyades en torno a las tres revistas: la *Revista Azul,* la *Revista Moderna* y la *Savia Moderna),* creo conveniente recogerla. Hoy tendría que retocarla mucho para ponerla al día. Otra vez he de intentar —ojalá que sea con más suerte— describir el panorama actual de las letras mexicanas, e introducir en mi cuadro los desarrollos que el tiempo ha hecho. Mis queridos amigos, cuya amistad y cuyo recuerdo han sido para mí el mayor aliento entre los pesares y los contratiempos de la ausencia, conocen la pureza de mi intención.—1923.

«El ambiente literario» se aprovechó también en «Pasado inmediato», ensayo inicial del libro de este nombre (México, 1941). <<

[10] Jesús Acevedo ha muerto. No nos consolamos de esta pérdida. Tengo, ante mí mismo, el compromiso de contar algún día lo que le debemos. <<

[11] —He hecho un gran negocio, ¡un gran negocio! ¿Oyes ese automóvil que piafa a las puertas del hotel? Es un automóvil que se alquila por cincuenta dólares, y yo lo he obtenido por cuarenta y cinco.

Este gran negocio —digno de la historia— es fama que lo realizó Rubén Darío en las horas de mayor escasez. Lo tengo de su compañero Ramos Martínez. <<

[12] Alude —con clara intención— a los cadetes del Colegio Militar de Chapultepec, muertos en 1847, combatiendo al yanqui: año en que se solía aún declarar la guerra antes de proceder a una invasión militar. <<

[13] Rodolfo. <<

[14] Ver «Contenido de este tomo», núm. 1, p. 7. <<

[15] Quien haya leído *Plenitud* (1918), sabe ya que, en la poesía de Amado Nervo, «el bien supo elegir la mejor parte». <<

[16] Hoy, la expedición se reduce a unos minutos de automóvil por una hermosa carretera. Entonces, tomaba un mínimo de tres horas. <<

[17] El héroe de esta aventura es, realmente, Balbino Dávalos. Pero ¿no pudo ser el mismo Nervo? <<

[18] En *Elevación,* algún tiempo después, escribe, sin duda pensando en esto: «De hoy más, sea el silencio mi mejor poesía». <<

[19] Estimulada por esta carta, Juana de Ibarbourou organizó el 24 de mayo de 1919 una conmemoración a Nervo en Montevideo. <<

[20] La continuación de las *Obras completas* quedó en manos del doctor A. Méndez Plancarte, fallecido desgraciadamente en 1955. <<

[21] Sería injusto no añadir aquí *Las cien mejores poesías (líricas) mexicanas,* de Castro Leal, Toussaint y Vásquez del Mercado, y especialmente la nueva edición refundida por Castro Leal, México, 1935. <<

[22] La ciudad de Tepic, antes capital del *territorio* federal de Tepic, hoy ha ascendido de categoría y de prosapia y es capital del estado de Nayarit de Nervo. No faltaron críticos que encontraran excesivo el homenaje, alegando el consabido argumento de que «antes habría que cumplir con la memoria de éste y de aquél». No saben, los que así razonan, para quién trabajan. Si no empezamos alguna vez, ¿cuándo vamos a hacer justicia a los poetas? Conste, en todo caso, para que se disipe cierta anfibología de que yo mismo soy responsable en parte, que Amado nació el 27, y no el 24, como hemos dicho por ahí. <<

[23] La exquisita sensibilidad verbal de Rubén Darío supo aprovechar esta rareza del nombre de Amado Nervo:

Amado es la palabra que en querer se concreta,

Nervo, la vibración de los nervios del mal…

Fraile de los suspiros, celeste anacoreta

que tienes, en blancura, la azúcar y la sal… <<

[24] Es la «arrimada» de las antiguas familias mexicanas, que yo mismo he conocido: a veces es una hermana soltera, a veces una hermana viuda, a veces una simple amiga, a veces una criada ascendida con los años a la calidad de esclava familiar. Estas mujeres se sacrifican por el hogar ajeno, y renuncian a su propia vida para cuidar la casa o los hijos de la hermana, de la cuñada, de la señora a quien sirvieron desde niña. A veces son muy bellas, y todo el mundo dice: «¡Es una iniquidad!» pero así sucede (o sucedía). Hace unos tres o cuatro años, mi nodriza Paula Jaramillo me escribió todavía, desde un pueblo de mi estado natal (Nuevo León): la pobre anciana ya no servía para nada desde hacía muchos años; pero, según ella misma me explicaba, vivía «arrimada» a la familia del médico. <<

[25] Yo, amiga Juana, también tengo que ver con La Barca, pueblo del estado de Jalisco, famoso por su leche y sus quesos, donde mi abuelo paterno, el coronel Domingo Reyes, también fue autoridad política. (¿Sabía usted que *casi todos* mis antecesores varones murieron en la defensa de las instituciones liberales? Y los pocos que, como el tío Onofre, no perdieron la vida, perdieron la fortuna. El tío Onofre, que era un aristócrata, un refinado Des Esseintes provinciano, cuando tuvo que vender su cuchillería de oro, compró cubiertos de palo, porque los metales viles le daban asco.) <<

[26] Más tarde, se ha publicado lo publicable. <<

[27] A. R., «Rodó» (1917) en *El Cazador,* Madrid, 1921, *Obras completas,* III, p. 134. <<

[28] A. R., *El testimonio de Juan Peña* (1923), Río de Janeiro, 1930. <<

[29] A. R., «Rubén Darío en México: I. El ambiente literario», *Los dos caminos*, Madrid, 1923. En estas páginas se cuenta cómo, habiendo sido Rubén Darío nombrado plenipotenciario de Nicaragua para las fiestas mexicanas del Centenario juntamente con Santiago Argüello, la caída bajo la presión de los Estados Unidos, del gobierno que él representaba, hizo imposible ya su llegada hasta la ciudad de México, o la hizo poco aconsejable a los ojos del gobierno de Porfirio Díaz, en vista de la efervescencia contra Washington que se produjo entre nuestros universitarios, efervescencia que no dejó de manifestarse en torno a la persona de Argüello, y que hubiera sido mucho más intensa si Darío llega a aparecer en la capital. Ver *Obras completas*, IV, apénd. núm. 8, *d*, *e* y *h*. <<

[30] A. R., «Notas sobre Jesús Acevedo», *Reloj de sol*, Madrid, 1926. *Obras completas*, IV, pp. 444-448. <<

[31] A. R., «Rubén Darío en México: I. El ambiente literario», *Los dos caminos*, Madrid, 1923; y además, «Despedida a José Vasconcelos», *Reloj de sol*, México, 1926 y *Obras completas*, IV, pp. 301 ss. <<

[32] Pedro Henríquez Ureña, «La influencia de la revolución en la vida intelectual de México», *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, La Habana (posterior a 1924), pp. 114-115. <<

[33] *Universidad Nacional,* diciembre, 1930. <<

[34] A. R., *El suicida*, Madrid, 1917 y *Obras completas*, III, p. 302. <<

[35] Para la sesión conmemorativa del Primer Congreso Nacional de Estudiantes reunido en México el año de 1910. <<

[36] Carlos Pellicer: «Retórica del paisaje». [*Hora de junio,* México, Ediciones Hipocampo, 1937, p. 57; en *Material poético,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, p. 283.] <<